

¿POR QUÉ MATAN A LOS PERIODISTAS ESPAÑOLES?

**La historia de nueve corresponsales
españoles
en lugares de conflicto**

Juan Tortosa

Índice

LUIS ESPINAL. La obsesión por “gastar la vida”	3
JUANTXU RODRÍGUEZ, fotógrafo de guerra por casualidad	13
JORDI PUJOL I PUENTE, el primer periodista que murió en la guerra de Bosnia	23
Luis VALTUEÑA, cuando la experiencia sirve de poco	31
MIGUEL GIL. En moto a la guerra	42
JULIO FUENTES, el rastreador de exclusivas	53
JULIO A. PARRADO o el extraño caso del chaleco antibalas	61
JOSÉ COUSO, un crimen pendiente de castigo	72
RICARDO ORTEGA, De físico nuclear a reportero de conflictos	84

LUIS ESPINAL. La obsesión por “gastar la vida”

Asesinado en La Paz, Bolivia, el 21 de Marzo de 1980 a los 48 años

Periodista y jesuita. O jesuita y periodista

El catalán Luis Espinal era periodista y jesuita. O jesuita y periodista. En cualquier caso, un cóctel explosivo.

- Reconozco que tengo un carácter fuerte e impulsivo, le decía a su compañero Víctor Codina cuando ya estaba en Bolivia y su trabajo empezaba a incomodar a los poderosos. Dependiendo de hacia qué lado lo oriente, añadía, puedo ser más santo o más bandido.

Llegó a Bolivia en agosto de 1968, con treinta y seis años, al país donde habían matado a Ernesto Che Guevara apenas diez meses antes. Llegó a Bolivia tres meses después del mayo francés, cuando los estudiantes tomaron las calles de París, pidieron lo imposible siendo realistas y reivindicaron la llegada de la imaginación al poder. Por aquellas fechas Luis Espinal había empezado a coleccionar represalias y expulsiones de los sitios donde trabajaba. Había conseguido ya hasta que lo echaran de Televisión Española.

Como era muy culto (de los veinte a los treinta años había estado estudiando literatura, filosofía y teología), como tenía conocimientos de periodismo y de comunicación audiovisual adquiridos en cursos realizados nada menos que en Bérgamo (Italia) y como además era cura y jesuita, en la televisión franquista debieron pensar que daba el perfil ideal para ficharlo. Así que en 1967 le encargaron un espacio semanal sobre cuestiones religiosas de actualidad que se titularía “Cuestión Urgente”. Para emitirlo en tve2, la “uhf” como se decía entonces. Se les pasó por alto un pequeño detalle: desconocían el talante comprometido de Espinal, propietario de un indolegable espíritu crítico y, en la medida de lo posible, también libre.

Programa religioso en tve

El joven periodista jesuita no tardó en tener problemas con la única, y por tanto la mejor, televisión que había en la España de 1968. A pesar de emitirse en la segunda cadena, “Cuestión urgente” se convirtió pronto en un programa muy seguido por los telespectadores, que todavía desconocíamos que con el tiempo se nos llamaría

“audiencia” y seríamos medibles. En aquel programa religioso de los sesenta se trataban temas interesantes y se exponían, con aceptable claridad para lo que era la televisión en tiempos de la dictadura, muchos de los problemas sociales que el franquismo solía acallar. Así que no tardó en actuar la censura. La gota que colmó el vaso fue un programa dedicado a la pobreza donde se reflejaba la miseria en la que vivían los habitantes de los barrios marginales de Barcelona y en el que se entrevistaba a un intelectual izquierdista! Lo prohibieron, claro. Y a partir de entonces sus guiones fueron tan drásticamente recortados que Espinal acabó renunciando a su contrato. Un contratiempo, sí. Uno de los muchos que tuvo en la vida. Pero justo coincidiendo con aquel momento adverso, fue cuando Bolivia apareció en el horizonte.

Conoció a un obispo boliviano que estaba de visita en Barcelona, responsable de los medios de comunicación en aquel país, que le ofreció ser profesor de comunicación en la Universidad Católica de La Paz. Aunque en España había puesto en marcha una revista de Teología y se dedicaba también a la crítica cinematográfica, Espinal aceptó la oferta.

Periodista incómodo también en Bolivia

Cambió Luis Espinal la dictadura franquista por una serie continuada de dictaduras militares en uno de los países más pobres de la tierra, pero fue su opción. Una apuesta a la que se entregó en cuerpo y alma. Bolivia, un país con una gran riqueza humana y material situado en el corazón geográfico de América del Sur, rodeado por Brasil, Paraguay, Argentina, Chile y Perú, se encontraba sometido por entonces a los intereses de unas minorías nacionales y extranjeras que empobrecieron de manera miserable a la mayoría del país y lo convirtieron en escenario de continuos golpes y contragolpes militares.

Si en España Espinal había tenido problemas con los enemigos de la libertad, no tardaría en pasarle lo mismo en Bolivia porque nada más llegar, además de su actividad docente en dos universidades, la Católica y la Mayor de San Andrés, empezó a tener presencia en los medios de comunicación. Una presencia que no pasaba precisamente desapercibida.

Trabajó un año para la televisión estatal, produciendo un programa llamado *En carne viva*. Cuando se trató de conceder la palabra a los cabecillas de la guerrilla, se volvió a repetir la misma historia que en España: su programa fue prohibido. De estas experiencias surgirían sus reflexiones sobre la censura y especialmente sobre la autocensura, que "se sitúa a sí misma en la línea de la mentira moral, de la corrupción y de la cobardía." Contrario a todo acercamiento de la iglesia a los responsables de la opresión político-militar desplegada durante la dictadura de Hugo Banzer (1971-78)

escribió: "Si la iglesia y los opresores se identifican de tal modo, uno se pregunta qué se ha hecho del evangelio que fue predicado a los pobres..." Era el barniz religioso, del que Espinal no hacía excesiva ostentación, que permitía entender la compleja personalidad de este español nacido en Cataluña y nacionalizado boliviano en 1970.

Desafiando a la censura, Espinal expresaría sus ideas en los medios profesionales en que trabajó durante la década de los setenta: en el matutino *Presencia* (en el que fue crítico cinematográfico entre 1969 y 1979), en Radio Fides (desde 1971) y en el semanario *Aquí*, que dirigió desde 1979 y en cuyas oficinas llegó a explotar una bomba. Denunció la pobreza y la injusticia, criticó la falta de libertad, las masacres, los exilios, el narcotráfico...

Al mismo tiempo publicó diferentes libros divulgativos y ensayos sobre el cine y participó en los guiones de las películas *El embrujo de mi tierra* y *Chuquiago*. Fue además cofundador de la Asamblea de Derechos Humanos y formó parte del grupo productor cinematográfico Ukamau. Pero el hecho probablemente más "definitivo" de su vida fue su participación activa, el año 1978, en una huelga de hambre que sería histórica. No se lo perdonaron.

La huelga de hambre

Diez presidentes tuvo Bolivia durante los años que Espinal vivió allí desde que llegó en 1968 hasta que lo mataron en 1980. Inestabilidad, corrupción y pobreza eran las constantes de un país con Estados Unidos vigilándolo siempre muy de cerca. Durante siete de esos doce años, el poder estuvo en manos de un siniestro y peligroso personaje llamado Hugo Banzer, un general golpista que ilegalizó los partidos políticos y fue un cruel dictador que acumularía incontables denuncias de atentados contra los Derechos Humanos. Contrajo además una de las deudas externas más grandes que nunca tuvo Bolivia y perpetró los actos de corrupción más deplorables y protervos de la historia del país. Se estima que durante su primer gobierno desaparecieron alrededor de ciento cincuenta prisioneros políticos. En los sótanos del Ministerio de Interior se encontraron celdas de tortura y huesos humanos.

En diciembre de 1977, cuando Banzer llevaba más de seis años ya en el poder, el presidente estadounidense Jimmy Carter lo presionó para que convocara elecciones y amnistiara a los presos políticos. El presidente boliviano anunció elecciones, en efecto, pero concedió solo una tímida amnistía.

Fue entonces cuando un grupo de mujeres mineras, encabezadas por Domitila Chungara, inició una huelga de hambre para conseguir la amnistía plena y sin restricciones. Y fue también entonces cuando Luis Espinal, no sólo hizo gestiones ante

el arzobispo de La Paz para que las mujeres fuesen acogidas en el arzobispado, sino que junto con un grupo de la Asamblea de Derechos Humanos se implicó hasta el extremo de convertirse en uno más de los huelguistas. La protesta se extendió y miles de manifestantes presionaron al gobierno en un movimiento de solidaridad nunca visto hasta que Hugo Banzer, transcurridos diecinueve días, se rindió y no tuvo más remedio que conceder la amnistía plena. Poco después fue derrocado... por otro militar golpista.

La huelga de hambre constituyó una de las experiencias más intensas en la vida de Espinal. Tuvo conciencia lúcida de que se jugaba la vida, pero esto le producía una gran serenidad: "La vida es para eso, para gustarla... por los demás", dijo siempre. Aunque no parecían muy propicias las fechas de final de año para la huelga, se decidió emprenderla el 31 de diciembre. Había que aprovechar la ocasión. La huelga de hambre era una experiencia límite a la que se lanzaba con serenidad, sin entusiasmo, críticamente, simplemente para apoyar a las mujeres mineras.

A pesar de su condición de "intelectual pequeño burgués", en la huelga Espinal se ve inmerso en una experiencia histórica, popular y revolucionaria. Se siente verdaderamente útil. El eco popular que la huelga tiene le hace sentirse parte del pueblo y estar al servicio del pueblo. Durante esos días seguro que repasó lo que había sido su vida hasta ese momento, seguro que recordó su niñez en Sant Fruitós de Bages, el pueblo catalán, cercano a Manresa, donde nació. Seguro que pensó en sus padres, a los que perdió siendo aún muy pequeño, en su familia en general, en sus cuatro hermanos... Seguro que se acordó de sus años de bachillerato en Roquetas (Tarragona), del momento en que, con apenas diecisiete años cumplidos, entró en el noviciado de la Compañía de Jesús en Veruela (Zaragoza); de sus estudios, de los amigos y compañeros que dejó en España y que no sabía si volvería a ver...

Luis Espinal, extranjero nacionalizado, a quien todo el mundo en Bolivia llamaba Lucho, sabía que la huelga de hambre podía acabar con su vida. No le importaba. "Morir por un pueblo, dijo, puede dar más carta de ciudadanía que nacer en él". Llegó a describir el dolor de los primeros días, el hambre, el dolor de cabeza, la debilidad, la somnolencia, el cansancio, la irritación de los ojos, el dolor en la boca... Cuando la huelga se hace más radical y pasa a ser huelga de hambre y sed, nota enseguida los efectos: la boca y garganta se secan, la lengua parece de corcho, en la boca no hay saliva, se hace difícil hablar, la sed se convierte en el dolor de un cuchillo clavado en el paladar y que va hasta el cerebro".

El periodista Espinal, el intelectual Espinal cae esos días en la cuenta: nunca había experimentado el hambre. El estado de somnolencia derivado de no comer ni beber le produce un estado de especial lucidez, en el límite entre la vigilia y el sueño, de emotividad, de agresividad, nerviosismo, pánico, ansiedad, de radicalización de

posturas anteriores. Descubre también la eficacia de la no violencia activa en la línea de Gandhi y de Luther King. La huelga fue una experiencia grupal: si celebrar juntos une, mucho más lo hace pasar hambre juntos, dijo.

Y llegó la victoria. La victoria sin rodeos. El temible Banzer no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer, decretar la amnistía y prepararse para abandonar el poder por lo civil o por lo militar, nunca mejor dicho. Un éxito sin paliativos que le llevó a Luis Espinal a decir: "No solamente se ha conseguido lo que se pedía, sino que se ha dado esperanza y osadía al resto del pueblo. No hemos hecho la huelga de hambre tú o yo; ha sido todo un pueblo, hemos sido uno más dentro de la corriente. No he hecho nada extraordinario; era algo que simplemente había que hacer".

Algo que le costaría muy caro. Un agravio más que sumar a la ya larga lista que los poderosos bolivianos habían ido acumulando contra él y que les llevó a preparar la conspiración para acabar con su vida. El reloj que marcaba el momento de liquidarlo había iniciado si irremediable atrás. El día en que, tras ganarle la partida al dictador, puso fin a su huelga de hambre a Luis Espinal, de 46 años, le quedaban apenas dos de vida.

Secuestro, tortura y asesinato

En marzo de 1980 presidía Bolivia una mujer por primera vez en la historia del país: Lidia Gueiler. Solo estaría ocho meses. Se vivían días de incertidumbre con rumores de todo tipo. Los partidos de izquierda y la Central Obrera Boliviana plantearon un acuerdo para defender el proceso democrático. Las Fuerzas Armadas creaban hostilidad, aversión e intranquilidad en el ambiente político y en la sociedad. El coronel Luís Arce Gómez, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército descubría sus primeras facetas públicas de futuro represor; mientras los principales dirigentes políticos y sindicales firmaban un documento titulado "Llamado a la defensa de la democracia" en un intento por mantener el proceso democrático. Planteaban a las Fuerzas Armadas "no prestarse a una nueva aventura golpista" y exigían al gobierno una posición firme contra la escalada terrorista y los preparativos de un nuevo golpe de estado.

Pero el clima era de descoordinación, inseguridad, inestabilidad... Así estaban las cosas cuando, la noche del viernes 21 de marzo de 1980, para su trabajo de crítica cinematográfica, Espinal había ido al cine como acostumbraba hacer cada fin de semana. Había visto una película titulada "Los desalmados". Después regresó tranquilamente a su casa, calle Díaz Romero, zona de Miraflores a pocas manzanas del estadio Siles, pero no pudo llegar a entrar. Ni lo haría nunca más porque allí, en su calle, le estaban esperando varios "desalmados" que saltaron por sorpresa de un jeep, lo redujeron y consiguieron vencer su resistencia hasta introducirlo en el vehículo contra su voluntad. Acababan de secuestrarlo. Un vecino joven lo oyó gritar: "Era cerca

de medianoche. Yo estaba estudiando y escuché gritos en la calle, declaró el testigo. No sé cuánto tardé en asomarme a la ventana. Estaba muy oscuro y solo pude distinguir unas sombras y ver cómo una persona era arrastrada hasta un jeep que se marchó a toda velocidad”.

Los asesinos, dirigidos por el paranoico Arce Gómez, trasladaron a Luis Espinal al matadero del barrio de Achachicala y allí la emprendieron a golpes con él. Lo torturaron toda la noche, le fracturaron varias costillas, le destrozaron el cuerpo... Lo mantuvieron vivo durante horas humillándolo y vejándolo para acabar acribillándolo con diecisiete disparos a quemarropa.

A la mañana siguiente, su cadáver fue encontrado tendido de bruces, en el kilómetro 8 del camino a Chacaltaya a orillas del río Choqueyapu; se encontraba amordazado y con las manos atadas detrás de la espalda. Las fosas nasales le habían sido taponadas con algodón. El campesino que descubrió el cadáver avisó de forma inmediata a la policía y los agentes de la Dirección Nacional de Identificación llegaron al lugar sobre la una del mediodía del sábado 22.

El cadáver fue llevado al depósito y los agentes no encontraron ningún documento de identificación. Avisados previamente por la radio de la desaparición de “Lucho” Espinal, algunos de sus compañeros jesuitas corrieron a la morgue. Verificaron sus sospechas y constataron la inevitabilidad de la tragedia. Se trataba, en efecto, del cadáver del amigo Lucho, del padre Espinal, del combativo comunicador tan molesto para el poder. La autopsia confirmó que el periodista y jesuita español nacionalizado boliviano fue torturado y sometido a ultrajes físicos antes de ser asesinado.

La intensa, provechosa y aprovechada vida de Lucho Espinal había sido segada de cuajo. A los 48 años, se le acababa de gastar por completo. “Gastar la vida”: ironías del destino, porque Espinal solía utilizar mucho esta frase. Incluso compuso algún poema con ella:

“Gastar la vida –dejó escrito- es trabajar por los demás, aunque no paguen; hacer un favor al que no va a devolver; gastar la vida es lanzarse aún al fracaso, si hace falta, sin falsas prudencias; es quemar las naves en bien del prójimo. Somos antorchas que solo tenemos sentido cuando nos quemamos...”

La sociedad boliviana toda repudió el alevoso asesinato y la tarde del lunes 24 de marzo se ofició el funeral. El entierro de Espinal fue una verdadera manifestación popular de duelo. Ochenta mil personas lo acompañaron al cementerio. En su tumba se puede leer esta inscripción: "Asesinado por ayudar al pueblo". El cortejo se extendió por más de quince calles. El féretro fue llevado a hombros desde la iglesia de la Compañía de Jesús hasta el Cementerio General.

El día siguiente la Cámara de Diputados declaró a Espinal "Mártir de la Democracia Boliviana", mientras las Fuerzas Armadas afirmaban que el crimen había sido "obra de la maquinaria de la ultraizquierda", que la táctica que emplearon los autores era "reflejo de adiestramiento recibido en Cuba". Nada nuevo en las excusas de los criminales. El miércoles 26, la Federación de Trabajadores de la Prensa y la Confederación de Trabajadores de Radio y Televisión pararon durante veinticuatro horas en protesta por el asesinato. Se realizaron entierros simbólicos en algunas capitales. En Potosí se ofició una solemne misa en la catedral y luego se organizó un cortejo fúnebre en el que una muchedumbre acompañó simbólicamente los restos de Espinal.

Durante los funerales algunos lanzaron el grito de "Arcesino", refiriéndose a Arce Gómez, el muñidor de la conspiración que acabó con su vida. Hubo militares que brindaron con champán aquella noche: Espinal era un estorbo, un "metomentodo", un incauto que además se empeñaba en publicar los asuntos turbios de los que tenía conocimiento documentado. ¿No era cura? ¿A qué tanto empeño, pues, en hacer de periodista? Según se supo más adelante, el asesinato había sido planificado, en enero de ese año, por Luis García Meza y Luis Arce Gómez. Cuatro meses más tarde, con las botas manchadas en sangre, García Meza y Arce Gómez subían al poder tras encabezar un golpe militar.

Luis Espinal fue víctima del terrorismo de Estado implantado por los gobiernos dictatoriales que usurparon el poder político, no solo en Bolivia sino en muchos países latinoamericanos: el golpe de Pinochet en Chile que acabó con la vida de Allende en 1973, el golpe de Videla en Argentina en 1976 y los siniestros y criminales años posteriores de dictadura militar con más de 30.000 desaparecidos.... Todos estos movimientos estaban inspirados en la lucha antiterrorista instruida por los Estados Unidos en la llamada "Escuela de las Américas".

La "escuela para asesinos"

La "Escuela de las Américas", cuyo primer nombre oficial fue "Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad", es una organización para la instrucción militar del Ejército de los Estados Unidos que, entre 1946 y 1984, estuvo localizada en la zona del Canal de Panamá. Allí se graduaron más de sesenta mil militares y policías de hasta veintitrés países de América Latina, algunos de ellos de especial relevancia por sus crímenes contra la humanidad como los generales Leopoldo Fortunato Galtieri, argentino; Manuel Antonio Noriega, panameño o Manuel Contreras, chileno.

En la "Escuela de las Américas" se adiestraba y entrenaba en métodos de tortura, asesinato y represión a miles de militares de toda Latinoamérica. Esta "Escuela" no ha

desaparecido ni mucho menos. Continúa existiendo y su actividad la desarrolla en Fort Benning, en la localidad estadounidense de Columbus (Georgia).

La misión principal para la que se creó fue preparar a las naciones latinoamericanas para “cooperar” con los Estados Unidos y mantener así –frase textual- “un equilibrio político contrarrestando la influencia creciente de organizaciones políticas de ideología marxista o movimientos de corte izquierdista”. Varios de sus cursos o entrenamientos incluían técnicas de contrainsurgencia, operaciones de comando, tiro franco, guerra psicológica, inteligencia militar y tácticas de interrogatorio. Fue el periódico panameño *La Prensa* quien primero la llamó «Escuela para asesinos».

¿Quién mató a Luis Espinal?

El asesinato de Lucho Espinal fue cometido por un grupo paramilitar guiado por Luis Arce Gómez, uno de los siete graduados de la Escuela de las Américas que formó parte del gobierno dictatorial de García Meza, quien se haría con el poder pocos meses después de la muerte del periodista jesuita de origen español. Si bien el asesinato se llevó a cabo durante el gobierno de Lidia Gueiler poco antes del brutal golpe de Estado de García Meza, la persecución fue producto de un plan para silenciar a miembros de la iglesia y a periodistas que hablaran abiertamente a favor del comunismo y contra la dictadura militar. Situaron en el punto de mira a los curas y a los periodistas y Lucho era las dos cosas.

El autor intelectual del plan para perseguir y silenciar voces críticas en Bolivia fue en realidad Hugo Banzer, que lo diseñó mucho antes de abandonar el poder. Banzer era también graduado de la Escuela de las Américas, y su manera de actuar en el poder llegó a ser el prototipo de la represión en toda América Latina. El plan Banzer, que proponía procedimientos para desacreditar a líderes progresistas, fue presentado como modelo a seguir durante la Conferencia Anticomunista Latinoamericana celebrada en Asunción, Paraguay el año 1977.

Las tácticas incluían dejar documentos subversivos en locales eclesiásticos, así como censurar o clausurar periódicos religiosos y estaciones de radio. Ese plan sería adoptado más tarde por muchos gobiernos latinoamericanos. Tres años después del asesinato de Espinal se inició un proceso judicial. Los principales implicados fueron el coronel Luis Arce Gómez, el mayor Javier Hinojosa, el capitán Carlos Herguerola Real, Daniel Torrico, Eduardo Trujillo, Jaime Sandoval y Melquíades Torres. Los inculpados fueron incluidos en el juicio a Luis García Meza en 1986. Pero solo se les declaró culpables de los delitos que cometieron durante el año escaso (agosto de 1980-agosto de 1981) que duró la dictadura de García Meza. Por la muerte de Luis Espinal no fue condenado nadie. El crimen ha quedado impune hasta hoy. Nada se aclaró y tampoco fueron encontrados los criminales. Mucho tiempo después, en 1997, Banzer se

convirtió en presidente constitucional de Bolivia tras haber sido elegido... democráticamente. Gobernó hasta 2001, más de veinte años después de que asesinaran a Espinal por denunciar la corrupción en que, sobre todo Hugo Banzer, alumno aventajado de la estadounidense “escuela de asesinos”, había sumido al país.

El día antes de su muerte, Luis “Lucho” Espinal había dejado escrito un borrador que sus compañeros jesuitas pudieron rescatar. Probablemente estaba preparando un artículo para publicar en breve en alguno de los medios en los que lo hacía de manera periódica. Se titulaba "No queremos mártires" y, entre lo que llevaba ya escrito, aparecía el siguiente párrafo:

"No hay que dar la vida muriendo, sino trabajando. ¡Fuera los slogans que dan culto a la muerte! La revolución necesita de hombres lúcidos, conscientes y realistas, pero con ideal. Y si un día nos toca dar la vida lo haremos con la sencillez de quien cumple una tarea más y sin gestos melodramáticos..."

<http://www.sicsal.net/bolivia/LuisEspinalCyJ64.pdf>

<http://promo80-sancalixto.tripod.com/id17.html>

<http://www.cristianismeijusticia.net/es/qui-fou-lluis-espinal>

<http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2007032005>

<http://www.katari.org/articulos/2011/mar/luis.html>

<https://www.facebook.com/pages/LUIS-ESPINAL-a-30-a%C3%B1os-de-su-muerte-SEGUIMOS-EN-LA-LUCHA-LUCHO-VIVE/373389219653>

<http://www.biografiasyvidas.com/biografia/e/espinal.htm>

http://www.la-razon.com/nacional/Acto-anos-muerte-Espinal_0_1801019933.html

http://www.frombolivia.com/index.php?option=com_content&view=article&id=80:luis-espinal-marzo-1980-sus-ultimos-dias&catid=1:latest-news&Itemid=50

<http://reyquibolivia.blogspot.com/2010/10/luis-espinal-como-jesus-fue-caminando.html>

<http://www.semanarioaqui.com/index.php/homenaje/596-carta-abierta-a-luis-espinal-a-32-anos-de-su-asesinato>

http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S1815-02762011000100007&script=sci_arttext

mirandoelhumo@yahoo.com

<http://www.sicsal.net/bolivia/LuisEspinalCyJ64.pdf>

<http://www.youtube.com/watch?v=CAVdijNRmcE>

[http://es.wikipedia.org/wiki/Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperaci%C3%B3n en Seguridad](http://es.wikipedia.org/wiki/Instituto_del_Hemisferio_Occidental_para_la_Cooperaci%C3%B3n_en_Seguridad)

JUANTXU RODRÍGUEZ, fotógrafo de guerra por casualidad

Murió en Ciudad de Panamá, tiroteado por soldados estadounidenses, el 22 de diciembre de 1989. Tenía 32 años.

- Aquí tienes, Juantxu. Ya puedes entrar en el país.

Tomás Lozano, embajador de España en Panamá aquel diciembre de 1989, vivió algún tiempo obsesionado con la idea de que, si no hubiera sido por él, al fotógrafo Juantxu Rodríguez no lo habrían matado los soldados de Estados Unidos en las calles de la capital del país cuando apenas faltaban cuarenta y ocho horas para la cena de Nochebuena.

Rodríguez formaba equipo con Maruja Torres, y ambos habían recalado por aquellos lares porque estaban elaborando un reportaje para el diario *El País* sobre los jesuitas en América Latina. Hacía aproximadamente un mes que en El Salvador habían matado a Ignacio Ellacuría y a cinco miembros de la orden más y en principio ese, y solo ese, iba a ser su trabajo: hablar de los jesuitas. En ello estaban cuando en Panamá iba subiendo la temperatura entre Noriega y Estados Unidos y el orden de prioridades hizo que, por cercanía, Maruja y Juantxu tuvieran que cambiar de planes para cubrir lo que estaba ocurriendo en el país centroamericano. Maruja entró sin problemas en el país haciéndose pasar por turista, pero Juantxu tuvo más dificultades: lo retuvieron en el control fronterizo del aeropuerto porque su cargamento profesional delataba que turista precisamente no era. Ya estaba haciendo planes para marcharse a Costa Rica e intentar entrar por tierra para reencontrarse con su compañera cuando el embajador Lozano apareció en el aeropuerto de Panamá con el salvoconducto.

- Maldita la hora, repetía el embajador una y otra vez a todo el que lo quisiera oír.

No se perdonaba que Juantxu estuviera muerto por culpa del “exceso de celo”, que le había llevado a resolver con celeridad los problemas burocráticos que el colaborador de *El País* se había encontrado para entrar como periodista en Panamá.

Panamá llevaba muchos meses revuelto y unos días antes había tenido lugar un confuso incidente que los americanos utilizaron como coartada para la invasión: un oficial estadounidense había sido asesinado por miembros de un grupo paramilitar panameño. La invasión de Granada, que Reagan ordenó en 1983, fue como una especie de presagio de lo que ocurriría en el mundo mientras se derrumbaba el antiguo “universo” socialista: era la primera invasión de la postguerra fría. Estados Unidos pretendió inaugurar un nuevo orden internacional bajo su égida, y Panamá fue

un tubo de ensayo para futuras agresiones. En Panamá se aplicó por primera vez el concepto de la soberanía limitada de los Estados.

Con la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento de la Unión Soviética, Estados Unidos y sus aliados de la OTAN podían actuar con menores contrapesos a la hora de imponer sus decisiones y su estrategia de seguridad.

Panamá, ese eterno objeto de deseo estadounidense

Panamá, un enclave estratégico con un canal que atraviesa el país y une los océanos Atlántico y Pacífico, estuvo siempre "tutelado" por los Estados Unidos, con gobiernos títeres y con personajes siniestros mimados por los servicios de inteligencia del "imperio" para que le hicieran el trabajo sucio dentro del país. Así ocurrió con un militar llamado Manuel Antonio Noriega, al que durante años le permitieron campar por sus respetos hasta que este les salió respondón.

Como en su día explicó Noam Chomsky, "cuando la Casa Blanca decidió que su amigo Noriega estaba volviéndose demasiado arrogante y tenía que irse, los medios de comunicación lanzaron una campaña para convertirlo en el demonio más vil desde Atila el Huno, una repetición del proyecto contra Gadafi de algunos años antes. Este esfuerzo se identificó con el engaño de la "guerra contra la droga".

La operación de propaganda fue un éxito aplastante. "Manuel Antonio Noriega pertenece a esa especial hermandad de criminales internacionales, hombres como Gadafi, Idi Amin o el Ayatolá Jomeini, a quienes los norteamericanos les encanta odiar", predicaba el periodista Ted Koppel, quien en su programa televisivo nocturno daba por hecho que "un fuerte apoyo público a una represalia estaba casi garantizado". ¿Por qué odiaban los norteamericanos a Noriega en 1989 y no en 1985? ¿Por qué era necesario derrocarlo ahora pero no entonces?"

En épocas anteriores, al gobierno de Estados Unidos le solía bastar con utilizar las sanciones, sin satanizar a sus enemigos. Cuando las sanciones no surtían el efecto deseado, empleaban la fuerza, desde el bloqueo naval a la prohibición de exportar ciertos productos de carácter bélico (armas, municiones, combustible, etc.). Después de cierto tiempo, si el objetivo no había sido logrado, era cuando se recurría al ataque militar directo.

Breve historia de una desestabilización

El 10 de diciembre de 1985, el director del Consejo de Seguridad Nacional, el vicealmirante John Poindexter, presionó en Panamá al general Manuel Antonio Noriega para que las Fuerzas de Defensa iniciaran un ataque a Nicaragua, autorizara la presencia militar estadounidense en el país después del 31 de diciembre de 1999 y para que Panamá se sometiera a la política exterior estadounidense. El ataque a Nicaragua daría lugar a la invasión a ese país por parte de Estados Unidos "en defensa de Panamá", en virtud del Tratado de Neutralidad, pero Noriega rechazó las presiones y Poindexter amenazó al militar panameño, diciéndole sin rodeos "que se atuviera a las consecuencias".

Diferentes fuerzas, tanto en Estados Unidos como en Panamá, convergieron en un plan para desestabilizar el país centroamericano. En abril de 1986, el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos emitió una resolución para organizar una campaña de operaciones psicológicas a gran escala con el fin de desestabilizar Panamá y restablecer el control del Canal por parte de Estados Unidos, mantener la ocupación militar después del año 2000 y eliminar la influencia de Japón en los asuntos del Canal y su posibilidad de construir y controlar uno nuevo. Como excusa para su intervención (según el memorándum), el gobierno de Estados Unidos utilizaría los "rumores" de corrupción en la cúpula de las Fuerzas de Defensa, particularmente la supuesta participación de Noriega en el narcotráfico y el lavado de dinero.

La demonización de Noriega

La campaña contra Noriega arreció a partir de junio de 1986, cuando el "New York Times" publicó un catálogo de todos los "delitos" imputables a Noriega. Estados Unidos estimuló abiertamente toda oposición al régimen, desde la sede de la embajada hasta las instalaciones militares de Estados Unidos a orillas del Canal. Los paros, las protestas, las disensiones, las marchas y manifestaciones sirvieron de mampara a los planes intervencionistas, que incluyeron muchas operaciones encubiertas. El modelo de intervención utilizado en 1986 por Estados Unidos para derrocar a Ferdinand Marcos en Filipinas fue trasplantado a Panamá y ejecutado desde su embajada.

A principios de 1988, el presidente Ronald Reagan invocó la Ley de Poderes de Emergencia Económica en tiempo de guerra y declaró al "régimen Noriega-Solís Palma" como "una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos. Los servicios de inteligencia planificaron y apoyaron la oposición interna a Noriega y las sanciones económicas derrumbaron la economía panameña.

Construyeron un cerco diplomático en torno a Panamá mediante presiones a la comunidad internacional para que desconocieran al gobierno panameño, rompieran relaciones diplomáticas, retiraran a sus representantes, suspendieran todo tipo de ayuda y violaran el Derecho Internacional.

A la vez, el gobierno norteamericano inició "negociaciones" con Noriega para sacarlo de las Fuerzas de Defensa "honrosamente", pero con ultimátum: Noriega debía retirarse en la fecha impuesta por los Estados Unidos. Cuando todo fracasó, el Pentágono empezó a aumentar su presencia militar en Panamá de manera arbitraria y unilateral: realizaron maniobras militares sin la aprobación panameña, muchas de ellas de alta peligrosidad en áreas prohibidas y sin controles de ninguna especie, y tomaron posesión de numerosas instalaciones de servicio público, tales como hidroeléctricas, potabilizadoras, comunicaciones, etc.

Las provocaciones norteamericanas buscaban un pretexto para la invasión. Días antes, a comienzos de diciembre de 1989, la Asamblea Nacional del país centroamericano otorgó poderes especiales a Noriega designándolo Jefe del Gabinete de Guerra y declaraba a la República de Panamá en estado de guerra contra los Estados Unidos de América. El asesinato por paramilitares de un militar americano precipitó los acontecimientos.

Y en este contexto es en el que aparecen en Panamá Maruja Torres y Juanxu Rodríguez, este último ya con su salvoconducto en el bolsillo, y se alojan en el hotel Marriott, cuya propiedad y clientela era mayormente estadounidense.

Reportero de guerra sin proponérselo

El nombre completo de Juanxu era Juan Antonio Rodríguez Moreno. Nació en 1957 en Casillas de Coria (Cáceres) pero creció en el País Vasco, donde también desarrolló la mayor parte de su carrera profesional.

Juanxu se encontró con la fotografía por casualidad cuando tenía 22 años y trabajaba como profesor de educación física en un colegio de Bilbao. Le ofrecieron una cámara de segunda mano y decidió que quería dedicarse a contar historias con ella. Descubrió una herramienta perfecta para contar con su mirada lo que pasaba en la "Margen Izquierda", donde vivía.

Dio sus primeros pasos en la fotografía formando parte del grupo cultural "*El Desván*", donde realizó un Curso de Iniciación a la Fotografía y después, con siete compañeros más, creó el grupo "*Portubbarri*", con el que participó en varias exposiciones colectivas. Un robo en una joyería sirvió para que publicase su primera foto en el diario *Hierro* de Bilbao y, a partir de ese momento, empezó a colaborar con otros medios como *Deia*, *Tribuna Vasca*, *La Verdad de Albacete* o *El País*.

Más tarde Juanxu colaboró con distintos medios de comunicación extranjeros como *Liberación*, *Newsweek* o *The New York Times*, y en Santander formó parte del gabinete de prensa de la Universidad Menéndez y Pelayo. A partir de 1982 colaboró también con la Agencia Cover. En alguno de los números de la colección "PHotoBolsillo", dedicada a repasar a grandes fotógrafos españoles, se puede hacer un rápido repaso a su carrera y a sus temas preferidos. Procuraba no ser un "fotógrafo de la evidencia", y buscaba siempre que sus imágenes estuvieran cargadas de acontecimiento, noticia y acción. En tan sólo ocho años logró convertirse en un fotógrafo de la sugerencia, de los que deciden que sus imágenes tienen que contar historias.

Rodríguez, que nunca pudo imaginarse que alguna vez sería reportero de guerra, se encontró de súbito, allí en Panamá, en medio de un conflicto, algo con lo que nunca había contado. Sería la especialidad profesional a la que menos tiempo dedicaría en su vida, apenas tres días, pero por la que iba a ser recordado para siempre.

La invasión

El miércoles 20 de diciembre de 1989 George Bush padre, que en sus tiempos al frente de la CIA había estado utilizando durante años a Manuel Antonio Noriega como agente doble y que en esa época era el presidente de los Estados Unidos, autorizó la operación militar denominada "Causa Justa" y la justificó con los siguientes argumentos: la necesidad de proteger la vida de los ciudadanos estadounidenses que residían en Panamá, defender la democracia y los derechos humanos en el país y detener a Noriega para juzgarlo en Estados Unidos por delitos de tráfico de drogas. También explicó que era necesario garantizar el cumplimiento del Tratado Torrijos-Carter firmado en 1977 mediante el que se transfería progresivamente la soberanía del Canal, de Estados Unidos a Panamá, hasta hacerla plena en 1999, pero se aseguraba el libre tránsito y la neutralidad permanente de éste.

La invasión de Panamá comenzó la madrugada de aquel 20 de diciembre con el bombardeo de múltiples instalaciones políticas y militares del país.

- ¡Han invadido! ¡Tengo montado el trípode!, le dijo Juanxu a Maruja Torres tras irrumpir en la habitación de su compañera usando la puerta que comunicaba los dos cuartos.

Así lo contaba ella años después:

"Recuerdo, escribió Torres, una madrugada -poco antes de la una, hora local- en que me desperté súbitamente, creyendo no haber desconectado el televisor. "Una película de tiros", pensé. Y no. Los disparos se escuchaban en las cercanías de nuestro hotel, el Marriott. Desde el ventanal abierto a un paisaje paradisíaco vi algo que nunca antes

había podido contemplar con tanta perspectiva. Un bombardeo. Un genuino, auténtico, supertécnico y moderno bombardeo, por parte del ejército más poderoso del mundo, sobre uno de los barrios más paupérrimos de la capital, El Chorrillo.

Juantxu usó la puerta que comunicaba nuestras habitaciones para entrar en la mía y, con su audaz sonrisa de joven reportero gráfico sin miedo, “¡Han invadido! ¡Tengo montado el trípode!” exclamó: Pues se necesitaba inmovilidad para captar las siluetas monstruosas de los aviones, el infierno de fuego que parían sobre los panameños indefensos. Yo le dije que callara, que los norieguistas estaban tomando rehenes norteamericanos en el hotel, perteneciente a una cadena gringa. Echados en el suelo, escuchamos la radio. Ninguna emisora daba noticia alguna, hasta que conseguí conectar Radio Caracol, a la que llamaban panameños desesperados, contando lo que estaba ocurriendo.

Nunca recuperamos el trípode, ni las fotos que hizo Juantxu en aquel momento. En cuanto se hizo de día nos largamos con lo puesto y el imprescindible material de trabajo, y nos dedicamos a recorrer la ciudad... Recuerdo que la ciudad que encontramos a la salida del hotel -en adelante pernoctaríamos en la Embajada de España, en donde el titular, don Tomás Lozano, se comportó como un padre- no se parecía en nada a la que había creído entrever a mi llegada. Recuerdo los carros de combate USA, las avionetas achicharradas de un helipuerto turístico, y más tarde, tras una inútil conferencia de prensa en la ya obsoleta cancillería panameña -Guillermo Endara, el títere adiposo puesto por Bush, había jurado la presidencia en una base de la zona del canal; Noriega estaba en paradero desconocido-, recuerdo haber tenido que correr entre disparos hasta la legación española, que se encontraba al otro lado de la plaza”.

Invadieron Panamá nada menos que veintiséis mil soldados de las unidades de élite, de los comandos navales del ejército, a los que había que sumar otros doce mil de la 82.^a División Aerotransportada. Las Fuerzas de Defensa Panameña sumaban apenas doce mil efectivos en total y el país disponía de una minúscula fuerza aérea.

El objetivo del ataque era anular cualquier respuesta del ejército panameño. Destruyeron aeropuertos y bases militares, y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos aprovechó la ocasión para ensayar y probar armamento de última generación. Lo que, en el mundo del teatro, se llama “ensayo general con todo”. El barrio de El Chorrillo, cuyo bombardeo presenciaron Juantxu y Maruja desde el hotel donde dormían hasta que el estrépito los despertó, fue incendiado y masacrado.

No hubo ninguna declaración de guerra y la acción fue condenada por la Asamblea General de la ONU y por la Organización de Estados Americanos (OEA). Protesta simbólica y nada efectiva, como siempre. La operación duró pocos días, pero Noriega logró escapar y buscó asilo en la Nunciatura Apostólica. Posteriormente, se entregaría a las fuerzas de ocupación que lo trasladaron a los Estados Unidos.

“Recuerdo los saqueos –escribió también Maruja- perpetrados por panameños de todas las clases sociales -un hombre intentaba sacar de una tienda una lancha motora, manejando el volante; una mujer arrastraba varias piezas de tela de brocado; otros arrastraban lavadoras, frigoríficos, cascos de peluquería-; recuerdo los ojos de ira del propietario de un supermercado, que se defendía de los saqueadores armado con un palo, y cómo se echó a llorar cuando le pagué una botella de imprescindible whisky, mientras sus compatriotas trataban de asaltarle. Recuerdo las patadas contra los cierres metálicos de la muchedumbre enajenada, los alaridos de los norieguistas linchados, los cuerpos que se amontonaban en los pasillos de la morgue del hospital de Santo Tomás. Recuerdo a los prisioneros, maniatados y boca abajo en los parques, con las botas de los *marines* en sus espaldas. Recuerdo, sobre todo, que los soldados de las fuerzas invasoras, que habían bombardeado una ciudad para imponer la democracia, no hicieron nada para impedir que el caos les asegurara la necesidad de orden”.

Chema Conesa, que fue quien encargó la parte gráfica del reportaje sobre los jesuitas a Juan txu, recuerda que cuando todo estalló Juan txu lo llamó y le preguntó qué debía hacer. “Además de valiente era bastante prudente –contó Conesa-. Le advertí que no se expusiera y que tuviera cuidado. Él no había estado nunca en una guerra y creo que eso le costó la vida. Estaba muy capacitado para enseñar los conflictos humanos y no se asustaba por nada, pero un marine le descerrajó un disparo en la cabeza. Esta gente dispara por miedo a todo lo que se mueve”.

Símbolo de la locura

El 21 de diciembre, Juan txu y Maruja intentaron volver al hotel Marriott para recoger todo el equipaje que habían dejado allí cuando lo abandonaron con lo imprescindible para refugiarse en la embajada española. “Se hallaba en poder de los norieguistas cuando lo abandonamos –escribió Maruja-, y ahora lo controlaban tropas estadounidenses. Nos conminaron a marcharnos y por encima del hombro de uno de los soldados que nos impedían el paso vi cadáveres alineados en el vestíbulo. Tal vez entre ellos se encontraba el amable director que nos había invitado a una copa en ese mismo lugar, que ya pertenecía a otro mundo: el vestíbulo, con su Santa Claus montado en reno colgado del techo, era un símbolo de la locura, de la destrucción. Como la ciudad entera.

Recuerdo que retrocedimos hacia un edificio destinado a convenciones, y que vimos acercarse lentamente un convoy de los *marines* por la avenida que bordea el mar, y permanecimos quietos mientras giraba en dirección al Marriott, y a nosotros, que montábamos la guardia enfrente. Había otros fotógrafos: entre ellos, Roberto Armicione, de Reuters en Honduras, y uno o dos franceses. Yo miré a mi alrededor, buscando francotiradores. Ni uno. Ni dónde esconderse.

No sé quién abrió fuego antes, seguramente los que llegaban, incapaces de distinguir a los suyos, entre otras cosas porque Estados Unidos había proporcionado los uniformes del Ejército panameño. Lo que sí sé es que la tanqueta que encabezaba la comitiva detuvo sus disparos, tras abatir a unos cuantos de los suyos. Luego, la torreta de donde salía el fuego dio un giro de 45 grados y enfocó al grupo de periodistas. Eché a correr entre las detonaciones que me ensordecían, con Rodrigo y un amigo, hacia la única protección que se nos ofrecía, por risible que parezca: el automóvil. Antes de apretujarme con los otros bajo su panza llamé a Juantxu a gritos, pero él se había ido con su cámara. Le vi caminar hacia delante y caer, pero quise pensar que lo hacía para tomar una foto mejor. Era tan joven. En realidad, ya estaba muerto. Una bala le atravesó el ojo izquierdo y así murió, abrazadito a su cámara”.

El cadáver de Juantxu Rodríguez fue trasladado a la morgue del hospital de Santo Tomás. Un sargento llamó a la embajada española en Panamá para indicar que “podían recoger las pertenencias de Juan Antonio Rodríguez”. Pero el embajador Lozano, el mismo que le había conseguido el salvoconducto tres días antes, entendió que la situación era tan peligrosa que ni siquiera permitía ir a recoger el cuerpo.

Despedida en Chile

Gervasio Sánchez, que apenas una semana antes, en Chile, fue de los últimos compañeros que pudo compartir una cena con Juantxu, contó así en su blog la intensa experiencia de aquellos días: “El sábado 16 de diciembre de 1989, Juantxu Rodríguez, el fotógrafo italiano Ivo Saglietti y este servidor cenamos plácidamente en un restaurante santiaguino de la calle Pío Nono en el barrio de Bellavista. Hablamos mucho del presente y el futuro. Creíamos que venían tiempos más pacíficos. Acababa de caer el muro de Berlín. Había un agotamiento en Centroamérica después de décadas de guerras. Los soviéticos (ya eran simples rusos) habían abandonado Afganistán. Chile recuperaba la democracia.

Aunque Juantxu no era un fotógrafo especializado en conflictos armados, los protagonistas de sus trabajos eran los excluidos y olvidados de nuestras sociedades opulentas. Después de unos piscos sour (el aperitivo chileno de origen peruano por excelencia) y una botella de buen vino chileno nos despedimos con fuertes abrazos como habitualmente solemos hacer los periodistas. Siempre he pensado que es una especie de último abrazo por si la dama negra se cruza en nuestro camino.

Ese domingo Juantxu volaba a Brasil con Maruja Torres y el lunes llegaría a Panamá. Aquella noche dormí en casa de Ivo. Por la mañana nos levantamos con la noticia del asesinato de un oficial estadounidense en Panamá. “Algo gordo va a pasar”, le dije. El gobierno estadounidense llevaba preparando la invasión desde hacía meses y sólo

esperaba una excusa para dar la orden. La madrugada del 20 de diciembre comenzó la invasión.”

Matar a los testigos incómodos

Juantxu era de los pocos fotógrafos extranjeros que había por entonces en la ciudad de Panamá. Sus compañeros de *El País* recuerdan las magníficas fotografías que envió. Una de las que publicaron, tomada en el depósito de cadáveres, dio la vuelta al mundo. Como explicó Sánchez “la prensa internacional se había concentrado en la frontera costarricense a la espera de sortear el bloqueo. Pero Noriega y los estadounidenses estaban de acuerdo en un solo punto: no querían testigos oculares de lo que estaba pasando en aquel país”.

Por eso dispararon. Los momentos más sucios, los actos más miserables y más inconfesables que se practican en las guerras no pueden quedar documentados. Si algún osado se empeña en hacerlo se le liquida y ya está. Matar a un periodista es la manera más segura de garantizarse que sus compañeros se lo van a pensar al menos unos días antes de volver a meter las narices donde no deben. ¿Mataron a Juantxu porque era un inexperto? ¿Pudo saltarse algunas normas de prudencia elementales en los conflictos? Es difícil saberlo. La experiencia no sirve de mucho cuando los que disparan no respetan las mínimas reglas de combate a las que están obligados los soldados profesionales. La ráfaga que mató a Juantxu alcanzó a otros dos fotógrafos muy experimentados: el francés Patrick Chauvel, una leyenda del periodismo de conflicto, que sobrevivió de milagro a sus graves heridas en el estómago, y el británico Malcom Linton, alcanzado en un tobillo.

Jordi Socías, que en su día le abrió a Juantxu las puertas de la agencia Cover, piensa que “la guerra es un arma que los ejércitos aprendieron a controlar. De ahí que Vietnam –explica- fuese el último conflicto en el que fuimos informados. Lo más interesante ya no pasa en el frente. Hay que ir, no digo que no, pero el control ha hecho perder credibilidad a las informaciones. Ahora funcionan los pequeños conflictos incontrolables”.

Juantxu murió trabajando en la delgada línea que separa la vida de la muerte cuando se instala el caos y el horror, recuerda Sánchez que remata así su relato en primera persona: El día en que Estados Unidos invadió Panamá “me pilló en un mar de dudas. Tenía el regreso aéreo a Madrid desde Chile para el día siguiente, pero hubiera querido volar a Panamá aunque sabía que el aeropuerto estaba cerrado y que podría quedarme atascado en alguna frontera vecina. Volví a Madrid porque además, llevaba

casi tres meses viajando de forma continuada y dando saltos por América Latina. Durante el viaje de regreso intenté sintonizar alguna emisora en onda corta, pero fue imposible. Me quedé de piedra cuando vi en las portadas de todos los diarios el cuerpo de Juan txu tirado en el asfalto. El taxista me preguntó por qué lloraba y yo solo pude enseñarle la portada del diario”

Vuelta a casa

El día que por fin los representantes diplomáticos españoles en Panamá pudieron hacerse cargo de los restos mortales de Juan txu, Maruja Torres se preparó para volver a Madrid con ellos en un avión donde viajarían también muchos repatriados españoles, entre ellos veinticinco niños. Ocho profesionales de la prensa gráfica, de los muchos que acudieron al aeropuerto de Madrid a recibir a Juan txu, transportaron a hombros el féretro con sus restos mortales desde el avión hasta el automóvil que los llevaría al tanatorio. Desde allí el cadáver fue trasladado al día siguiente por avión, en plenas jornadas navideñas de 1989, hasta Bilbao. Fue enterrado en Portugalete, el lugar de residencia de su familia extremeña.

Tomás Lozano, embajador de España en Panamá en 1989, el hombre a quien le costó superar la depresión que le causó haber sido quien ayudara a Rodríguez a entrar en el país, falleció en marzo de 2008. En 2011 la Universidad Menéndez Pelayo, para quien Juan txu trabajó desde 1982 hasta su muerte, decidió ponerle el nombre del reportero asesinado en Panamá a la Escuela de Periodismo que imparte allí los Cursos de Verano.

<http://www.11-septiembre-2001.biz/juantxu.rodriguez.html>

http://elpais.com/diario/1989/12/22/internacional/630284408_850215.html

<https://www.facebook.com/EscueladePeriodismoJuan txuRodriguez>

http://elpais.com/diario/2006/08/06/domingo/1154836356_850215.html

<http://blogs.heraldo.es/gervasiosanchez/?p=695><http://www.publico.es/culturas/15531/fotografo-sin-guerras>

http://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/extremadura/mirada-social-fotografo-extremeno-juantxu-rodriguez-plasma-libro_337047.html

<http://www.panamaamerica.com.pa/notas/284146-para-entender-la-invasion-de-eu-a-panama>

JORDI PUJOL I PUENTE, el primer periodista que murió en la guerra de Bosnia

Lo mató una granada en Sarajevo el 17 de mayo de 1992, a los 26 años

Le faltaban tres asignaturas para terminar la carrera y le sobraban ganas de abrirse camino cuanto antes. Jordi Pujol i Puente tenía 26 años cuando decidió jerarquizar sus prioridades ¿Terminar la carrera o buscarse la vida? Mejor buscarse la vida, decidió. Las tres asignaturas podían esperar. La guerra de Bosnia, no. Porque ya puestos, se trataba de enriquecer el currículum sin perder tiempo y él era fotógrafo. Quería terminar periodismo, sí, pero lo suyo era la fotografía.

Encontró la oportunidad en el diario *Avui*, muy interesado en contar con corresponsales propios en el conflicto surgido tras el referéndum de independencia celebrado en Bosnia en febrero de 1992. Una consulta popular en la que, el 67 por ciento de ciudadanos que participaron, decidieron en un 99 por ciento que querían ser un país independiente, algo que los serbios no parecían dispuestos a tolerar.

Ni Expo ni Juegos Olímpicos: Sarajevo

Corría la primavera de 1992. La guerra había empezado el 6 de abril y nadie podía sospechar que iba a durar hasta finales de 1995. Más de tres años y medio, mil cuatrocientos días de hostilidades que dejarían más de cien mil muertos en el camino. Dado que no se sabía lo que podía durar el conflicto, el joven Pujol i Puente tenía prisa por marcharse a cubrirlo y llegó a un acuerdo como “free lance” con el diario *Avui*. Ese tipo de acuerdos suelen significar precariedad y escasa cobertura pero Pujol, como tantos otros corresponsales de guerra, no estaba dispuesto a que la burocracia y las trabas laborales le impidieran perder el encargo. Él quería marcharse y si la empresa estaba de acuerdo, él también. ¿Me vais a publicar? ¿sí? Pues entonces, por mí sin problema. Era 1992, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona, acababa de comenzar la Expo de Sevilla. Época de fastos, tiempos a los que, sin embargo, Jordi Pujol i Puente quería verle la cara B. Era su apuesta. Desde entonces las circunstancias en las que se trabaja en el mundo del periodismo, más en el de los enviados especiales, no han hecho más que empeorar. Por aquellos tiempos, aún el precio por foto publicada era aceptable. Y además, la empresa te solía dotar de algún material de trabajo. Eso sí, tus ingresos dependían de las fotos que hicieras y para eso era preciso saber escoger buenos escenarios, pisar aquellos sitios donde lo que sucede interesa. Ese lugar, en aquellos momentos, tras la caída del muro de Berlín y el

desmembramiento de la Unión Soviética, para el joven Pujol era, sin duda alguna, Bosnia-Herzegovina.

En Bosnia coexistían, y coexisten, musulmanes, croatas y serbios. Yugoslavia había empezado a desintegrarse un año antes, con la independencia de Eslovenia y la de Croacia, esta última tras una sangrienta contienda en la que los serbios fueron derrotados. La siguiente ficha de dominó era Bosnia-Herzegovina, donde Croacia y Serbia pugnaban por controlar una parte del territorio cada una. La guerra estalló en medio de un panorama conflictivo en el que los serbios se habían propuesto practicar, al estilo nazi, una “limpieza étnica” que propiciara la creación de una “gran Serbia”. Los bosnios empezaron a ser víctimas del terror, del acoso sistemático... Fueron expulsados de las áreas controladas por serbios y croatas. Sarajevo, la capital, estuvo siempre en manos de los bosnios, al menos en su mayor parte. Pero el precio que se pagó fue muy alto. Al final el asedio duraría cuarenta y cuatro meses. Mil cuatrocientos días.

El placer de ver tu firma en los periódicos de todo el mundo

En este contexto, Jordi es de los primeros reporteros que llega, junto a su compañero Eric Hauck, también periodista del diario *Avui*, a Sarajevo. Hauck ya tenía experiencia, pero para Pujol era su debut profesional en la cobertura de un conflicto bélico. Jordi y Eric aparecen allí y comienzan a mandar crónicas y fotos todas ellas interesantes, contando lo que ven, que es mucho más grave de lo que se imaginaban antes de salir de Barcelona. El joven Jordi Pujol entendió pronto, dada la gravedad y la trascendencia de lo que allí estaba sucediendo, que podía ampliar su cartera de clientes. Así que empezó a colaborar también con la agencia internacional Associated Press, lo que se tradujo en que algunas de sus fotos llegaron a ser publicadas en periódicos de todo el mundo.

Su compañero Eric Hauck lo explicaba así: “Era feliz. Una foto con su firma, Jordi Pujol Puente (Spain out) only for *Avui/AP*” había llegado a todas las redacciones del mundo. Jordi, conocido como “el torero” entre la tribu de periodistas locales y extranjeros por su coleta de pelo largo y negro, había conseguido su sueño con solo 26 años: trabajar como reportero de guerra para la agencia más poderosa y ver cómo sus negativos, revelados a oscuras en la bañera de un hotel agujereado por las bombas, podía transmitirlos por la única línea de teléfono en condiciones”.

Pero a Pujol no le dio tiempo a acumular demasiada experiencia, no pudo tomar tantas cervezas en el bar del hotel, con los corresponsales viejos lobos, como quizás hubiera querido. No podía contar batallitas porque aquella era la primera. Ni siquiera le dio

tiempo a recibir consejos de los reporteros más experimentados. Fue todo demasiado rápido.

Los enviados especiales de *Avui* llegaron a Sarajevo antes que muchos de los legendarios reporteros de guerra a los que a Jordi le hubiera gustado conocer personalmente. Sabían que aquello no era un juego, que te juegas el pellejo, eso sí. Sobre todo si perteneces a la casta de los que se acercan para hacer bien las cosas. Pujol había leído mucho sobre el periodismo de conflictos y conocía el viejo dicho: cuando algo no lo has contado bien, cuando la foto no es demasiado buena, es que no te has acercado lo suficiente. Claro que cuando te acercas lo suficiente, a lo mejor lo que sucede luego... es que no puedes contarlo.

Sus primeros contactos con “la tribu”

Cuando ya estaba estudiando la carrera, a finales del 89, Pujol siguió con mucho interés todas las circunstancias que rodearon a la muerte de Juanxu Rodríguez en Panamá. Sabía que los tiros pueden venir de cualquier parte, que ningún fuego es amigo y que las acreditaciones son casi siempre papel mojado. Se sentía fuerte y con salud y creía que sabía cuidarse. Esta oportunidad era excelente para él y quería aprovecharla para convertirla en la primera de una larga carrera profesional. No sabía muy bien lo que era “la tribu”, esa peculiar familia compuesta por los corresponsales de guerra que renuevan y consolidan afectos de conflicto en conflicto, pero quería pertenecer a ella.

La llegada a Sarajevo en aquellos complicados días la reconstruía así, años después, el único superviviente de aquella intrépida pareja de reporteros catalanes que ni de lejos, al abandonar su país, sospechaban las enrevesadas dimensiones del panorama con el que se iban a encontrar en esta endemoniada zona de los Balcanes: “Habíamos salido de Barcelona rumbo a Belgrado a finales de abril –escribió Eric Hauck en el diario *Avui*– con la intención de hacer un reportaje de tres días en Sarajevo donde, a juzgar por las bases que acababan de abrir las Naciones Unidas y la Unión Europea y viendo la resistencia de los bosnios a entrar en la espiral de violencia que estaba desgarrando Yugoslavia, aún parecía que la tolerancia y la multiculturalidad podrían acabar ganando la partida.

Se habían cancelado ya –prosigue relatando Hauck– los vuelos regulares entre Belgrado y Sarajevo, pero un avión fantasma alquilado por el ejército yugoslavo a la comunidad sefardí de Sarajevo acababa de aterrizar en el aeropuerto militar de Belgrado con trescientos refugiados a bordo. Se hacían fotos y llevaban raquetas de tenis. El conflicto –pensamos– debía durar poco. El avión era un Tupolev de la era soviética, aunque llevaba la inscripción “Congo”. Jordi y yo intentamos atar cabos: era la nave de

carga que unos meses atrás había sido interceptada en Zagreb con armas sobrantes de conflictos africanos para los paramilitares croatas. Definitivamente, no sabíamos nada de lo que estaba pasando. Había que llegar a Sarajevo como fuera. Subimos a la bodega del avión con la esperanza de que hiciera el viaje de regreso a la “Jerusalén de Europa”. Fue el último avión civil que tocó tierra en Sarajevo hasta los Acuerdos de Dayton, en 1995. Al pisar la terminal, una lluvia de obuses paralizó indefinidamente los servicios y Sarajevo, ciudad olímpica tan solo ocho años atrás, quedaba expuesta a un asedio medieval”.

Si no hubiera perdido la vida a los pocos días de llegar y el periódico lo hubiera mantenido en Sarajevo todo el tiempo, el joven Pujol habría tenido tiempo de curtirse bien y nutrir su currículum tras haber sido testigo de una amplia y dura experiencia. Porque como sabemos fueron cuarenta y cuatro largos y despiadados meses de asedio. El más largo de la historia moderna. Superó con mucho el tiempo que Madrid estuvo sitiada durante la guerra civil española o el cerco de Leningrado. O las batallas de la guerra civil griega.

Las amenazas a los periodistas de los hombres de Karadzic y Mladic

Tras un fallido intento por parte de los serbios de tomar la ciudad con unidades blindadas y aviones Migs, estos comenzaron a practicar un uso abusivo, cruel y continuado de la fuerza. Sarajevo se acabaría convirtiendo en sinónimo de guerra de Bosnia. Sus habitantes no solo fueron bombardeados desde las posiciones en las montañas sino también por los francotiradores, mercenarios de todas las nacionalidades y de todos los bandos. A Sarajevo solo la desplazaría de los focos, tres años más tarde, la espantosa matanza de Srebrenica en 1995, donde ocho mil musulmanes varones fueron masacrados y enterrados en fosas comunes, lo que removió definitivamente la hasta entonces lamentable pasividad internacional, provocó la intervención de la Otan y consiguió acabar con el conflicto en pocos meses, tras los acuerdos de Dayton.

El 2 de mayo de 1992 fue una fecha especialmente trágica en Sarajevo. Una jornada que Pujol pudo documentar gráficamente y que su compañero Eric recuerda así: “La víspera del ataque del 2 de mayo los paramilitares serbios de Radovan Karadzic y Ratko Mladic amenazaron a toda la prensa internacional, concentrada en el antiguo balneario de Ilidza (el único de la ciudad con una línea telefónica con conexión internacional), con matarnos si no abandonábamos la ciudad al amanecer.

Todos, menos un grupo de ocho, seis fotógrafos y dos redactores (Pujol y Hauck entre ellos) evacuaron la ciudad sin condiciones mínimas para pasar los controles con una cierta garantía, siempre en manos de adolescentes ebrios armados... “Los ocho que

habíamos decidido quedarnos –cuenta Hauck- cruzamos el frente y entramos en Sarajevo. Nos sentíamos más seguros. 480.000 personas habían decidido resistir y nosotros podíamos contribuir a darle voz en todo el mundo. Fueron los ciudadanos de Sarajevo de toda la vida, los no contaminados por las proclamas fascistas que unos y otros vomitaban a sus respectivos canales de televisión, los que nos convencieron de que era necesario preservar a cualquier precio el espíritu de Sarajevo, el mestizaje y la tolerancia. Bastante tenían los periodistas de la televisión local y del diario “Oslobodjenje” para sobrevivir al trayecto por la avenida de los francotiradores, para imprimir cuatro páginas en los sótanos, salir a venderlas en el mercado o emitir mensajes de familias perdidas durante las pocas horas de electricidad que iban quedando. Dependían de nosotros. De nuestras baterías, nuestras cámaras y nuestras parabólicas. Si los silenciaban, si nos silenciaban a todos, la ciudad acabaría cayendo en manos de los carniceros”. Y por lo que continúa contando quien fuera pareja periodística de Jordi Pujol, aquellos a los que Hauck llamaba “carniceros” lo intentaron a conciencia aquella noche del 2 de mayo de 1992:

“Los combates fueron largos y feroces. Barrio por barrio, calle por calle, casa por casa. Vivíamos en los refugios y sacamos la cabeza sólo en momentos de escasa calma. En esos momentos era cuando aparecían las siluetas de los vecinos, delgadas como las que vimos en los campos de concentración, haciendo de tripas corazón para ir a cortar un árbol para hacer leña para cocinar, recoger agua de una fuente destripada, cortarse el pelo en medio de un portal, una visita al mercado de paradas vacías, volver sin dinero de un banco calcinado, lavar la ropa en las malolientes aguas del río Miljacka, fumar hierba plantada en las azoteas o tomar una copa de aguardiente casero en el Café “Sos”, al junto al cementerio del León o del pabellón olímpico de Zetra.

Estuvieron a punto –añade Eric Hauck- de dividir la ciudad por la mitad y de conquistarla a sangre y fuego. Pero no lo consiguieron. Nos hizo subir la adrenalina, y rebajar la rabia y el miedo, que nos dijeran que nuestra presencia había contribuido a salvar la ciudad. Ahora sabemos que el *Avui* fue el único diario del mundo que pudo ofrecer a sus lectores una foto y una crónica original de aquel momento crucial para la defensa de los valores que, se supone, inspiraron la construcción europea”

Las fotos que Jordi Pujol i Puente hizo ese día fueron las primeras firmadas por él que dieron la vuelta al mundo. Firmadas. Como a él le hacía feliz. Con el paso del tiempo “esos negativos recuperados –decía Hauck- nos ofrecen una mirada, un testimonio y un significado inéditos. Son las primeras imágenes de un fotógrafo catalán del sitio de Sarajevo, el más largo de la historia bélica de la Europa moderna: mil cuatrocientos días”.

Buscando escapar del peligro

Aunque en mayo de 1992 nadie podía predecir cuánto tiempo iba a durar el asedio a Sarajevo ni imaginarse la enorme cantidad de víctimas civiles que iba a cobrarse, más de once mil, pronto se pudo ver que la solución no iba a ser fácil. La Unión Europea ya había reconocido a Bosnia-Herzegovina como república independiente y el conflicto había estallado porque las milicias serbo-bosnias, que no estaban dispuestas a aceptarlo, contaban con el apoyo de Slobodan Milosevic, presidente serbio. Un apoyo que llevó a las Naciones Unidas a imponer el embargo comercial, aéreo y petrolífero a Serbia y Montenegro. Por su parte, el cerco de los serbios a Sarajevo perseguía minar la moral de la población tras cortar las vías de acceso de suministros a la ciudad, lo que llevó al establecimiento de un puente aéreo humanitario que evitara el riesgo de hambre a sus habitantes.

El 17 de mayo de 1992, el lugar de Sarajevo donde se encontraban los enviados especiales del diario *Avui* y cuatro reporteros estadounidenses empezó a convertirse en una zona peligrosa sin discusión. Tanto, que la prudencia aconsejaba abandonarlo y buscar un sitio más seguro. Había fuego cruzado permanente. Incluso durante el fin de semana. Eran seis periodistas en total los que permanecían refugiados en un piso que convenía abandonar cuanto antes.

Por fin, ya avanzado el domingo, la intensidad del fuego había remitido. Era el momento, dedujeron, de organizar la operación logística para abandonar el lugar. Había que aprovechar el momento de tregua para salir de la zona caliente. Tan solo a tres kilómetros de donde se encontraban, si conseguían atravesarlos, estaban las fuerzas de paz. Se distribuyeron en tres coches y salieron, lo más rápido que pudieron, por el "corredor" que separaba la guerra de la paz. Al final del "pasillo" estaban *los cascos azules* de la ONU.

La tragedia

Como ocurre siempre en los momentos más trágicos, la confusión se apodera de aquellos que la viven en primera persona. Los tres mil metros de distancia sonaban a prueba olímpica, a desafío. La caravana, decidida, se dispuso a atravesarlos con determinación. Era una apuesta a cara o cruz. Las dudas en momentos así se convierten en el peor enemigo. Así que como Lot y su familia cuando abandonaron Sodoma, iniciaron el trayecto sin mirar atrás. Nadie estaba dispuesto a convertirse en estatua de sal. Iban provistos de sus correspondientes cascos, sus chalecos antibalas... Pero alguien lanzó una granada de mortero, un artefacto explosivo que impactó contra uno de los vehículos de la comitiva y esparció la metralla hiriendo de muerte a Pujol y de gravedad a otro compañero de la agencia Associated Press.

No fue, digamos, un asesinato premeditado por un francotirador, sino obra de esa ruleta rusa que era Sarajevo en aquel momento. Unos días caían cinco mil granadas y nadie moría; otros, cuando la gente estaba confiada y salía de los refugios, caían cuatro o cinco bombas de golpe para crear el pánico entre quienes acudían a las colas del agua o el pan... Aquella vez le tocó a Jordi y a su compañero americano de AP, quien sí pudo salvar la vida.

Los otros cuatro reporteros, dos de la agencia AP, un tercero de la revista *Black Star* y Eric, el compañero de Jordi no pudieron continuar el avance y se vieron obligados a regresar al peligroso refugio que habían abandonado momentos antes para, al menos, ponerse a cubierto. Además de postergar el objetivo de alcanzar la “línea de paz”, ahora tenían un compañero muerto y otro herido de los que había que ocuparse. Eso se convertía en prioritario. La muerte de Jordi –escribiría tiempo después Hauck, “por un maldito y solitario obús en la calle Sukbunar, sacudió algo dentro de nosotros y, de golpe, y sin tener tiempo de digerir lo que nos estábamos jugando en los Balcanes, hizo que aquella guerra también fuera nuestra”. La bomba que no sientes es la que te mata, les había dicho un par de días antes un militar de la zona a la pareja de reporteros catalanes. “Jordi, probablemente, no sintió el obús que lo mató –escribiría Eric-. Dentro de una de las cámaras que aún le colgaban del cuello y que la metralla no agujereó, aparecieron las imágenes de la verdad. Era domingo. Llovía”. La dirección del periódico *Avui*, tras confirmar la muerte de Pujol, solicitó al ministerio de Asuntos Exteriores que la embajada de España en Belgrado se hiciera cargo del cuerpo del reportero.

Santiago Lyon, también de AP, que con el tiempo llegaría alto directivo de la agencia estadounidense, fue quien aquellos días en Sarajevo dio el paso al frente y se ocupó de los asuntos más tristes y desagradables. “Tuve que buscar el cuerpo de Jordi entre decenas de muertos. Ponernos de acuerdo con los sitiadores serbios para que nos permitiesen abandonar la ciudad. La pesadilla duró tres largos días hasta que llegamos a Split”, le contó en su día a Gervasio Sánchez.

Diez años después, el 17 de mayo de 2002, se celebró un emotivo acto en Sarajevo en el que se presentó la edición en serbocroata de un libro que recoge algunas de las fotografías de Pujol Puente que por aquel entonces dieron la vuelta al mundo. La edición había corrido a cargo del área de “Cooperación Distrito 11” del Ayuntamiento de Barcelona- y se titula “*Força Sarajevo, la ciudad en nuestra memoria*”. La publicación, según cuenta Xavier Rius, supuso un revulsivo en ciertos sectores de la sociedad catalana que reaccionó promoviendo un enorme potencial de ayuda para la zona de Bosnia. El libro recoge también algunos fragmentos del diario personal del reportero catalán quien, cuatro días antes de morir, dejó escritas estas palabras:

“Me gustaría volver de aquí a unos años cuando todo se haya recuperado. Son las 12.30 horas y delante de mí hay un hombre llorando”.

Por la muerte de Jordi Pujol i Puente no hubo juicio ni denuncia.

<http://www.jordipujol.cat/es/cejp/articles/2064#sthash.U8foLZuE.dpuf>

<http://openaccess.uoc.edu/webapps/o2/bitstream/10609/17848/1/16042012-tubella-la-leccion-de-Sarajevo.pdf>

http://elpais.com/diario/1992/05/18/ultima/706140001_850215.html

<http://blogs.heraldo.es/gervasiosanchez/?p=2396>

<http://www.webislam.com/noticias/43079-42-periodistas-muertos-766-encarcelados-y-501-medios-cerrados-o-censurados.html>

http://es.wikipedia.org/wiki/Atentado_de_Sarajevo

http://www.spandalucia.com/index.php?option=com_content&task=view&id=27&Itemid=38

<http://conflictoyorden.blogspot.com.es/2013/05/las-reglas-de-la-guerra-prensa-y.html>

<http://erichauck.blogspot.com.es/search?q=pujol+puente>

<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/12/cshdz.pdf>

http://www.ara.cat/premium/suplements/ara_tu/Sarajevo-anys-retina_0_699530053.html

<http://blogs.heraldo.es/gervasiosanchez/?p=2404>

Luis VALTUEÑA, cuando la experiencia sirve de poco

Asesinado en Gatonde, Ruanda, el 18 de enero de 1997. Tenía 30 años

El “paraíso”

“Ruanda es un paraíso, pero todo paraíso es sinónimo de expulsión”

Esta frase pertenece a uno de los diarios de Livingstone, un libro que el periodista y cantante Ricardo Cantalapiedra le prestó al fotógrafo y cooperante Luis Valtueña durante el viaje que hicieron juntos a Ruanda en noviembre de 1996. Semanas después, el día 15 de diciembre, firmaron juntos en el diario *El País* un reportaje sobre esa tierra africana que Cantalapiedra titularía “Tuto en el país de las mil colinas”. Sería el último trabajo profesional que Luis Valtueña, gallego de 30 años, publicaría en su vida.

- No te preocupes, si quieres subrayar mientras lo lees, subraya lo que quieras, le dijo Cantalapiedra a su compañero de aventura cuando le prestó el libro.

Y entre las frases que Valtueña subrayó, contaría dos meses después Ricardo al enterarse de la muerte de su amigo, se encontraba la que abre este apartado: “Ruanda es un paraíso, pero todo paraíso es sinónimo de expulsión”. Un paraíso maldito, un país víctima de odios irredentos que acabaría expulsando a Luis Valtueña, sí, pero asesinándolo primero.

Dos años y medio antes que Luis y Ricardo recalaran por allí, esa tierra de “ensueño” fue trágicamente regada por la sangre de cientos de miles de sus ciudadanos. Hasta los gorilas de las montañas Virunga debieron avergonzarse al ver cómo aquellos humanos se mataban entre sí, sin que la comunidad internacional moviera prácticamente un dedo. Humanos con los que los famosos gorilas ruandeses comparten espacio en un país sin mar, situado en el centro del continente africano, que limita al oeste con la República del Congo, al sur con Burundi y al nordeste con Uganda y Tanzania. Un pequeño país de 26.000 kilómetros cuadrados que, tan solo en los tres meses que duró la horrible primavera de 1994, perdió a uno de cada diez habitantes: un millón de muertos en una matanza donde los hutus acabaron con el setenta y cinco por ciento de los tutsis, pero donde el presidente Paul Kagame, de la etnia tutsi, está acusado de genocidio por los tribunales internacionales. Un lío.

Viaje a Kigali

Menudo paraíso Ruanda, sí. Las tragedias de sus gentes acabaron ahogando su presunto encanto y pisoteando su componente idílico hasta aplastarlo, las horribles pesadillas que vivieron tantas de sus familias acabaron llenando de nubes negras sus otrora envidiables paisajes de postal. Allí fue donde viajaron, a finales de noviembre de 1996, dos años después del espantoso genocidio, Luis Valtueña y Ricardo Cantalapiedra. Pero no iban solos porque Luis, que trabajaba también para la agencia Cover, no se desplazaba únicamente en calidad de periodista, sino que formaba parte de una expedición que partía de Bruselas para realizar labores de emergencia en la masiva repatriación de refugiados hutus hacia sus aldeas de origen. Hutus que en 1994 habían huido a Zaire (hoy República Democrática del Congo) y que ahora, dos años y medio más tarde, estaban comenzando a regresar a Ruanda.

Durante la dominación belga, que duró hasta 1962 los tutsis, minoritarios, habían sido los mimados frente a los hutus, tratados y considerados históricamente como casta inferior. Los tutsis tenían ganado y eran algo más altos que los hutus, y los belgas dedujeron de ello que también tenían que ser más inteligentes. El racismo abyecto del colonizador puso la semilla que germinó en el sufrimiento atroz de los once millones de habitantes de este país, cuya extensión es menor que la de Catalunya.

Cuando, tras la independencia en 1962 los hutus llegaron al poder, la mayor parte de los tutsis huyeron a Zaire. Hasta que volvieron treinta años después. Organizados. Los niños tutsis se habían hecho hombres y fuertes. Muchos se habían estado preparando en el exilio y tenían formación y experiencia militar. Entonces pasó lo que pasó.

La expedición de la que formaba parte Valtueña era de carácter humanitario y sus objetivos no tenían nada que ver con los que habían llevado a Cantalapiedra hasta allí. El fotógrafo gallego y catorce personas más se dirigían a Kigali, capital de Ruanda, como cooperantes de *Médicos del Mundo* y todos tenían ya amplia experiencia en el voluntariado. Sabían que, en los últimos meses, cuatro cooperantes españoles habían perdido la vida en Ruanda. Sabían que había riesgo pero en eso consistía por lo general su trabajo fueran a donde fueran.

El redactor del diario *El País*, en cambio, se proponía únicamente hacer un reportaje para el dominical del periódico sobre la cooperación española en Ruanda: España había enviado más de diez mil kilos de alimentos, medicinas y herramientas y Ricardo quería seguirle los pasos al cargamento y comprobar cómo se distribuía.

El último trabajo periodístico de Valtueña

Los planes cambiaron cuando, una vez en el país africano, se comprobó que no había situación de emergencia y que, al menos aparentemente, el retorno de los refugiados se estaba desarrollando con normalidad. Así lo cuenta Cantalapiedra: "Con todos viví en Kigali quince días en una casa alquilada por *Médicos del Mundo* a las afueras de la capital ruandesa. Fue una quincena vertiginosa. Hablé con cada uno de ellos para trazar los perfiles humanos de los voluntarios. Y quedé impresionado. Con Valtueña ya había mantenido una larga conversación y fue él quien se ofreció para hacer las fotografías del reportaje, "siempre que mi trabajo como logista me deje tiempo para ello", dijo.

Fue, como decíamos antes, el último trabajo periodístico de Luis Valtueña.

"Antes de enviar el texto, -escribió Cantalapiedra- Valtueña echó una ojeada. De repente, empezó a reír. Le había hecho gracia que yo le definiera como "un inquieto sosegado". "¿Tú crees que soy así?", me dijo. Y contesté: "Eso parece al menos". Efectivamente, él era así. Siempre andaba deprisa por fuera y sereno por dentro. En Bruselas, una tarde gélida y desapacible, yo estaba dispuesto a recluirme en el hotel o en las tabernas cercanas a la Grande Place. Pero él me convenció para pasear por la calle. "Para conocer una ciudad hay que olerla como primera medida", dijo. Por fin conseguí meterlo en un bar. Yo bebí cerveza; él, un café con leche. Fue allí donde, tras mucho preguntarle sobre su vida, me contestó con sencillez: "Me gusta vivir intensamente".

Tras finalizar su reportaje, Cantalapiedra se volvió a España, algo que también hicieron la mayor parte de los cooperantes que habían viajado a Ruanda con él desde Bruselas.. Solo se quedaron tres: la enfermera Flors Sirera, el médico Manolo Madrazo y el propio Luis Valtueña, que acabaron instalándose en Gatonde, una localidad situada a cien kilómetros al oeste de Kigali, no demasiado lejos de la frontera con la República Democrática del Congo, entonces Zaire. Cuando se quedaron allí, Valtueña y sus dos compañeros no podían imaginar que tardarían poco tiempo en regresar. Pero muertos.

El equipo "A"

Flors Sirera había nacido en Tremp, en la provincia de Lleida y tenía 33 años. Era diplomada por la Escuela Universitaria de Enfermería del Ayuntamiento de Barcelona y llevaba ya algunos años trabajando con Médicos del Mundo. En Mugunga (Zaire), ya había estado en 1994. Había corrido ya mucho mundo como voluntaria: Senegal,

Marruecos, Bolivia, Cuba. Tenía un libro del que no se separaba y que llevaba con ella a todas partes, el "Canto a mí mismo", de Walt Whitman.

Manuel Madrazo era médico y había dejado temporalmente su trabajo en el Negociado de Gestión de Programas de la Delegación de Salud del Ayuntamiento de Sevilla para sumarse al proyecto que Médicos del Mundo desarrollaba en Ruanda. Tenía 42 años y dos hijas. Quería "devolver una deuda al mundo y solucionar una situación injusta". Según Cantalapiedra, era "un excelente conversador y sabía escuchar. Hablaba con frecuencia de sus dos hijas, ambas alumnas del colegio de los Sagrados Corazones, de Sevilla, donde él mismo estudió bachillerato. Muy aficionado al cine, era también un forofo del fútbol, principalmente, del Betis. A Ruanda se llevó una bufanda del club. Era muy culto y seguía con interés la narrativa española actual. Tenía predilección por Eduardo Mendoza. En Kigali dejó a medio leer *Outside*, de Margueritte Duras. Y me comentó: "La Duras es muy dura; me oprime un poco; carga demasiado las tintas en los sentimientos".

Luis Valtueña tenía treinta años y hubiera cumplido treinta y uno el siete de febrero de 1997. Fotógrafo profesional, había colaborado con el Magazine de *El Mundo* entre 1989 y 1990. Trabajaba también para la agencia Cover y para FV Actualidad. Era, además, especialista en telecomunicaciones y radioaficionado con el indicativo EA4-EAG, pero su gran pasión siempre fue el voluntariado. A su edad contaba ya con un currículum como cooperante: conocía la Europa del Este, los Balcanes, Oriente Próximo, Asia Central, Pakistán, India, Nepal, Tailandia, Indonesia, Estados Unidos, México... En 1996 permaneció cuatro meses en Líbano como responsable de la logística de *Médicos del Mundo*. Aquella experiencia lo dejó marcado. Desde entonces, se convirtió en un convencido de la causa palestina y en un estudioso del mundo árabe. Era muy activo, hablaba poco y los que le conocieron solían decir de él que "tenía una gran vida interior".

Los tres formaron un buen equipo junto a Socorro Avedillo, que se salvaría de morir con sus compañeros porque el día fatídico se había marchado a Goma (Zaire) en viaje de exploración.

A los tres les gustaba mucho sentirse útiles. Las razones que llevan a una persona a moverse en el mundo del voluntariado suelen ser múltiples y diversas, pero el denominador común es siempre el mismo: hacer algo por alguien, poner tus conocimientos al servicio de quien los necesita. Y en Ruanda, tras la tragedia vivida, las secuelas eran muchas y graves. Valtueña, una vez más, era el encargado de administración y logística en el equipo y, como tal, procuraba conocer de antemano el terreno que pisaba. Solía tener olfato para los peligros y sabía organizar cómo evitarlos. Ruanda, tan imprevisible durante el trimestre del genocidio, donde las potencias internacionales se limitaron a sacar cuanto antes a sus ciudadanos del país y

desentenderse de la tragedia, parecía haber vuelto a la calma. Hasta tal punto que *Médicos del Mundo* consideró que cuatro personas eran suficientes para atender las demandas de la zona. Por eso regresaron los demás. Pero se equivocaron. Ruanda era, en efecto, imprevisible. Como lo fue en 1994, cuando tuvo lugar un genocidio cuyas dimensiones nadie supo prever.

El detonante de la tragedia de 1994

El 6 de abril de 1994, el presidente hutu Juvénal Habyarimana, en el poder desde 1973, regresaba a Ruanda en su avión privado acompañado por Cyprien Ntaryamira, presidente de Burundi y también hutu, camino de Kigali. El Falcon 50 jet, regalo del primer ministro francés Jacques Chirac, estaba a punto de tomar tierra cuando un misil tierra-aire impactó de lleno en el aparato, que se estrelló en las cercanías del aeropuerto de la capital ruandesa. Ninguno de los tripulantes del aparato salvó la vida.

A partir de ese instante el conflicto interno ruandés ganó en crueldad y se convirtió en un enfrentamiento a gran escala que alcanzó todos los rincones del país. El hecho tuvo tal repercusión que lo lógico hubiera sido una intervención inmediata de la ONU para intentar evitar un conflicto cuya gravedad se veía venir a todas luces. Pero para sorpresa de muchos observadores internacionales, se ordenó la retirada de los cascos azules, dejando a la población civil sin protección. Fue entonces cuando todo quedó fuera de control y, en medio de la confusión, empezó el genocidio.

Este conflicto no fue sólo una historia de lucha por el poder entre elementos extremistas y criminales sino también, y sobre todo, fue una historia de pillaje y lucha por el control de la explotación de los riquísimos recursos naturales de la parte oriental de la República Democrática del Congo. Una iniciativa en la que intervinieron muchas grandes multinacionales occidentales, sobre todo de Estados Unidos, Canadá y de algunos países europeos.

El genocidio

Los radicales hutus no tardaron en tomar el poder tras el asesinato de su presidente. Todos los moderados fueron desplazados o directamente eliminados. El nuevo gobierno contaba con milicias organizadas, los *Interahamwe*, cuyo significado es "Los que permanecen juntos" o "Los que pelean juntos". Se formaron originalmente como un grupo paramilitar en apoyo al presidente Habyarimana para hacer frente a los tutsis. Los tutsis habían fundado, durante su exilio en Zaire, una organización político-militar llamada Frente Patriótico Ruandés (RPF).

Los *Interahamwe* fueron los principales responsables de la muerte de cerca de ochocientas mil personas. Toda la casta tutsi se convirtió en el enemigo a batir, así como aquellos miembros de la casta hutu que de alguna manera protegieran a los tutsis, se negaran a participar en los asesinatos o tuvieran incluso familiares tutsis. El once de abril, solo cinco días después del comienzo de las matanzas, la Cruz Roja estimaba ya los muertos en “decenas de miles”.

Ni siquiera necesitaron campos de concentración, como los nazis. A centenares, los tutsis eran conducidos “por su propia seguridad” hasta las iglesias o los estadios. Lugares cerrados con escasas posibilidades de salir huyendo. Días más tarde eran masacrados por los mismos guardianes que en teoría debían protegerlos. El veintuno de abril, solo quince días después del atentado al avión presidencial, Cruz Roja cifraba ya el número de asesinados en cientos de miles. Era fácil adivinar que, aunque hubieran transcurrido dos años y medio de todo esto cuando Luis Valtueña y sus compañeros se quedaron en Gatonde para desarrollar su labor humanitaria, la rabia continuaba siendo mucha y, por tanto, el riesgo también.

El papel de la religión en el genocidio

Hasta qué punto la religión estaba presente, e involucrada, en el conflicto de Ruanda se demuestra cuando se sabe que el obispo católico de Kigali, los católicos en ese país son alrededor del sesenta y cinco por ciento, era miembro del comité central del partido único del presidente Habyanmana, el hutu que murió víctima del atentado a su avión.

El papa Juan Pablo II llegó a admitir oficialmente que decenas de sacerdotes, religiosos y monjas de las etnias rivales ruandesas participaron activamente en las matanzas. "Todos los miembros de la Iglesia que pecaron durante el genocidio deben tener el coraje de hacerle frente a las consecuencias de los actos cometidos contra Dios y la humanidad", dijo entonces Wojtila. Pero se quitó, nunca mejor dicho, el muerto de encima añadiendo a continuación que "la Iglesia como tal no puede ser responsabilizada por las faltas de sus miembros, que han actuado en contra de la ley evangélica por la que serán llamados a dar cuenta de sus acciones". Largo lo fiaba.

Valtueña, como el resto de sus compañeros, sabía todo esto. Sabía que Wenceslas Munyeshyaka, cura de la catedral de Kigali, escapó a Francia con ayuda de sacerdotes franceses. Los cooperantes de *Médicos del Mundo* estaban informados de que muchos curas como éste acabaron siendo acusados de genocidio por haber aportado listas de civiles a la *interahamwe* entre otros delitos.

Otros clérigos, directamente, convirtieron sus iglesias en ratoneras. Un párroco llamado Athanase Seromba consiguió engañar a dos mil tutsis haciéndoles creer que

en su iglesia estarían seguros. Una vez dentro, fueron masacrados y aplastados por excavadoras y si alguno lograba escapar o sobrevivía, fuera esperaban las milicias hutus para rematarlos. Años después, este cura fue condenado a quince años de prisión por el Tribunal Penal Internacional para Ruanda.

Los tutsis ganan la guerra

No lo tenían fácil el fotógrafo Valtueña y sus compañeros cooperantes españoles en Ruanda porque allí nada era como parecía y resultaba una temeridad fiarse de nadie. Llegaban cuando el país estaba viviendo la resaca de una película de salvajes. Ni buenos ni malos: sencillamente horrible.

Veamos algunos datos: el presidente de Ruanda desde el año 2000 es el tutsi Paul Kagame, uno de los fundadores en el exilio del Frente Patriótico Ruandés (RPF). Pues bien, este “prohombre” está considerado el autor intelectual del atentado que derribó el avión de Juvénal Habyarimana, lo que supuso el pistoletazo de salida de la terrible masacre. Nacido en Ruanda en 1957, Kagame huyó con su familia de la persecución hutu cuando apenas tenía cuatro años. Creció en un campo de refugiados ugandés, pero allí pudo estudiar hasta conseguir un diploma en la Open University de Londres.

Su experiencia militar la adquirió enrolándose, en la década de los ochenta, en el Ejército de Uganda. Hasta que en 1993 se consiguió un pacto para que Ruanda fuera una democracia multipartidista que permitiría el regreso de los refugiados tutsis. Papel mojado, porque nada de eso se cumplió y fue entonces cuando empezó la cacería, la matanza y el exterminio tutsi.

Los tutsis no solo no se arredraron sino que respondieron con la misma moneda y mataron decenas, cientos de miles de hutus. Fueron avanzando con ataques masivos desde el noroeste del país hasta forzar la huida a Tanzania de doscientos cincuenta mil hutus en un solo día. Consiguieron en apenas dos meses apoderarse de Kigali, la capital del país, y el gobierno hutu radical huyó a Zaire. Algo que hicieron también unos dos millones de hutus, que crearon en la ciudad de Goma y en sus alrededores el campo de refugiados más grande de la historia.

Cuando Valtueña junto sus dos compañeros perdieron la vida en 1997, los tutsis llevaban casi tres años ya en el poder.

Muerte en el dispensario

La tarde-noche del 18 de enero de 1997 estaba siendo muy turbulenta en el distrito ruandés de Ruhengeri, al que pertenece Gatonde, el lugar donde los cooperantes españoles habían establecido el dispensario desde el que contribuían a mejorar la

calidad de vida de muchos de los habitantes de la zona. Una zona en la que hacía ya varias semanas que se vivía una tremenda tensión. El retorno de refugiados hutus, que en noviembre no parecía tan preocupante, empezaba a ser complicado porque desde las últimas semanas de 1996 eran cientos de miles los que regresaban a Ruanda desde el vecino Zaire después de más de dos años fuera de su país. Entre los retornados se encontraban muchos milicianos “*interhatmwe*”, de los que participaron en las matanzas genocidas de 1994. Aquel 18 de enero, sábado, había sido una jornada especialmente violenta: disparos, ataques en distintas localidades de la comarca...

- Vamos a apagar las luces para pasar inadvertidos y más tarde volveremos a llamar, les dijeron a sus compañeros de Nariobi (Kenia) con quienes estuvieron hablando por teléfono poco antes de morir.

Si Flors, Manuel y Luis apagaron las luces inmediatamente o se demoraron demasiado en hacerlo nunca lo sabremos. Los asesinos entraron en el dispensario de Médicos del Mundo, pidieron la documentación a los tres cooperantes españoles y acto seguido les dispararon directamente a la cabeza.

- Fueron ejecutados

El diagnóstico es de Javier Zúñiga, director de operaciones de Derechos Humanos de la ONU.

- Estos ataques, añadió en su día Zúñiga, están claramente dirigidos a cooperantes.

En el caso de Luis, además de cooperante era periodista. Estaba claro que para quienes los mataron eran una presencia incómoda. No querían testigos de lo que ocurría por la zona esos días. Y mucho menos estaban dispuestos a que entre ellos hubiera alguien que además hiciera fotos de sus desmanes y pudiera enseñarlas al mundo. A la mañana siguiente, las primeras personas que llegaron a las modestas dependencias de *Médicos del Mundo* se encontraron los tres cadáveres en medio de grandes charcos de sangre. Todos tenían un disparo en la cabeza realizado a quemarropa. Un norteamericano de la misma oenegé, Nitin Madhav, que trabajaba con ellos, pudo esconderse y evitar que lo mataran, pero resultó herido durante el ataque y tuvieron que amputarle una pierna.

El regreso

En Madrid, en la sede de *Médicos del Mundo*, se intentaba recabar información sobre las circunstancias en que ocurrieron las muertes de Luis, Manuel y Flors. El embajador

de España en Tanzania, José María Sanz Pastor, se desplazó hasta Kigali para organizar la repatriación.

Para simplificar los trámites, se acordó sacarlos en un avión de la Cruz Roja con destino a Nairobi. Allí, la embajada española en Kenia se encargó de contratar la autopsia y los servicios de embalsamamiento y de arreglar todo el papeleo para el traslado a España de los restos mortales de los tres cooperantes asesinados. Un avión de Sabena los transportó hasta Bruselas y allí el embajador español en Bélgica acudió al aeropuerto, atendió a la delegación de *Médicos del Mundo* y facilitó el transbordo de los cadáveres al avión que finalmente los trasladaría a España.

El veintitrés de enero, cinco días después de su muerte, la lluvia empezó a caer en el pabellón de Estado del aeropuerto de Barajas justo en el momento en que aterrizaba el avión con los restos mortales de Flors, Manuel y Luis que fueron trasladados hasta la antigua sede del Ministerio de Asuntos Sociales, donde se instaló la capilla ardiente. Allí se les rindió un homenaje multitudinario.

La investigación

Diez días después de los asesinatos, una delegación española se desplazó hasta Kigali para solicitar que los culpables recibieran el castigo correspondiente y comunicar formalmente a las autoridades ruandesas la suspensión de la cooperación hasta que se aclararan los asesinatos. El veintiséis de enero fue asesinado un cura canadiense en Ruhengeri y el cuatro de febrero cinco miembros de la operación de Derechos Humanos en Ruanda perdieron la vida en una emboscada cuando viajaban en un vehículo con bandera de las Naciones Unidas: ya eran nueve las muertes en aquel país de personas pertenecientes a organizaciones humanitarias en menos de un año.

El Fórum Internacional para la Verdad y la Justicia en el África de los Grandes Lagos presentó una querrela contra la cúpula político-militar del Frente Patriótico Ruandés (FPR) al responsabilizarla de las matanzas. En febrero de 2008 el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu acusó a cuarenta militares ruandeses de las matanzas de cuatro millones de personas en ese país en los años noventa. Emitió también una orden de arresto internacional, contra el general Kayumba Nyamwasa, jefe de la inteligencia ruandesa, por crímenes contra la humanidad. El auto del juez Andreu, que implica también al presidente Paul Kagame, le atribuye la orden de matar a los cooperantes Maria Flors Sirera, Manuel Madrazo y Luis Valtueña en 1997 y al misionero español Joaquín Vallmajó en 1994. Nyamwasa murió asesinado en 2010 en Sudáfrica, por ciudadanos ruandeses según todos los indicios.

Paul Kagame, presidente de Ruanda desde 2000 hasta 2024, fue procesado en Francia y España por crímenes de genocidio, de guerra, de lesa humanidad y de terrorismo. El juez francés lo acusó formalmente de ser uno de los responsables del atentado mortal contra el avión en el que viajaba el anterior presidente ruandés (hutu) y que, según Naciones Unidas, fue el desencadenante del genocidio de 1994. El juez español responsabilizó a Kagame, y a 39 altos cargos más del Frente Patriótico Ruandés, de la muerte de más de tres millones de personas (ruandeses, congoleños, nueve españoles, canadienses...) en Ruanda y en la República Democrática del Congo entre 1994 y 2000.

Presidir su país le otorga inmunidad, por lo que Kagame no puede ser juzgado por ningún tribunal nacional mientras permanezca en el cargo. La fiscalía del Tribunal Penal Internacional para Ruanda sí podría hacerlo. Kagame cobró protagonismo al ser uno de los impulsores de la iniciativa *Objetivos del Milenio*, puesta en marcha por Naciones Unidas para combatir la pobreza en el mundo. El presidente ruandés viajó a España en 2010 para asistir a una reunión que *Objetivos del Milenio* había organizado en nuestro país y esto le supuso una situación incómoda a Rodríguez Zapatero, quien en teoría debía estar presente también en un encuentro que organizaba Ban Ki Moon, secretario general de la ONU. Para evitar coincidir con quien ya formaba parte del gobierno ruandés cuando mataron a Luis Valtueña y sus dos compañeros de *Médicos del Mundo* en Gatonde, Zapatero acabó delegando en Miguel Ángel Moratinos. La ministra de Asuntos Exteriores ruandesa lamentó públicamente el plantón, tachó de falsas las acusaciones que señalan a Kagame como responsable de las matanzas de su país y aseguró que su presidente fue el hombre que paró el genocidio y que, desde entonces, ha pilotado la reconstrucción de Ruanda.

Despedida y cierre

Luis Valtueña “viajó, miró el mundo y sus gentes, se comprometió con pasión, amó y, como todos los elegidos, murió joven. Él, que sólo disparaba su cámara, cayó frente a unos disparos que no crean imágenes y vida, sino horror y muerte”. Con estas palabras despidieron a Luis sus compañeros de la agencia Cover en la necrológica que hicieron pública al enterarse de su muerte. Fernando Valtueña, hermano de Luis, escribió también unas líneas, cuando todavía estaba esperando que llegaran a España los restos de su hermano, en las que decía: Aún creo que le veremos bajar del avión con ese gesto típico suyo diciéndole a nuestra madre:

- Mamá, no estoy cansado, lo que me fastidia es el cambio de horario.

En Ruanda le pararon el reloj para siempre. A él, a Flors Sirera y a Manuel Madrazo. Maldito paraíso. El lugar donde perdieron la vida es, según aseguran todos los que lo

conocen, uno de los parajes más bellos del continente africano. Terrible ironía, que en una comarca llena de valles idílicos y colinas a la sombra de grandes volcanes, y con todos los matices de verde juntos, la muerte decida cebarse con sus gentes, y con quienes venían a ayudar a sus gentes, de una manera tan trágica e inmisericorde.

En aquel condenado paraíso fue donde Luis leyó los diarios de Livingstone que le había prestado Ricardo Cantalapedra. Nunca sabremos qué reflexión, qué impulso o qué premonición le llevaría a subrayar esta frase del famoso médico y explorador:

- Ruanda es un paraíso, pero todo paraíso es sinónimo de expulsión.

<http://actualidad.orange.es/fotos/periodistas-espanoles-en-guerra/luis-valtuenas.html>

<http://www.elecode lospasos.net/article-ruanda-paga-aun-su-atroz-pasado-54104407.html>

<http://actualidad.orange.es/fotos/periodistas-espanoles-en-guerra/luis-valtuenas.html>

<http://www.elecode lospasos.net/article-ruanda-paga-aun-su-atroz-pasado-54104407.html>

<http://aempicech.wordpress.com/2010/07/15/el-amigo-ruandes/>

http://elpais.com/tag/luis_valtuenas/a/

<http://www.monografias.com/trabajos47/genocidio-ruanda/genocidio-ruanda.shtml>

<http://youtu.be/rsetrWlpwZk>

MIGUEL GIL. En moto a la guerra

Muerto tras una emboscada en Sierra Leona el, 24 de mayo de 2000, a los 32 años

Jamás pisó una facultad de periodismo, jamás estudió semiótica ni historia de la comunicación, tampoco hizo nunca un cursillo de fotografía, ni de reportero gráfico, ni un máster sacacuartos, ni perdió el tiempo dejándose explotar en un becariado infecto con horarios leoninos y falsas promesas de éxitos futuros. El periodismo es un oficio que se aprende sobre el terreno, una profesión que exige determinación, dedicación y audacia. Ahí es nada. Eso es lo que no enseñan en ninguna facultad y eso es lo que Miguel Gil-Moreno de Mora y Macián (Tarragona 1967-Sierra Leona 2000) aprendió a pie de obra. Apenas siete años de oficio le bastaron para dejar en evidencia a tanto elefante como se mueve por esas facultades de comunicación tan numerosas como innecesarias pontificando sobre cómo se elabora una noticia, una crónica o un reportaje sin haberse manchado nunca en su vida los pies de barro.

Miguel Gil aprendió a contar historias estando en los sitios, hablando con la gente, compartiendo penas y alegrías, más penas que alegrías, y sacándole el mayor partido posible a la posición de testigo privilegiado que permite presentarse en un sitio cámara al hombro y de la que siempre fue consciente. Exprimió hasta tal punto sus escasos siete años de oficio, convivió con tal intensidad con las grandezas y las miserias de la profesión que había elegido, que cuando se tropezó con la muerte sin haber cumplido todavía treinta y tres años, dejó un trabajo hecho tras él que para sí quisieran tantos presuntos periodistas cuya alma de funcionario les permite cubrir treinta y hasta cuarenta años de vida laboral rellenando folios sin haberse comido nunca una verdadera rosca profesional. De las que Miguel se atiborraba cada uno de los días que gastó en el oficio.

Los diamantes, en los orígenes del conflicto

El 24 de mayo del año 2000 Miguel Gil estaba en Sierra Leona, un país africano de apenas seis millones de habitantes que llevaba ya más de nueve años sumido en una atroz e inmisericorde guerra civil. Sierra Leona, que limita al norte con Guinea, al sureste con Liberia y al suroeste con el Océano Atlántico, cuenta con una riqueza mineral en el suelo y en el subsuelo que, como ha ocurrido en muchos países africanos, ha acabado convirtiéndose en su mayor perdición. Estar preñados de diamantes ha sido para Sierra Leona, qué paradoja, su ruina. Porque la búsqueda de estas piedras desde tiempos remotos en ese país ha significado que sus habitantes acabaran siendo víctimas de una escandalosa crisis humanitaria propiciada por la codicia y por la avidez de lujo y ostentación que millones de personas en el llamado primer mundo no tienen reparo alguno en alimentar. Ricos desprejuiciados y amorales

que atesoran diamantes de sangre obtenidos a costa de gobernantes corruptos en países tercermundistas. El resultado de la miserable ecuación “ricos-avariciosos-de-fuera + codiciosos-gobernantes-de-dentro” es un pueblo destrozado, hambriento y que acaba matándose entre sí.

Las extracciones de diamantes en Sierra Leona de manera ilegal son las que están en la raíz de la crisis y el conflicto sin precedentes que, cuando Miguel Gil llegó allí con su cámara en mayo del año 2000 enviado por Associated Press, azotaba al país desde 1991. Entre 40.000 y 60.000 personas asesinadas, miles de amputaciones de brazos y piernas y más de un millón y medio de personas que habían huido de sus hogares. Antes de la guerra, la corrupción y la mala gestión en el sector de los diamantes era una práctica tan extendida que había llevado ya a Sierra Leona a convertirse en uno de los países más pobres del mundo. De los más de 330 millones de dólares que generan las piedras preciosas cada año, tan solo el diez por ciento de ese tráfico es legal. El resto lo mueven las redes mafiosas y los señores de la guerra.

Los niños-soldado

En Sierra Leona sucedían muchas cosas espantosas, y una de ellas era el papel de los niños en la guerra. Todos hemos visto alguna vez imágenes de Miguel Gil sin saber que el autor era él, dado que trabajaba para una agencia internacional que las distribuía a todo el mundo: esas matanzas salvajes, esos ciudadanos mutilados, esos niños de apenas diez años con fusiles de asalto que pesaban y medían más que ellos... Para un niño de diez-doce años en Sierra Leona, entrar a formar parte de una milicia significaba comida, dinero, baño caliente y ganarse el respeto de los adultos. Quienes los utilizaban lo hacían porque, según ellos, los niños son más leales a su grupo y a su líder, se arriesgan más en la lucha porque no distinguen entre el combate y el juego y cuando matan sienten menos remordimiento que los mayores por hacerlo.

Aquella primavera del año 2000 no era la primera vez que Miguel estaba en Sierra Leona. Conocía ya el país, era un reportero arriesgado pero sensato, había aprendido las reglas, sabía hasta dónde se podía llegar y hasta dónde no, cómo, con qué precauciones y con quién hay que viajar. No en vano había tenido los mejores maestros sobre el terreno desde aquel día de agosto del noventa y tres en que decidió abandonar Barcelona, organizó una mochila con lo imprescindible, arrancó su moto de trial y se plantó en Sarajevo. Cuatro mil kilómetros de nada.

- Hola, me llamo Miguel y quiero dedicarme a contar lo que pasa aquí.

No es difícil imaginarse la cara que debieron poner muchas de las vacas sagradas de esa peculiar tribu que conforman los corresponsales de guerra y que un buen día, como Miguel empezaba a hacer en ese momento, habían decidido dedicar su vida a ir de conflicto en conflicto contándole al mundo lo que veían con sus propios ojos. Algunos de esa “secta” de “piraos”, todos ellos con muchos tiros dados en el sentido figurado del término y algunos con muchos tiros recibidos en el sentido literal, debieron recordar sus comienzos en ese mundo cuando vieron aparecer a Miguel por Sarajevo. Estarían los que ni le hicieron caso o lo miraron por encima del hombro, los que pensaron “este turista se vuelve en cuatro días” y los que, comprobando la determinación de Gil y recordando sus propios comienzos, se aprestaron a ayudarlo. Antes de marcharse, antes de tirarse a la piscina Miguel había visitado algunas redacciones en España para contar su propósito. El propio Alfonso Rojo, uno de los jefes por aquella época del diario *El Mundo*, admite que lo desalentó, que no le dio muchas esperanzas, que le dijo con claridad la dificultad y la aspereza del universo en el que quería meterse.

La crueldad de los medios con los colaboradores

“Recuerdo nítidamente –escribió Rojo- el día en que vino a verme a la redacción de *El Mundo*, contó que había estudiado Derecho, que estaba en un despacho de abogados y me dijo con ojos brillantes como ascuas que se iba a Yugoslavia a hacerse corresponsal. Conservaba cierto aire adolescente y mucha blandura en el corazón, pero en su interior alimentaba una confianza ciega en su buena fortuna. Me impresionó, porque llevaba su destino escrito en el rostro, demacrado y largo, como los de los personajes de El Greco. Le expliqué que era complicado, que la prensa española es cruel con el colaborador, que las transmisiones eran costosísimas y que la competencia de las agencias es despiadada, pero Miguel era inasequible al desaliento. Partió encaramado en su moto y llevando por todo equipaje un par de botas, un saco de dormir, alguna camisa, una cazadora de cuero, una radio de onda corta y poco más. Se sentía eufórico. Era libre, tenía el destino en sus manos y ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de fracasar. Fue la decisión acertada, pero pasado el tiempo resulta inevitable volver la vista atrás, con nostalgia, hacia aquellos días, en los que todo parecía volverse contra él y durante los que tuvo que hacer de conductor en Sarajevo, arriesgar la vida cotidianamente, cruzar líneas de combate y sufrir para abrirse paso”.

En vista de que no podía irse a Bosnia con ningún tipo de paracaídas, se fue con su moto y con su determinación. La misma que le había hecho renunciar a una vida profesional de corbata y despacho en la que, pleito a pleito, había ido adquiriendo una respetada reputación que permitía augurarle un futuro prometedor. Como picapleitos. Porque Miguel era abogado, sí. Había estudiado un año de Historia y luego se cambió a

Derecho. Cuando terminó la carrera entró a formar parte del bufete de Felio Vilarrubias, un abogado barcelonés que había sido íntimo amigo de su padre. El padre de Miguel había muerto en un accidente de tráfico cuando éste tenía trece años y Vilarrubias se convirtió en tutor suyo y de sus hermanos. Trabajó Gil en el bufete con interés y empeño en los asuntos que se le iban asignando y esto le permitió contribuir a la economía familiar, pero aquella vida más o menos previsible y ordenada no acababa de llenarle. “Me daba cuenta de cómo sería mi futuro -explicó una vez-. Tenía veinticinco años y, si me quedaba allí donde estaba, me podía imaginar perfectamente cómo sería toda mi vida hasta que me muriese, porque tenía un buen trabajo y las cosas me iban bien. Pero no sé por qué iba a cambiar, en realidad. Sabía que quería ir a Bosnia”. Sabía mucho Derecho y nada de Periodismo. Pero quería dedicarse a contar historias. Y se puso a ello.

Contratado como reportero gráfico por Associated Press

Sin duda alguna Miguel tenía razones sobradas para estar orgulloso de lo conseguido en sus siete años de reportero aquella mañana de mayo en que transitaba por Rogberi camino de Freetown, la capital de Sierra Leona. A primeros de mayo, la aparente paz reinante en el país desde hacía unos meses antes se quebró. Los rebeldes violentos habían roto un compromiso de paz y atacado a fuerzas de la ONU en el país, en ocasiones utilizando armas incautadas a éstas y hasta vehículos blindados. Habían hecho incluso rehenes entre las fuerzas de paz. Miguel estaba contando todo eso. Desde hacía varios años era un reputado y reconocido reportero gráfico de AP. La agencia estadounidense supo ver su potencial y lo fichó antes y mejor que ningún medio español convirtiéndolo así en un miembro cualificado de la tribu, aunque su nombre apenas fuera conocido por los lectores ni por televidentes españoles.

Habría sido mucho mejor que hubiéramos continuado sin escuchar ni leer su nombre, que Miguel Gil hubiera continuado siendo ese antiguo abogado que, sin pasar por ninguna facultad de periodismo en su vida ni por ninguna redacción española ni extranjera, consiguió convertirse en uno de los cámaras estrella de una de las agencias de noticias más importantes del mundo, Associated Press. Pero a partir de aquel día sí. Desde aquel veinticuatro de mayo del año 2000 el nombre de Miguel Gil empezaría a sonarnos a todos para siempre. A la una y media de la tarde, un grupo fuertemente armado de la guerrilla del Frente Revolucionario Unido (FRU) tendió una emboscada al convoy militar en el que iban integrados los dos coches conducidos por dos periodistas de AP cerca de Rogberi, un cruce de caminos situado a 90 kilómetros de Freetown. Uno de esos dos periodistas era Miguel Gil.

La emboscada

Parecía una zona controlada por las fuerzas militares progubernamentales pero, como escribió Gervasio Sánchez, que al día siguiente tuvo que ocuparse de identificar el cadáver de su amigo y compañero, “los territorios comanches de las guerras siempre son móviles y los hombres armados aparecen detrás de cualquier punto”. Así ocurrió aquel día. Testigos presenciales le contaron a Sánchez que el ataque fue demoledor y duró “varias decenas de minutos”. El coche del reportero de AP fue alcanzado por parte de la carga de un lanzagranadas ARPG7, especializado en vehículos blindados. Miguel Gil murió en el acto igual que su compañero Kurt Schork, que conducía el otro vehículo y fue alcanzado por un balazo en la frente. Otros dos periodistas, el fotógrafo griego Yannis Behrakis y el cámara de televisión Mark Chisholm, sobrevivieron a la emboscada que también costó la vida a cuatro soldados sierraleoneses.

“Estoy seguro –escribió también Gervasio Sánchez- de que el peor momento de mi vida profesional lo viví el veinticinco de mayo de 2000. Por la mañana temprano entré en la morgue de Freetown. Allí, sobre una losa de mármol, yacía el cadáver de mi compañero Miguel Gil. Me quedé petrificado durante los primeros minutos. Sentí ganas de llorar, de gritar, de irme. Después empecé a sudar mientras miraba aquel cuerpo inerte. Estaba obligado a memorizarlo todo aunque sólo deseaba despertar de lo que parecía una pesadilla.

Mi deber era ejercer de familiar cercano a pesar de que me da miedo la muerte desde que era un niño. Tendría que contestar a preguntas más tarde. Preguntas que llegaron dos meses después cuando Pato, la madre de Miguel, me interrogó a solas sobre el estado de su hijo. Quería las respuestas que necesita cualquier madre e intenté dárselas. La habían convencido de que no valía la pena abrir su ataúd antes de enterrarlo en Vimbodí (Tarragona)”.

"Esa carretera a Masiaka es una locura. Habrá una desgracia", me dijo Miguel unos días antes cuando le expliqué –continúa Sánchez- que intentamos avanzar por ella para conocer el paradero exacto de la guerrilla. Medía cada paso que daba, conocía los riesgos de un trabajo muy especializado en el que sobra vanidad y falta pasión y jamás hacía locuras. Siempre elegía la ruta más segura para llegar a un lugar aunque fuese la más larga. Llegaba el primero a un lugar conflictivo y se quedaba hasta que ya nadie le prestaba atención. Porque podía trabajar semanas y meses seguidos sin descansar un solo día”.

La determinación, el santo y seña de Miguel

La determinación. Ese era el santo y seña de Miguel Gil. Como cuenta Sonsoles Gutiérrez en el número 682 (mayo-junio 2010) de la revista *Nuestro Tiempo*, una

publicación cultural de la Universidad de Navarra dedicada a cuestiones de actualidad, **Miguel** solía recordar cómo le impresionó una escena que un buen día de 1993, estando en su casa de Barcelona, vio en la edición de algún informativo de televisión: se trataba del entierro de un hombre bosnio que había muerto asesinado, y unos francotiradores estaban disparando a su familia durante el entierro. Allí surgió probablemente la chispa.

- Quiero ir allí, adonde pasa eso, a verlo con mis propios ojos.

Y se fue. En moto. Sus hermanos ya eran mayores, su madre estaba bien atendida, el bufete en el que había hecho sus primeros pinitos como abogado navegaba viento en popa y “no había ninguna razón –cuenta Gutiérrez- que atase a Miguel especialmente ni que le impidiese hacer lo que exactamente quería”.

Cuando alguien da un paso así, ya ha hecho la mitad de lo que tiene que hacer. Porque lo difícil es despejar obstáculos, tener el camino personal y la actitud mental convenientemente allanados. Cuando no hay miedos y cuando se tienen respuestas a todas las pegadas que quienes dicen quererte bien te exponen para disuadirte, entonces ya te puedes poner en camino para llegar a donde quieres. En moto, en bicicleta o en autoestop. Da igual, la decisión está tomada, vas a poner de tu parte todo lo que sea necesario y estás dispuesto a pagar el precio: burlas, argumentos disuasorios, ridiculizaciones, ninguneos, desconfianzas... al fin y al cabo tienes la osadía de querer pertenecer a un grupo que, como todos los grupos, se mueve con las reglas de todo grupo: endogamia, elitismo, cierto clasismo y puesta en valor de los méritos acumulados por cada uno en sus decenas y hasta cientos de batallas presenciadas, vividas, acumuladas... Buena la había hecho Gil.

- Hola, me llamo Miguel Gil y quiero dedicarme a contar lo que pasa aquí.

Muchos de los que ahora le veneran, es natural, lo miraron aquel día con escepticismo y desconfianza. No era ni siquiera un novato. Era un intruso que encima se plantaba en Sarajevo con una moto de trial y un carnet de la revista *Solo Moto*. Se trataba de la única acreditación periodística que había podido conseguir porque ningún medio generalista a los que se ofreció en España se quiso pillar los dedos con aquel catalán flaco de veinticinco años que acababa de desertar de un bufete de abogados y vete tú a saber lo que buscaba intentando meter las narices en esa horrible olla a presión que era por aquellos días la ciudad de Sarajevo. Un insensato, un suicida, un aburrido de la vida debieron pensar. Le tocaba pues lidiar con la desconfianza y el recelo de todo el mundo. ¿Pero este muchacho de qué va, qué se le ha perdido aquí? ¿Se cree que esto puede ser llegar y ya está?

Pues para Miguel lo fue. Y lo fue porque no se arredró y estaba dispuesto a agarrarse a cualquier clavo ardiendo que se presentara. El primer hueco como conductor que encontró se ofreció para cubrirlo. Ya formaba parte de un equipo, así podía estar en la

pomada, así podía estar presente en los sitios donde pasaban cosas y ser testigo directo de lo que en verdad ocurría: exactamente lo que se había propuesto cuando vio en Barcelona en aquel telediario cómo tiroteaban a los familiares de una persona asesinada cuando estos intentaban enterrarla dignamente. Ya se estaba dando a conocer Miguel, ya estaba aprendiendo. Siempre acaba habiendo un corresponsal corto de medios que necesita alguien a su lado en algún momento, un productor, alguien que le ayude a superar los mil obstáculos del día a día. Cuando esto ocurría y Miguel se enteraba, no tardaba en ofrecerse para lo que hiciera falta. Y donde ocurren cosas siempre hay medios que no tienen a nadie y precisan alguna crónica de urgencia, alguna información de alcance. Antes decíamos que pocos lectores o televidentes españoles supieron de él hasta que murió. Pero en la radio sí se había podido escuchar su nombre y su voz contando lo que pasaba en Sarajevo. Los primeros trabajos periodísticos de Miguel Gil fueron crónicas radiofónicas para la cadena Ser. Alguna cosa escribió también para *El Mundo* y ahí fue sin duda cuando Alfonso Rojo empezó a modificar su primera impresión sobre él, a cambiar de opinión y respetar a aquel espigado joven que un día se había plantado en su despacho contándole sus planes y al que le hizo relativo caso. Estar disponible para “lo que cayera” le permitía a Miguel comer, y aprender, mantenerse donde quería estar y hacer lo que quería hacer. Pero su verdadero interés residía en aprender a manejar una cámara de televisión, y eso lo iba a conseguir. Ayudó a ello que en su camino se cruzara alguien que entendía el oficio como un ejercicio de solidaridad y no pertenecía a esa otra clase de profesionales de la imagen, que los hay, que piensan que si enseñan lo que saben corren el riesgo de quedarse sin trabajo. Ese alguien se llamaba Mike Sposito, reportero de Visnews y Reuters que, según contaron después otros compañeros, fue de los primeros en intuir que Miguel no era precisamente un friki ni un loco de la vida. Así que allí en Sarajevo Mike decidió dedicar parte del escaso tiempo libre del que disponía a enseñar a su compañero a manejar una cámara de televisión. Se sentó con él muchas horas y ahí fue donde despegó Miguel. Todo lo que tenía que saber lo aprendió a pie de obra y lo asimiló rápido: hacer correctamente el balance de blancos, grabar pensando en el montaje para facilitar la edición, medir correctamente la luz y trabajar la temperatura de color, mantener el plano estable cámara al hombro, vigilar la carga de las baterías... A las consideraciones técnicas había que añadir la paciencia para aguantar horas esperando en un determinado sitio, la habilidad para tener la cámara encendida solo cuando era necesario, pero a tiempo para no perderse el plano importante... La determinación, la valentía para estar donde había que estar y grabar lo que había que grabar, eso ya lo ponía Miguel. No se lo tuvo que enseñar nadie, como tampoco su capacidad para dotar de valor añadido su trabajo en el mismo lugar donde lo realizaba. Asegura Sonsoles Gutiérrez que todavía en Bosnia, “ a la vez que grababa sus primeras imágenes era capaz de aliviar el hambre de una familia privándose de la ración diaria de comida que a él le daban en la base de los Cascos Azules, o de invertir toda una tarde en pasear en coche por las ruinas de Sarajevo a un

niño con síndrome de Down que había conocido poco antes. Ese talante fue el acabó procurándole el reconocimiento de sus compañeros de profesión. Él no pasaba por las ciudades o los pueblos en guerra como un observador distante o neutral, ni tampoco como un reportero ávido de imágenes feroces o conmovedoras. A él le interesaban, por encima de todo, las personas, los hombres y mujeres corrientes. “Para él no era tan importante ocuparse de la actualidad sino quedarse cuando la actualidad desaparecía, cuando el país desaparecía de la actualidad -recuerda **Gervasio Sánchez**-. Le interesaban las historias de la vida cotidiana”.

La aventura de Kosovo

“Quien la sigue la consigue” ¿frase hecha, tópico, título de algún capítulo de un libro de autoayuda? Puede ser, pero en el caso de Miguel fue así. Tras el máster acelerado de Bosnia se convirtió en un hombre nuevo, en un cámara de televisión con criterio periodístico propio dotado además del suficiente poso cultural para valorar en su justa dimensión lo que vivía, lo que presenciaba y lo que acababa documentando gráficamente. Atrás quedaba el joven abogado de Barcelona con un futuro prometedor y en los Balcanes nacía el Miguel Gil nuevo, el que sería contratado por Associated Press y que a partir de ahí iniciaría un intenso periplo por todas las zonas en conflicto que existían en el mundo durante sus años de oficio: Congo, Liberia, Ruanda, Sudán, Kosovo, Chechenia, Sierra Leona...

Muchos de los que han escrito sobre él sostienen que su tarea trascendió de lo meramente periodístico porque, según aseguran, algunos de sus trabajos influyeron en decisiones políticas y cambiaron la vida de las personas. El episodio más elocuente para los defensores de esta tesis ocurrió en Pristina durante la guerra de Kosovo, en 1999, un año antes de su muerte. El 25 de marzo de 1999, cuando tras los bombardeos de la OTAN, los serbios decidieron echar de Pristina a todos los periodistas que quedaban en la ciudad, Miguel decidió permanecer allí y se escondió.

Lo que ocurrió después lo cuenta así Sonsoles Gutiérrez: “Cuando decidió quedarse en Pristina, Miguel Gil aún no sabía que su trabajo acabaría uniéndose a esa relación de hitos que jalonan la historia del periodismo. El entusiasmo con que la población civil albanokosovar había recibido los bombardeos aliados se transformó en terror cuando se vieron solos, sin la OTAN y sin periodistas. Miguel se sirvió entonces de su experiencia de abogado y convenció a los serbios con un argumento aparentemente inapelable: la mejor manera de que nadie pudiera acusarles de nada -les dijo a las autoridades militares- era que él pudiese deambular libremente por la ciudad y mostrar después sus imágenes al resto del mundo. En su interior pensaba que las imágenes no podían mentir y que, de un modo u otro, su cámara lograría dejar constancia de las tropelías cometidas contra la población civil.

Era perfectamente consciente de su responsabilidad. Más aún: parecía que todas las circunstancias de su biografía se hubiesen conjurado en aquel momento concreto de la primavera de 1999 para permitirle alcanzar la aspiración que había guiado sus pasos en los treinta y un años anteriores. Solo le hacía falta el permiso de los serbios y estos se lo dieron, aunque con muchas limitaciones y muy pocas garantías. Miguel situó rápidamente en el escenario todas las referencias que le interesaban. Los militares no iban a ser tan descuidados como para dejar constancia documental de sus crímenes, pero la sola posibilidad de que estos se produjeran motivó un éxodo de albanokosovares que adquirió en pocos días unas proporciones bíblicas. La limpieza étnica practicada en otros lugares no iba a ser necesaria porque ni siquiera iba a quedar gente. Y todo eso ocurría cuando la OTAN en particular y Occidente en general ya habían centrado su atención en otros conflictos.

Miguel pensó que para ilustrar de forma elocuente lo que estaba ocurriendo en Kosovo tenía que acercarse a los trenes que partían abarrotados de Prístina. Los serbios le dijeron que sólo disponía de dos horas y él decidió exprimir todas sus opciones. En la estación se reunió con Elida Ramadani, que había trabajado con él de productora y que había hecho posibles muchas de sus historias, algunas de ellas premiadas. Sin embargo, Elida ya no era la reportera valiente y animosa de la agencia AP, sino una refugiada más: ella y su familia tenían que abandonar Kosovo rumbo a Macedonia en previsión de lo peor.

Elida y Miguel recorrieron en silencio aquellos andenes atestados de ciudadanos indefensos que se repartían con resignación por los vagones maltrechos de un viejo tren de aire militar. Todos parecían conscientes de que el viaje que iban a emprender marcaría un antes y un después en sus vidas. En realidad, lo único que querían aquellos improvisados viajeros era seguir viviendo. El miedo y la tristeza se mezclaban en los rostros silenciosos de los ancianos y de los niños, en las lágrimas de unas jóvenes, apenas unas adolescentes, que lloraban de impotencia asomadas a la ventanilla, en el gesto ausente de la mujer que acariciaba una fotografía familiar, en las despedidas que unos y otros brindaban calladamente a sus parientes, a su país, a su pasado. Aquellos trenes partían de Kosovo hacia Macedonia, pero de alguna manera eran los mismos trenes que habían recorrido la Europa ocupada por el Tercer Reich, los que habían conducido al gulag a miles de ciudadanos rusos, los que habían alejado de sus casas y de su tierra a muchos de los desplazados del siglo XX. La escena era memorable y al periodista que llevaba dentro Miguel Gil no se le escapó ninguno de los detalles. Seis años antes, mientras veía un informativo en su casa de Barcelona, las imágenes del entierro de un bosnio asesinado le habían interpelado hasta el punto de empujarle a dejar su trabajo y sus expectativas para ir a los Balcanes y hacerse periodista. Y ahora era él quien iba a poder mostrar al mundo lo que estaba ocurriendo en la antigua Yugoslavia. No había nadie más para contarle. Pero los momentos más peligrosos de

su vida, según escribió él mismo, los padeció en Chechenia, cuando fue también el único camarógrafo occidental que consiguió entrar en la capital, Grozny, en lo más crudo de los bombardeos rusos. El material filmado por Miguel fue uno de los pocos documentos informativos registrados por una agencia internacional.

Al ritmo que iba, si hubiera continuado en el tajo de punto caliente en punto caliente Miguel, que le había contado a sus amigos Lobo, Espinosa y Sánchez que tenía sus cosas repartidas entre Barcelona, Londres y Abidjan, habría tenido que buscar un sitio estable aunque solo fuera para colocar la cantidad de premios que habría recibido ya. Cuando alguien muere como murió él, todo suele convertirse en rendidos panegíricos que ponderan lo buena persona que era, lo bien que trataba hasta a los animales y las pocas palabrotas que decía. Pero a Miguel le dio tiempo a recibir reconocimientos en vida. Entre otros galardones, fue designado camarógrafo del año en 1999 por la Royal Television Society of London por su trabajo en Kosovo.

La Fundación Miguel Gil Moreno

Que lo agasajaran, aunque lo agradeciera, no era lo suyo. Pero al menos que lo hicieran en vida le permitirá allá donde esté pensar que algunas de las cosas que ahora se dicen de él se dicen de manera sincera y no porque haya muerto. Cuando su familia comprobó la repercusión que había tenido su muerte, empezó a pensar en una fundación que llevara su nombre. La Fundación Miguel Gil Moreno se constituyó el catorce de Marzo de 2002 y figura inscrita en el Registro de Fundaciones Privadas de la Generalitat de Catalunya con el número 1.632. Su objetivo es, tal como se explica en la página web de la Fundación “dar continuidad al espíritu humanitario de Miguel Gil, tratando de paliar en lo posible la situación de desamparo y olvido en la que quedan las víctimas de los conflictos bélicos cuando dejan de ser portada, así como la voluntad de dar soporte a las familias de los reporteros, especialmente free-lance, que dejan su vida en los campos de batalla”. Anualmente otorga el “Premio de Periodismo Miguel Gil Moreno” que en 2005 recayó en Ryszard Kapuscinski y en 2009 en Enrique Meneses.

Pocas trayectorias profesionales han sido tan intensas y fructíferas en tan breve espacio de tiempo. En menos de siete años le dio tiempo a liarla mucho más gorda de la que lo hacen, no ya los periodistas que trabajan en una redacción, sino muchos de los que compañeros de esa tribu que pasó de acogerlo con recelo cuando apareció en Sarajevo a presumir de haberlo conocido y compartir con él coberturas, guardias, miedos, risas, cenas y episodios inconfesables. Y todo sin haber pisado en su vida una facultad de periodismo.

<http://www.unav.es/nuestrotiempo/temas/miguel-gil-el-periodista-que-cambio-la-historia>

http://elpais.com/diario/2000/05/26/internacional/959292008_850215.html

<http://www.fundacionmiguelgilmoreno.com/es/premio.html>

<http://www.elmundo.es/internacional/sierraleona/cronicas/rojo.html>

<http://blogs.heraldo.es/gervasiosanchez/?p=858>

<http://photo-historia.blogspot.com.es/2011/05/miguel-gil-moreno-un-angel-en-el.html>

JULIO FUENTES, el rastreador de exclusivas

Muerto tras una emboscada en Afganistán el 19 de noviembre de 2001. Tenía 46 años

Donde quiera que estuviera, Julio Fuentes salía cada mañana a ganarse el jornal, a buscar su historia del día, a conseguir un ángulo distinto que le permitiera contar a sus lectores las atrocidades de las que era testigo. Salvo contrariedades, mandaba una crónica a diario. Y esa historia, que debía permitir confeccionar un titular con gancho producto de su experiencia directa, era muy conveniente que estuviera lista para la hora de cierre del periódico. A miles de kilómetros de la redacción, Fuentes se sentía preocupado por la dinámica de funcionamiento en la que se movían sus compañeros y hacía todo lo posible para que por su culpa no se retrasase nunca un cierre. El matiz añadido era que él solía moverse entre peligros. Se ganaba el jornal de cada día haciendo su horario en el desierto o en la selva, escribiendo a destajo, revelando las fotos cuando podía, durmiendo mal y comiendo peor. Por eso resulta tan difícil entender a esos gerentes y administrativos de los medios que cuando ordenan al banco la transferencia de la nómina y los gastos de un corresponsal de guerra lo hacen convencidos de que le están pagando unas vacaciones, que le están financiando una aventura en la que se lo pasan pipa, disfrutan y luego, cuando regresan, se dedican a presumir de la experiencia. Cuando regresas, ahí está el detalle, porque suponiendo que llevaran razón, para jactarse hace falta regresar.

En 2001, Julio llevaba ya doce años en el diario *El Mundo*. Había dejado *Cambio16* en 1989 para pasar a formar parte del periódico que Pedrojota, cuando fue destituido como director de *Diario16*, puso en marcha llevándose con él a un número importante de periodistas, Julio entre ellos, del grupo que presidía Juan Tomás de Salas. En *Cambio16* tuvo la fortuna de compartir redacción con él.

- Hola, Juan, me llamo Julio Fuentes. Bienvenido. Cualquier cosa que necesites me tienes a tu disposición

Corría diciembre de 1987 y yo acababa de incorporarme a la sección de Internacional de la revista. Ricardo Utrilla y Juan Carlos Algañaraz me habían adjudicado la mesa de trabajo junto a las de Antonio Caballero, Luis de Zubiaurre, Víctor Steinberg y Amalia Barrón. La de Julio Fuentes no estaba mucho más lejos.

- Me siento en esa mesa –me dijo Julio-, así que si me necesitas para algo no tienes más que pegarme un grito.

Lo del grito era literal porque Julio, que entonces tenía treinta y tres años recién cumplidos, ya estaba quedándose sordo. Así que cuando necesitábamos algo de él, o

comentarle cualquier cosa, era mucho más práctico levantarse y hablarle de frente. En mi caso absolutamente necesario porque el amigo Fuentes se sentaba en la mesa que me había señalado, sí, pero de espaldas. A su lado, siempre, el macuto con la bolsa de las cámaras que le acompañaban por el mundo y con las que presenciaba, y luego contaba, esos bombardeos que le habían acabado reventando los tímpanos. Fue el primero en darme la bienvenida, el primero en ofrecerme su ayuda, con esas dotes para las relaciones públicas que tantas puertas le abrieron y tanto le sirvieron de ayuda en el oficio y en la vida. Esa sociabilidad, esa capacidad para entablar amistades, esa mano izquierda que tenía le ayudó a firmar estupendas exclusivas en los medios para los que trabajó moviéndose por medio mundo.

Buscando a Bin Laden

El otoño del año 2001 Fuentes viajó hasta Afganistán y el 18 de noviembre se encontraba en Jalalabad. La guerra en aquel país había comenzado un mes y medio antes, el siete de octubre con la «Operación Libertad Duradera» del ejército estadounidense y la “Operación Herrick” de las tropas británicas. Tras los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York del once de septiembre, el por entonces presidente de los Estados Unidos George Bush Jr. tomó la decisión de invadir y ocupar Afganistán. Gobernado en aquel momento por los talibanes, ese país estaba dando refugio y cobertura a los miembros de Al Qaeda, según aseguraba Bush, con su líder Osama Bin Laden a la cabeza. La tesis estadounidense era que Afganistán se negaba a entregar a los responsables del atentado del 11-S y, en consecuencia, no se iba a distinguir entre organizaciones terroristas y naciones o gobiernos que presumiblemente les daban refugio.

Comenzaron los bombardeos, pues, el siete de octubre y Kabul, la capital de Afganistán, cayó el doce de noviembre. Había transcurrido poco más de un mes. Los talibanes huyeron de los centros de poder y al día siguiente, cuando las fuerzas de la Alianza del Norte llegaron a la capital, sólo les estaban esperando cráteres de bombas, follaje quemado, y casquillos de municiones vacíos en lo que habían sido las posiciones y emplazamientos de armas de los talibanes. En veinticuatro horas, todas las provincias afganas a lo largo de la frontera con Irán habían caído y los pastún habían tomado el noreste del país, incluida la ciudad clave de Jalalabad, a pocos kilómetros al oeste de la frontera con Pakistán. En Jalalabad se encontraba Julio Fuentes el dieciocho de noviembre y desde allí envió una sustanciosa crónica en la que contaba cómo, en una base abandonada de Al Qaeda, había encontrado varios estuches de cartón con ampollas en su interior en cuyos envoltorios podía leerse “Gas Sarín”. Estaba escrito en ruso, con caracteres cirílicos. Como el tema le pareció de suma trascendencia, Julio no se limitó a enviar la exclusiva por los medios habituales sino que, con el exceso de celo que le caracterizaba, se puso en contacto con la redacción porque quería asegurarse

que en Madrid eran conscientes de la importancia que tenía lo que contaba en su crónica.

Jalalabad, les dijo Julio, estaba dando de sí para muchos temas y él contaba aún con suficiente material y pistas para continuar algunas fechas más elaborando jugosas crónicas desde esa ciudad. Pero para el día siguiente se había organizado una caravana de periodistas cuyo objetivo era llegar hasta Kabul: ciento cincuenta y tres kilómetros, poco más de dos horas por carretera. Los colegas que pensaban desplazarse eran unos veinte aproximadamente y él, aunque entendía que todavía tenía trabajo por hacer en la ciudad donde se encontraba, comentó con la redacción central la posibilidad de formar parte de la expedición y convinieron que abandonaría Jalalabad y aprovecharía esa oportunidad para intentar llegar hasta Kabul, la capital de Afganistán. Los talibanes habían huido tanto de una como de otra ciudad y de los miembros de Al Qaeda, según parecía, no quedaba ni rastro en ellas. Pero las carreteras, sinuosas y escasamente controladas, tenían su peligro. Y bien que lo tuvieron aquel fatídico día. Al ser un grupo numeroso, los organizadores del viaje debieron pensar que sería más fácil superar cualquier contratiempo en el camino. Pero se equivocaron.

Caravana hacia Kabul

Al amanecer del día diecinueve de noviembre Julio Fuentes hizo su equipaje, dejó el hotel de Jalalabad en el que se hospedaba y se incorporó a la caravana de vehículos que habían organizado sus compañeros y que los iba a trasladar a todos hasta la capital administrativa del país, tomada una semana antes. Eran las cinco y media de la mañana y el vehículo en el que viajaría el equipo de TV3 estaba completo. María Grazia Cutulli, reportera del periódico italiano *Corriere de la Sera*, tenía sitio en el suyo y allí se acomodó Julio. Un Toyota de color gris cuyo conductor amaba la velocidad y decidió ponerse al frente de la caravana. Ahí empezó a dibujarse la mala suerte de Julio, de María Grazia y de dos compañeros más de la agencia Reuters que viajaban en el segundo vehículo de la expedición. Habían recorrido ya unos sesenta kilómetros. Con lentitud, porque hacía casi dos horas que los ocho vehículos que formaban el convoy (varias furgonetas y un autobús) había abandonado Jalalabad. Noventa kilómetros más y ya estarían en Kabul, dispuestos a continuar contando historias. Pero cuatro miembros de la expedición nunca lo conseguirían, entre ellos Julio. Los tres primeros vehículos habían dejado algo atrás al resto de la caravana y nunca se sabrá qué podría haber sucedido si hubieran ido los ocho juntos. La carretera se iba haciendo cada vez más abrupta y serpenteante. Peligrosos precipicios, curvas cerradas, escasa vegetación, un desfiladero, rocas con múltiples huecos propicios para el escondrijo. Si alguien se proponía llevar a cabo una emboscada en esa carretera, el lugar por el que

ahora circulaba la comitiva de periodistas tenía todas las papeletas. Y sí, se lo propusieron.

En el vehículo que circulaba justo detrás del de Julio viajaban el cámara australiano Harry Burton y el fotógrafo afgano Azizula Haidari, que trabajaban para

la agencia Reuters. Cuando estaban a punto de atravesar un puente, varios afganos obligaron a parar a los conductores de los dos primeros coches e hicieron bajar de los vehículos a los cuatro reporteros: Harry, Azizula, María Grazia y Julio. También a un conductor-traductor. Se trataba de una inquietante patrulla de entre seis y diez hombres armados con rifles Kalashnikov. Nadie podía imaginar que, una vez apartados de la carretera, los cuatro periodistas iban a ser apedreados y asesinados inmediatamente.

Asalto en la carretera

Cuentan que algunos de ellos opusieron resistencia y que por eso Julio, cuando descubrieron su cadáver, tenía rota la mandíbula. De un culatazo. Para conseguir apoderarse del anillo que llevaba, no dudaron en cortarle varios dedos. Aunque su viuda sostuvo que lo hicieron para humillarlo, porque para robarle el anillo les hubiera bastado con cortarle el dedo donde lo llevaba puesto. El tercer coche consiguió dar la vuelta, avisar al resto del convoy que venía rezagado y todos, inmediatamente, volvieron sobre sus pasos y regresaron espantados a Jalalabad. Todos menos aquellos

que acababan de perder la vida, Julio entre ellos. El lugar de la ejecución, como describió el periodista italiano Andrea Nicastro el día siguiente de la muerte de Julio, era un desfiladero escarpado y estrecho. Un cañón. El río discurre a unos doscientos metros por debajo de la carretera y las rocas son claras con nervios rojos. Y después, la montaña hace un ángulo que no puede verse desde la carretera. Allí fue donde permanecieron los cuerpos sin vida de los cuatro periodistas asesinados durante toda la tarde y toda la noche. No murieron en una emboscada ni por una ráfaga disparada accidentalmente. Les dispararon tan de cerca y con tantos proyectiles que debieron morir inmediatamente. Fue una ejecución. El mismo día del plurihomicidio, ninguna autoridad, ni de Kabul ni de Jalalabad, se atrevió a iniciar la búsqueda de los periodistas. El motivo era comprensible: el cañón era y es un lugar muy peligroso. El tramo de carretera que se puede controlar es mínimo, unos veinte metros hacia atrás y una decena de ellos por delante. Después, las curvas quitan la visibilidad. Al otro lado del río, sobre las paredes rocosas que dominan el lugar del asesinato, hay cientos de cuevas donde se puede esconder cualquiera con un lanzacohetes. En Sarobi, la aldea más cercana al lugar de la emboscada en dirección a Kabul, a media hora de

coche, todos los hombres y los chavales que pasean por sus calles solían llevar por esos días un kalashnikov a la espalda. Como los boy scouts las mochilas cuando salen de excursión.

Trayectoria

El día en que lo mataron, a Julio Fuentes le faltaban tres semanas para cumplir cuarenta y siete años. Había nacido en Madrid el once de diciembre de 1954. Vivió un tiempo en Argentina y creció queriendo ser contador de historias. Con la cámara de fotos, con el bolígrafo, con la máquina de escribir, con el ordenador y a viva voz si era necesario. A principios de los años ochenta ya estaba en *Cambio16*. Y desde la redacción de la calle García Noblejas en Madrid se empezó a mover por el mundo: la guerra de Afganistán contra los soviéticos, la de Irán e Irak, el conflicto de El Salvador... Aunque le costó lo suyo que creyeran en él. Era tenaz, obstinado, insistente, pesado que dirían muchos. En la necrológica que le dedicó, en la edición de *El Mundo* del veintiuno de noviembre, Alfonso Rojo recordaba cómo en *Cambio16* aceptaron su ofrecimiento como voluntario, cuando Julio aún estaba en la sección de Cultura, para viajar a Libia tras los bombardeos norteamericanos de Trípoli en 1986 porque ningún veterano quería ir. “Para asombro de todos, escribió Rojo, Julio cruzó en lancha el Mediterráneo, desembarcó en Libia, reporteo como un descosido y escribió un artículo antológico. Así comenzó su brillante carrera”. Ricardo Herren, jefe suyo también en *Cambio 16*, contaba cómo Fuentes le enseñaba crónicas simuladas que trabajaba en sus ratos libres, jugando a imaginar por ejemplo que en su día hubiera sido enviado especial a Saigón y así poder narrar la caída de la ciudad en manos del Vietcong. Quería que se las corrigiera para ir así puliendo el estilo. Entre divertido y escéptico, Herren le daba su opinión hasta que, para sorpresa suya “un buen día Fuentes consiguió un contacto con la guerrilla salvadoreña y realizó lo que creo que fue, -escribe Herren- su primer trabajo como corresponsal de guerra. Regresó con un material excelente y descubrimos que también era un cualificado fotógrafo”.

Ya en el diario *El Mundo* Julio fue corresponsal dos años en Centroamérica. La base la situó en Managua, capital de Nicaragua, y desde allí fue moviéndose para informar, de la guerra entre el régimen sandinista y la Contra y la guerra civil de El Salvador, incluida la ofensiva guerrillera contra la capital, San Salvador. También cubrió íntegramente la intervención estadounidense en Panamá. En 1991 estuvo en la primera Guerra del Golfo y fue uno de los pocos periodistas que entró con las tropas aliadas en Kuwait City. Más tarde se trasladó a Croacia, en la ex-Yugoslavia, donde durante un año dio detallada cuenta desde el frente oriental del conflicto de los Balcanes. En la primavera de 1992 se instaló en Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, y desde allí contó durante casi tres años el largo y terrible asedio al que fue sometido esta ciudad. Además de sus crónicas diarias para *El Mundo*, de aquella experiencia surgió su

primera novela, *Sarajevo, Juicio Final*, de la que se realizaron cuatro ediciones. En 1998 publicó *Resistencia Humana* y en marzo de 2000 su última novela, *Rebelión*.

Tras todas estas experiencias fue nombrado corresponsal de *El Mundo* en Roma y más tarde, en 1996, lo destinaron a Moscú. Allí vivió la guerra de Chechenia (1999-2000) sobre el terreno, tanto en Grozni como en Ingushetia y en las repúblicas de Osetia del Norte y Daguestán. En agosto de 1999 volvió a los Balcanes, esta vez a Belgrado, donde informaría sobre la guerra civil entre los independentistas albanos-kosovares y el régimen de Belgrado y también de los bombardeos aliados de la OTAN sobre objetivos en la antigua Yugoslavia, incluida la propia Belgrado.

Luego llegaría Afganistán, donde había estado con veinticinco años cubriendo la guerra contra los soviéticos, casi cuando empezaba su carrera como reportero de conflictos internacionales. Y a Afganistán regresó 22 años después para despedirse allí del oficio y de la vida. Como escribió Mónica García Prieto, que el día que mataron a Julio se convirtió en su viuda, “la muerte es una consecuencia directa de la vida, y teniendo en cuenta los irónicos finales que ésta reserva a algunas personas, la suya fue una buena forma de morir. El ruido de las cascadas del río y la majestuosidad de las montañas hicieron del escenario de su muerte algo mucho más digno de lo que cabe esperar en un país tribal, prehistórico y miserable como Afganistán. Sólo que nadie tuvo el valor de recuperar sus restos hasta que pasaron más de veinticuatro horas”.

Amigos y allegados

García Prieto fue la compañera de Julio Fuentes en los últimos años de su vida, y era sin duda quien con más propiedad y autoridad moral podía escribir sobre quién era nuestro querido compañero. Pero fueron muchos los que lo hicieron, los que lo lloramos esos días y los que desde entonces le echamos de menos en las coberturas de conflictos internacionales. Tremendamente respetado entre los reporteros de guerra de todo el mundo, componía junto a sus viejos colegas una tropa de veteranos unidos en las experiencias más extremas.

Santiago Lyon, de AP, escribió que Julio “jugaba con su destino en todos los lugares del mundo”. Todavía lo recuerdo —escribió Gervasio Sánchez en su blog— en los pocos ratos libres que una guerra ofrece a los periodistas dibujando en una servilleta de papel la casa que se estaba construyendo en los Picos de Europa. “Es un lugar increíble y solitario y podré mirar sin obstáculos la pared más conocida de la cordillera” —le decía. Y aunque Sánchez no le creía, él insistía: “Ya sé que es difícil de creer, pero he encontrado el lugar ideal para retirarme”. Tres semanas después de su muerte su viuda y también periodista Mónica García Prieto le pidió a un grupo reducido de

amigos que la acompañaran a la casa de los Picos de Europa donde quería lanzar sus cenizas después de una ceremonia íntima. “Cuando llegué con mi mujer y mi hijo de tres años a su casa –escribió Gervasio Sánchez- sólo pude repetirme: Julio tenías razón. Este lugar es único y mágico.”.

Pero no solo los amigos y allegados escribieron aquellos días sobre Fuentes y su trágica muerte. Fueron tantos los que se apuntaron al carro, los que lo pusieron por las nubes, los que, sin haberle hecho nunca en su vida ni puñetero caso, lo elevaban ahora sin pudor a los altares que el otrora colega Arturo Pérez Reverte decidió resumirlo así: “Se habría partido de risa, el muy cabrón, si hubiera sabido de antemano lo que se iba a decir y a escribir sobre su fiambre. Hasta los tertulianos de radio y los periodistas del corazón estuvieron, los días que siguieron a su muerte, llamándolo compañero - nuestro compañero Julio Fuentes, decían sin el menor rubor- y glosando con toda la demagogia del mundo su compromiso moral con la información y su sacrificio casi apostólico en aras de la humanidad, la libertad, la igualdad y la fraternidad. De haber estado al loro sobre tanto panegírico -me lo imagino, como siempre, revisando las pilas del sonotone y acercando la oreja para oír mejor-, Julio se habría carcajeado hasta echar la pota. Ni puñetera idea, habría dicho. Esos cantamañanas no tienen ni puñetera idea. Pero déjalos. A estas alturas me da lo mismo. Y además, qué coño. Suena bonito”.

Detención y ejecución del asesino

Casi cuatro años después, en agosto de 2005, un afgano de veintinueve años llamado Reza Khan confesaba en una entrevista emitida por Kabul TV, la televisión estatal de Afganistán, que fue él quien mató a Julio Fuentes. Lo habían detenido dos meses antes en Sarobi. En la entrevista televisiva, que duraba seis minutos, Khan lucía barba corta y un sombrero pakul tradicional que suelen llevar muchos afganos y paquistaníes. Sin apenas inmutarse confesaba que mataron a los periodistas para robarles. Si es cierto que fue este hombre el responsable de la muerte de Julio Fuentes y de sus compañeros, o si se trataba de una operación planificada para atribuir el crimen a unos delincuentes comunes, nunca lo sabremos. El lunes ocho de octubre de 2007, casi seis años después de la muerte de Fuentes y sus tres compañeros, Reza Khan fue ejecutado.

A Julio, allá donde esté, seguro que eso le importaba ya un pimiento. Fue su turno y ya está, hubiera sido mejor que no ocurriera, pero ocurrió. Se defendió hasta donde pudo, pero las kalashnikov las tenían ellos. Siempre estuvo dispuesto a pagar el precio por vivir como quería vivir. Estar en los conflictos para contar lo que veía no era su

trabajo, era su vida. La notoriedad no era lo suyo. Lo suyo era vivir la experiencia con toda la intensidad posible para luego contarla llena de verdad. Hasta que Reza Khan y media docena de bandoleros afganos se cruzaron en su camino.

Y lo que son las cosas, la muerte le ha reportado esa notoriedad de la que huyó en vida: homenajes, reconocimientos, premios con su nombre... No había transcurrido ni una semana desde su muerte y la fundación Conde de Barcelona ya le había concedido a Julio Fuentes el premio Godó de periodismo, un título que promueve el periódico *La Vanguardia*. Desde 1986 está dedicado a fomentar la ciencia y la cultura y en la edición de 2001 se le otorgó a Fuentes “por su gran esfuerzo al servicio del periodismo y los lectores”. Le siguieron libros en su honor, premios con su nombre. Como escribió Pérez-Reverte, Julio, si pudiera ver toda esa parafernalia, “se estaría partiendo de la risa. El muy cabrón”

<http://www.elmundo.es/especiales/2001/11/sociedad/juliofuentes/>

<http://blogs.heraldo.es/gervasiosanchez/?p=1907>

<http://www.esferalibros.com/noticias/julio-fuentes-morir-para-contarlo-el-testimonio-de-la-guerra/>

<http://arturoperez-reverte.blogspot.com.es/2011/01/la-leyenda-de-julio-fuentes.html>

http://internacional.elpais.com/internacional/2007/10/08/actualidad/1191794410_850215.html

[http://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_de_Afganist%C3%A1n_\(2001-presente\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_de_Afganist%C3%A1n_(2001-presente))

<http://www.elmundo.es/elmundo/2001/11/22/enespecial/1006443942.html>

<http://www.elmundo.es/elmundo/2011/11/18/internacional/1321644057.html>

<http://www.lavanguardia.com/vida/20011124/51262904994/incinerados-los-restos-del-periodista-julio-fuentes.html>

JULIO A. PARRADO o el extraño caso del chaleco antibalas

Fallecido en Irak el 7 de abril de 2003, a los 32 años

- Estoy feliz, hoy he podido ducharme.

Aquella mañana, Julio A. Parrado habló por teléfono con algunos de sus compañeros de la redacción de *El Mundo* y con esta frase vino a resumirles hasta qué punto se pueden llegar a valorar en el frente las cosas más rutinarias, aquellas a las que en tu vida diaria no das importancia salvo si te encuentras, por ejemplo, en Irak como él en aquellos momentos, en un campamento montado por el ejército estadounidense que está a punto de tomar Bagdad y a las puertas de la ciudad. Una columna de más de mil seiscientos vehículos entre blindados, carros de combate, camiones, todoterrenos...

- ¿Tú sabes cómo huelen tantos tíos después de dormir varias noches en sacos herméticos bajo tormentas de arena y sin una gota de agua?, solía comentar.

Aquel siete de abril de 2003, unidades de marines y de la Tercera División de Infantería iban a realizar una agresiva operación de intimidación, una “incursión” –la llamaban ellos- de ida y vuelta a Bagdad en la que, si lo consideraban conveniente, arrasarían todo lo que encontraran a su paso. Tomarían al alba el principal palacio de Sadam, a orillas del río Tigris. Uno de los momentos más esperados de la guerra se hacía inminente. Había mucho peligro y así se lo explicaron el día anterior a los periodistas que, como Parrado, viajaban con ellos y que, para informar lo más objetivamente posible se las veían y se las deseaban, teniendo en cuenta que el punto de vista con el que contaban era el de los invasores a quienes acompañaban y que el objetivo de estos al llevarlos consigo era utilizar a los informadores como instrumento propagandístico de las actuaciones de una guerra que había empezado dieciocho días antes, el veinte de marzo, con bombardeos nocturnos sobre Bagdad que fueron televisados en directo a todo el mundo.

De Nueva York a Afganistán

La histeria desatada desde año y medio antes en los Estados Unidos, tras aquel espectacular ataque de Al Qaeda que pulverizó las célebres Torres Gemelas de Nueva York y acabó con la vida de más de tres mil personas, desembocó primero en la invasión de Afganistán y más tarde en la de Irak tras la convicción de la inteligencia americana de la existencia de conexiones entre los autores del atentado terrorista del once de septiembre de 2001 y el régimen de Sadam Husein por una parte, y la seguridad con la que afirmaban que el entonces presidente iraquí contaba con armas

de destrucción masiva en su país. Sostuvieron, de un modo interesado y tendencioso, que Irak representaba una inminente, urgente e inmediata amenaza a los Estados Unidos, a su pueblo y a sus aliados, así como a sus intereses. Se criticó ampliamente a los servicios de información, y los inspectores no encontraron pruebas que confirmaran la existencia de las pretendidas armas de destrucción masiva.

Pero dio igual. Aún así se continuó adelante con los planes de invasión y derrocamiento de Sadam, quien sería localizado y detenido en diciembre de 2003 y ahorcado tres años más tarde. Se había decidido que habría guerra, sí o sí, y la hubo. Con armas o sin armas de destrucción masiva. Se esgrimieron otros argumentos para justificar la invasión: presumible apoyo financiero de Irak a las familias de terroristas suicidas palestinos, violaciones de los derechos humanos por parte del gobierno de Bagdad... El caso era invadir y se invadió. Las atractivas reservas de petróleo eran un bocado demasiado sustancioso para que las empresas estadounidenses de crudo, muchas de ellas vinculadas al entorno político y económico del entonces presidente de los Estados Unidos, dejaran escapar la posibilidad de meter ahí la cuchara –es decir, los tanques- teniendo la oportunidad tan a mano. Luego se descubriría que Irak no disponía de armas de destrucción masiva, como tan obstinadamente se aseguró para justificar lo injustificable. Pero ya estaban dentro.

“Empotrado” en una columna invasora del ejército estadounidense

Julio A. Parrado formaba parte de la comitiva que entró en Irak desde la frontera con Kuwait. El periodista cordobés, de treinta y dos años, iba “empotrado” en la Unidad de Enfermería de la Tercera División de Infantería y desde allí mandaba sus crónicas al diario *El Mundo* ¿Cómo había conseguido incrustarse nada menos que en la columna de un ejército invasor? ¿Qué conjunciones astrales lo habían acabado llevando a aquel lugar del mundo donde encontraría la muerte? Su primer apellido, que Julio escondió siempre pudorosamente en los trabajos que firmó para el periódico era Anguita. Sí, Julio se llamaba Julio Anguita y en 1981 tenía diez años –había nacido el tres de enero de 1971- cuando su padre, por aquel entonces alcalde de Córdoba, era el único comunista que presidía el ayuntamiento de una capital de provincia española. Cuando el veintitrés de febrero Tejero asaltó el Congreso, el primer alcalde que Córdoba había elegido de manera democrática desde la guerra civil se temió lo peor. Así que decidió encerrarse en su despacho pistola en mano y allí permaneció más de quince horas hasta que pasó el peligro. “No estaba dispuesto –contaría después- a que me matasen una banda de fascistas”. Julio Anguita senior no podía imaginar entonces que, veintidós años más tarde, quien acabaría siendo asesinado de manera violenta en una guerra tan absurda como lo son todas las guerras, sería su propio hijo, que aquella

noche golpista del 23-F tenía todavía diez años. Creció, se hizo periodista y se fue a la guerra. A que lo mataran en las afueras de Bagdad.

La notoriedad pública del padre del padre de Julio A. Parrado iría aumentando a medida que transcurrieron los años: en 1988, tras más de dos legislaturas como alcalde de Córdoba, fue elegido secretario general del Partido Comunista de España y en 1989 se convirtió en coordinador de Izquierda Unida, cargo en el que permaneció hasta 2000, apenas tres años antes de que un obús presuntamente iraquí explotara justo en la tienda de campaña donde se encontraba su hijo, con seguridad orgulloso y satisfecho de sí mismo por la trayectoria profesional que había conseguido desarrollar desde que el verano de 1990 hiciera sus primeros pinitos en el oficio como becario en prácticas, tanto en Canal Sur como en el diario *Córdoba*, periódico éste en el que publicó su primer reportaje en agosto del mismo año.

La pesada carga de ser “hijo de”

Si “ser hijo de” suele suponer una pesada carga a la hora de abrirse camino en la vida para aquellos cuyo padre desarrolla una actividad pública por la que es muy conocido, si además te llamas Anguita y no Pérez, Gómez o Martínez, quizás sea entendible la decisión que nuestro hombre adoptó a la hora de firmar sus trabajos profesionales como periodista: se llamaría Julio A. Parrado y pondría en valor el primer apellido de su madre, Antonia Parrado Rojas que, aunque conocida también en Córdoba por haber sido teniente de alcalde, a él le permitía pasar más desapercibido, sobre todo fuera de la ciudad.

Aunque, qué duda cabe, nunca pudo evitar maldades y suspicacias tras su ingreso en la sección de Internacional del diario *El Mundo* el verano de 1993, con veintidós años. Su padre se encontraba por entonces en la cresta de la ola: en las elecciones generales de junio de aquel año había convertido la coalición que lideraba en la tercera fuerza política del país con veintiún diputados, lo que supuso el comienzo de varios años de controvertida relevancia. Años en los que sus sonados enfrentamientos con el Partido Socialista le llevaron a relacionarse con la derecha hasta el extremo de pactar una alianza en Andalucía con el PP, la famosa “pinza” que hizo sudar tinta a Manuel Chaves para gobernar la autonomía entre los años 1994 y 1996. Años en los que Pedrojota mandaba mucho en el Partido Popular y en los que Julio A. Parrado debió hacer verdaderos esfuerzos por desvincular su persona, su trabajo y su carrera de su apellido y de la amistad de su padre con el director del periódico en el que trabajaba. Ni que decir tiene que no lo consiguió.

La sección de Internacional le proporcionaba cierta coartada para alejarse de los focos y de las habladurías. Estuvo en Argelia, en Sahara, Bosnia, Filipinas... No le bastó. Ni haber reducido su apellido a la inicial, ni estar mucho tiempo fuera de la redacción debió parecerle suficiente para encontrar el espacio propio al que aspiraba, para desarrollar su trabajo con la comodidad que veía en el resto de sus compañeros, sin hipotecas por apellidos ni por ascendencia familiar. Era duro ser “hijo de”.

Tan duro que con veinticinco años se plantó. Solicitó la excedencia para marcharse a Nueva York, donde siempre había soñado vivir y desde allí siguió colaborando con *El Mundo* como ayudante de corresponsal, pero haciendo también otras cosas: se matriculó en un máster de información financiera y eso le permitió colaborar entre 1997 y 1999 con el canal informativo mexicano *Conexión Financiera* y escribir para revistas como *Fortune*. Por fin se iba abriendo camino por sí mismo y no dependía solamente del diario *El Mundo* para ganarse la vida. A la quinta temporada de estar en Nueva York fue cuando se produjo el atentado a las Torres Gemelas y allí estaba él, elaborando informaciones como testigo directo y privilegiado. En primera línea, sin poder imaginar que aquel acontecimiento iba a poner en marcha la cuenta atrás del resto de su vida.

Preparativos en El Pentágono

Cuando empezó a resultar evidente que la invasión de Irak sería un hecho, Parrado contempló la posibilidad de prepararse por si acaso sonaba la flauta. Y sonó. El Pentágono convocó un curso para corresponsales de guerra y él se apuntó. Acabó consiguiendo una plaza como empotrado y el veintiuno de marzo de 2003 empezó a cubrir la guerra viajando alojado en la Unidad de Enfermería de la Tercera División de Infantería (Mecanizada) del Ejército estadounidense. Tras finalizar su curso de corresponsal de guerra con el Pentágono Julio fue integrado, como un miembro más, en la Segunda Brigada de esa Tercera División del ejército estadounidense, del ejército invasor. Desde la madrugada del veintidós de marzo en que entró en territorio iraquí, se hallaba encuadrado en el batallón de Med-evac (Medical Evacuation, rescate médico) lo que le permitió ser testigo de la crudeza de la guerra y de su rostro más duro: el de las personas heridas y mutiladas.

Nada más comenzar las operaciones libró una buena bronca con los jefes de prensa de su unidad porque le impedían utilizar su teléfono móvil Thuraya. Los estadounidenses sospechaban que el consorcio árabe que es propietario de esa compañía podía facilitar las coordenadas de sus móviles al enemigo. El mando militar de EEUU prohibió la utilización de todos los Thuraya en el frente de combate y, para resolver este

inconveniente, Julio había formado equipo con el reportero alemán que le acompañaba y era su teléfono portátil el que utilizaba.

Sobre cómo se proveyó del material necesario para incorporarse a la misión es muy difícil hacerse una idea exacta porque corren miles de versiones contradictorias. En *La Gaceta Sindical* puede leerse, firmado por Cristina, sin apellidos, lo siguiente: “Días antes de marchar a Kuwait, donde se uniría al ejército norteamericano, Julio viajó a Madrid para arreglar papeles y gestionar un seguro de guerra con su diario. Hoy a través de personas próximas a él supe que esas negociaciones con *El Mundo* no habían ido bien. El periódico no quiso pagar ese seguro. Y luego descubrí más”.

Duele al leer en *El Mundo* que había trabajado durante diez años en la empresa y que era corresponsal en Nueva York. *El Mundo* lo mantenía en excedencia, le pagaba en bruto y su estabilidad laboral era nula. De hecho Julio quería volver a Europa, pues desde hacía ya mucho tiempo se rumoreaba que su plaza en Nueva York estaba adjudicada a la hija de Pedrojota. Un poco más tarde otro amigo de Julio con experiencia como corresponsal de guerra explicó, según relata Cristina, que “los seguros para este tipo de conflictos sólo se consiguen con un contrato de trabajo de por medio, algo que Julio no tenía con *El Mundo*.” También nos cuenta que Julio lo llamó para asesorarse sobre qué chaleco antibalas debía comprar, pues el diario no se lo iba a facilitar. Este colega le aconsejó el mejor, uno con placas de cerámica, "porque con estas cosas no se juega", le dijo. En la tienda a la que había ido Parrado no tenían ese chaleco, y además resulta muy caro. Quizás por ese motivo, compró uno de calidad inferior. Precisamente el día de su muerte no pudo avanzar con las tropas porque no se lo permitieron debido al chaleco que llevaba. Los norteamericanos le dijeron que no era el reglamentario y no podían garantizar su seguridad. La fatalidad quiso que el lugar atacado fuera el centro de comunicaciones donde se quedó por precaución.

La otra periodista –Mercedes Gallego- española que acompañaba a las tropas, como él, llamó a algunos de sus compañeros en Nueva York y les dijo que Julio tenía un mal presentimiento y que le había pedido que si pasaba algo hiciéramos saber por qué no quería que Pedrojota asistiera a su entierro y el motivo de esa negativa.

Quizás Julio se aventuró demasiado para conseguir su ilusión de ser corresponsal de guerra, y descuidó tanto su seguridad personal al no llevar un chaleco adecuado, como sus condiciones laborales, al aceptar trabajar en unas condiciones de alta peligrosidad sin el apoyo necesario por parte de su medio de comunicación”.

Polémica entre *El País* y *El Mundo*

Como recuerda Fermín Núñez en *El Siglo* Hermann Tertsch, por aquellos días todavía en el diario *El País* publicó el once de abril un texto demoledor que bajo el metafórico título “Periodistas en guerra”, afirmaba: “Hay periodistas que temen menos a las bombas que a la precariedad laboral a la que han sido condenados. Son periodistas sin contrato fijo a los que sus directores los mandan a la guerra sin un miserable seguro y obligándoles a pagar de sus bolsillos el equipo mínimo de seguridad. Julio pidió que quien le despreció y maltrató en vida no se apunte medallas en su funeral, porque era testigo directo del obscuro rapto y comercialización de que fue objeto otro Julio, éste apellidado Fuentes -corresponsal de *El Mundo* caído en la guerra de Afganistán- con su cadáver, su muerte y su biografía utilizados durante semanas para mayor gloria de quien no era precisamente su amigo”. Tertsch alude sin duda a la estupefacción que causó entre muchos periodistas el excesivo protagonismo que Pedrojota y algunos políticos del PP se cobraron en el acto de entrega de los primeros premios “Julio Fuentes y José Luis López de la Calle” (periodista asesinado por ETA). Un protagonismo que, según Mercedes Gallego, Julio conocía y no quería que se repitiese con él.

El artículo de Tertsch provocó una inmediata reacción en los despachos de la calle Pradillo, sede por entonces del diario *El Mundo*: el mismo día de su publicación llegó a *El País* un desmentido firmado por Pedrojota y once directivos más que decía textualmente: “Al margen del desprecio moral que nos merece quien es capaz de escribir cosas así, todo lo que el señor Tertsch afirma es absolutamente falso. Julio A. Parrado disponía de un chaleco de protección SI IIIA adquirido por nuestro periódico. Era titular de una póliza de seguros número 853017 suscrita a través de Willis Correduría de Seguros y Reaseguros, SA, por la que nuestro periódico venía pagando 6.508 euros de cuota semanal desde que comenzó el conflicto de Iraq”. (Después se ha sabido que el ejército norteamericano obliga a todos los periodistas adheridos en sus filas a suscribir un seguro de vida). El texto –en el que Pedrojota afirmaba, además, que iba a hacer fijo a Parrado “el próximo uno de mayo”–, finalizaba con la amenaza explícita de presentar una querrela criminal si el periodista no rectificaba su artículo. *El País* se limitó en un primer momento a publicarlo a la mañana siguiente como una Carta al Director.

Dos días después, *El País* publicaba, bajo el título de *Rectificación*, un nuevo artículo de Hermann Tertsch en el que se excusaba de las falsedades vertidas respecto al chaleco antibalas y al seguro de Julio A. Parrado, pero mantenía su postura respecto a la obscena precariedad en la profesión, que esperaba –decía- sirva para que “ciertas personas no vuelvan a tener la osadía de hablar de deontología profesional”. La réplica de *El Mundo*, al día siguiente, daba por buena la rectificación y dejaba zanjado el asunto, no sin antes calificar los argumentos Tertsch “a medio camino entre lo patético y lo cómico”. Un Tertsch quien, por cierto, no muchos años después y tras abandonar

El País, pasó a nutrir la variopinta nómina del periodismo de la caverna, de los “cornetas del Apocalipsis”, que diría José María Izquierdo. A Terstch unos lo consideran un converso que, como reza el viejo adagio, suelen ser los peores. Para otros lo que hizo fue, simplemente, salir del armario ideológico.

Pero, ¿era adecuado o no, para la peligrosidad de la misión de la que formaba parte, el chaleco antibalas que llevaba Parrado? La mañana del siete de abril, cuando iban a empezar la incursión en Bagdad, los estadounidenses le dijeron a Julio que la calidad de su chaleco antibalas estaba por debajo del nivel exigible para la envergadura de la operación porque carecía de placas de protección. Era una operación peligrosa y le recomendaban, ironías del destino, que para su seguridad era mejor que se quedara en el campamento, a quince kilómetros de las puertas de Bagdad. “Para su seguridad”, querían evitarle riesgos. Todos los periodistas que iban en los tanques volvieron sanos y salvos por la tarde al campamento, como hubiera vuelto Julio si los hubiera acompañado.

La guerra en tiempo real

Pero Parrado se quedó esperando la muerte. Así lo cuenta su compañera Ana Bueno, redactora de la versión digital de *El Mundo* quien, gracias a las llamadas de Julio, actualizaba la web con periodismo puro, con los detalles que su compañero le iba retransmitiendo en tiempo real. Tenía mejor información desde el cuartel general que si hubiera ido en un tanque. Y mejores medios para enviarla con rapidez y eficacia.

“Se comunicaba con la redacción con su teléfono por satélite –escribió Ana-, para ponernos al tanto del avance de las tropas minuto a minuto, palmo a palmo. Era escalofriante escucharlo:

- Créeme. Están entrando en el palacio presidencial de Sadam. Me lo cuenta el coronel Perkins por radio desde el tanque.

Estrenábamos entre todos una nueva forma de contar el conflicto: él, como corresponsal de guerra; nosotros, como un medio de actualización inmediata. En los últimos días, según se acercaban las tropas a Bagdad, sus llamadas se hicieron más frecuentes. Era telegráfico en su manera de informar. Solía despedirse con un fugaz Ciao, luego os llamo”.

Julio nunca se relajaba, o al menos eso parecía, en sus llamadas. En cada una de las conversaciones se respiraba la tensión, hasta tal punto que a veces interrumpía su vivo relato...

- ¡Escucha, escucha, un petardazo a cincuenta metros!

Especialmente escalofriante fue el día en que nos contó que había dormido junto a los cadáveres de tres soldados aliados.

- Los he tenido toda la noche a unos palmos. Esto sí que es duro. Probablemente es lo que más me ha impresionado hasta ahora.

Sus llamadas fueron cada vez más frecuentes e intensas. El sábado cinco de abril trataba de explicarme a media mañana el recorrido de los tanques de la Tercera División para entrar en la capital iraquí:

- Están entrando por la autopista 8, que puede ser como la M-30, pero no te creas que llegan hoy a Sol ¿eh? Se dan un paseíto hasta Usera o así y se vuelven a Las Rozas. Se refería a una misión de reconocimiento que llegaba casi al centro de la ciudad, a sólo dos kilómetros de los edificios oficiales y los palacios.

La tarde del domingo seis de abril habló con tremenda inquietud con la sección de Internacional. Sabía de primera mano que la mañana del día siguiente iba a ser muy importante.

- Al amanecer habrá noticias: estad preparados.

Ese mismo día, a las seis de la madrugada, Yaiza Perera había recibido la primera llamada de Julio. Lo recuerda tenso y a la vez entusiasmado. Así comenzaba a dictar datos para la que sería la última de sus crónicas:

- ¡Están llegando a los jardines del complejo presidencial! Son más de mil efectivos de nueve compañías. Volveré a llamar, dijo antes de colgar.

Hasta más de una hora después, las prestigiosas agencias internacionales no dieron los datos que ya conocíamos. Julio estaba junto a la mejor fuente y contándolo el primero. Hubo más llamadas. A las siete de la mañana, seguía relatando el capítulo de la toma de dos palacios, no sin antes preguntar:

- ¿Qué tal? ¿Lo estamos dando los primeros? Para él, era casi como un juego. ¡Están dentro!

Adelantó que las tropas de Estados Unidos se disponían a derribar una de las estatuas de Sadam Husein a caballo en el jardín de su mayor palacio. Pero los actores esperaban la llegada de las cámaras de la cadena de televisión Fox para que el momento histórico se recogiera en directo.

Sobre las ocho llamó de nuevo:

- Se están librando duros combates en el Palacio de la República. Volveré a llamar.

El silencio más temido

Pasaron las horas y no hubo más llamadas. Marqué el número de su teléfono satélite varias veces a lo largo de la mañana. No contestaba. Sobre la una de la tarde comienzan a llegar noticias de agencias sobre dos periodistas muertos. Poco después, las agencias hablan de que los fallecidos pueden ser de origen español y alemán, recuerda Perera. Vuelvo a marcar insistentemente el teléfono de Julio. No contestaba... No puede ser”.

Pero fue. Julio A. Parrado, de treinta y dos años y Christian Liebig, de treinta y cinco, reportero este último del semanario alemán *Focus*, fallecieron cuando un cohete estalló en medio del centro de operaciones tácticas situado en la retaguardia de la 2ª Brigada de la Tercera División de Infantería de EEUU. Junto a los periodistas murieron dos soldados estadounidenses, y otros quince resultaron heridos. También fueron destruidos diecisiete vehículos militares. El Pentágono explicó que había sido un cohete tierra-tierra iraquí, disparado muy probablemente desde el pueblo de Hilla, que alcanzó por la espalda a las tropas estadounidenses.

Harald Henden, fotógrafo del periódico noruego *Verdens Gang* de Oslo, contaba así las circunstancias que rodearon la muerte de Julio A. Parrado: “La noche anterior, nos invitaron a asistir a la incursión. Tuvimos la libertad de decidir y Julio y el reportero alemán prefirieron quedarse. Nos habían advertido de que el ataque sería muy duro. Nos metieron en un blindado y recibimos mucho fuego, pero volvimos sanos y salvos. Cuando estábamos en Bagdad llegó la noticia de que había caído un cohete en el cuartel general y habían muerto dos periodistas. Nos imaginamos que eran ellos. Es increíble que en el lugar más seguro les haya pasado esto”.

El Mayor Michael Weber, el mando más cercano que tuvo Julio durante el viaje y con quien llegó a confraternizar, lo contó así: “Fue un misil iraquí que golpeó nuestras posiciones desde el noroeste. Yo creí al principio que se trataba de un avión en vuelo rasante... Yo estaba montando el hospital de campaña a poco más de doscientos metros del Centro de Comunicaciones cuando escuché el silbido, y después la explosión que reventó el edificio. Julio murió en el acto”.

Ana Palacio, ministra de Asuntos Exteriores del gobierno cuyo presidente había apoyado la invasión de Irak, confirmó a media tarde del lunes siete de abril, de manera oficial, la muerte en Bagdad de Julio A. Parrado, hijo de Julio Anguita, amigo de José

María Aznar, el hombre que en la célebre foto de las Azores sonreía ufano mientras George Bush junior apoyaba amigablemente la mano izquierda sobre su hombro. Pedrojota reunió en la planta de redacción de *El Mundo* a todos los compañeros de Julio y anunció la terrible noticia a las ocho menos cuarto de la tarde. “Es lo peor que nos podía pasar”, dijo Ramírez. “Nos matan a un periodista porque decide ir de un sitio a otro (Fuentes). Y ahora nos matan a otro que por prudencia decide quedarse. Ya lo único que podemos hacer es contarlo”.

Era cierto. Lo único que podía hacer Pedrojota era contarlo. Porque, por deseo expreso del fallecido y de muchos de sus compañeros, la presencia del director de *El Mundo* en el funeral de Julio A. Parrado en Córdoba no era deseable ni querida.

La despedida en Córdoba

Tardaron diez días en repatriar el cadáver. Llegó semana santa y la tragedia de los Anguita Parrado, se decía en la Córdoba laica por aquellos días, era como una especie de semana santa paralela. Momentos de consternación, de dolor, de impotencia, de rabia. El análisis de ADN en Austria, en el Instituto Forense de Salzburgo, prolongó el sufrimiento. Aquella extenuante tensión finalizó el miércoles santo. Un avión bimotor *Nurtanio* del ejército español pudo trasladar a Córdoba, por fin, los restos mortales de Julio desde la base militar estadounidense de Ramstein (Alemania).

La organización de las honras fúnebres tuvo su dificultad. Rosa Aguilar, entonces alcaldesa de Córdoba por Izquierda Unida, pidió que el acto no se convirtiera en una bandera política. Complicado: había que gestionar la parte pública del sepelio con la privada, lo que dio lugar a una extraña cohabitación: la presencia de cuatro curas con el secular agnosticismo del PCE; la protesta contra la guerra con el carácter íntimo que lo más allegados de todo fallecido reclaman para su entierro. No asistió nadie del Partido Popular, salvo un amigo íntimo de la familia, y el broche definitivo del acto, antes de despedir definitivamente al reportero fallecido, lo puso su hermana, Ana Anguita Parrado, con la lectura del poema “Me sirve no me sirve” de Mario Benedetti, y cuyo versos finales son estos:

*“...me sirve tu futuro
que es un presente libre
y tu lucha de siempre
sí me sirve*

*me sirve tu batalla
sin medalla*

*me sirve la modestia
de tu orgullo posible
y tu mano segura
sí me sirve*

*me sirve tu sendero
compañero”*

<http://archivo-periodico.cnt.es/290may2003/gacetasingdical/archivos/g009.htm>

<http://www.elsiglodeeuropa.es/siglo/historico/Comunicacion/comunica2003/553%20comunicaci%F3n.htm>

http://elpais.com/diario/2003/04/11/internacional/1050012017_850215.html

Me sirve no me sirve - Poemas de Mario Benedetti <http://www.poemas-del-alma.com/mario-benedetti-me-sirve-no-me-sirve.htm#ixzz2rDyEiKUD>

<http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/parrado/>

http://www.diariocordoba.com/noticias/temadia/dia-julio-anguitarompio_53638.html

JOSÉ COUSO, un crimen pendiente de castigo

Asesinado en Bagdad por el disparo de un tanque estadounidense el 8 de Abril de 2003. Tenía 37 años.

El hotel *Palestina*

Agachado en su habitación del piso catorce en el hotel Palestina de Bagdad, aquella mañana Jon Sistiaga estaba terminando de abrocharse las botas para subir a la planta de más arriba. Debía enviar una cinta grabada y allí, justo encima suyo, en el decimoquinto piso, los compañeros de la agencia Reuters tenían instalado el enlace para transmitir imágenes vía satélite. Así era como Sistiaga mandaba a Madrid las piezas, los brutos y los editados que José Couso y él elaboraban desde que llegaron a Bagdad algunas semanas atrás. Desde aquel “alea jacta est” -la suerte está echada- que Bush junior, Tony Blair, Durao Barroso y José María Aznar rubricaron con una vergonzosa e histórica foto que propició que Bagdad se llenara de periodistas en pocos días a la espera de que llegara el anunciado lobo. Y el lobo llegó finalmente el veinte de marzo del 2003. Esa noche comenzaron los bombardeos sobre Bagdad, cuando no pocos equipos habían vuelto a casa tras muchos días de incertidumbre, como los compañeros de Telecinco que también llegaron a Irak con Couso y Sistiaga. De su cadena se quedaron ellos dos solos, pero en el hotel se alojaban más de doscientos informadores entre los que se encontraban Carlos Hernández de Antena3, Olga Rodríguez de la Cadena Ser y Jesús Quiñonero.

Eran algo más de las diez de la mañana del día ocho de abril. En menos de tres semanas de guerra, las tropas estadounidenses de tierra ya estaban allí, en el corazón mismo de la capital de Irak. Se trataba de las mismas tropas con las que Julio A. Parrado había entrado en el país por la frontera de Kuwait y con las que habría llegado hasta Bagdad si un obús no hubiera acabado con su vida el día anterior a quince kilómetros de donde ahora se encontraban Sistiaga y Couso. Desde el balcón de la habitación del reportero gráfico de Telecinco, la 1403, se veía el Tigris perfectamente. Y aquella mañana, al otro lado del río, se divisaban ya los tanques estadounidenses. Excelente momento y excelente enclave, debió pensar Couso, para filmar unos estupendos planos de recurso desde allí mismo. Menos riesgo. Pero nada fue excelente ni mucho menos estupendo. Y había riesgo. ¡Vaya que si lo había!

Un carro de combate dispara

La explosión de un obús de 120 milímetros disparado desde un tanque Abrams M1 estadounidense, situado a unos mil doscientos metros sobre el puente Al Jumhuriya, hizo temblar el hotel y Sistiaga no pudo terminar de abrocharse las botas.

- Oí los gritos de nuestro productor iraquí. Crucé el pasillo que unía mi habitación con la de Couso y vi humo, cristales rotos, la cámara destrozada y a José en el suelo, contaba Sistiaga.

El tanque de la unidad de blindados 4-64 Armor, perteneciente a la compañía Alfa, y conocida por el resto de soldados como los “asesinos”, había disparado una granada de las que estallan a tres metros del objetivo y dispersa metralla pero apenas daña el edificio. Apuntó a una esquina del hotel para darle de refilón y el impacto hizo temblar toda la estructura. Según los expertos, ese tipo de munición se destina a matar, pero no es normal que se use para destruir edificios. Si el carro hubiera disparado un obús anticarro blindado, el daño que hubiera sufrido el hotel habría sido mucho más serio.

Couso tenía heridas en la barbilla, el tórax y la pierna derecha. Sistiaga, cuando comprobó que su compañero estaba vivo, no perdió un solo segundo: pidió al productor iraquí que bajara y trajera el coche hasta la puerta del hotel para trasladar a su compañero a un hospital con la mayor urgencia posible. Su experiencia le hizo temer un segundo ataque.

- Tras un primer ataque siempre suele venir un segundo a los pocos minutos.

Así que, procurando evitar cualquier atisbo de desfallecimiento ante el horror que le estaba tocando vivir, se puso inmediatamente a la tarea. No había tiempo que perder. Se lanzó al suelo y, arrastrándose, sacó como pudo a su amigo de la habitación. Con ayuda de otros compañeros bajó a Couso desde el piso catorce hasta recepción. La pierna derecha tenía muy mal aspecto, así que decidió practicarle un torniquete y, para que no perdiera el conocimiento, no paraba de hablar con él mientras esperaba el vehículo en el que buscarían un hospital con la mayor urgencia posible.

La muerte

Hubo mala suerte. En el primer centro al que acudieron les dijeron que allí no le podían operar. En aquella trágica y apremiante peregrinación consiguen llegar por fin al Hospital San Rafael. Allí sí los podían atender, pero...

- La única esperanza de que pueda sobrevivir es cortarle la pierna, explicaron los médicos al grupo de compañeros que acompañaban a Couso y a Jon en el trance.

Horas de quirófano. La operación, en principio, les cuentan que ha salido bien. Ha habido en efecto que amputarle la pierna y ahora tocaba esperar a ver cómo era la evolución en el posoperatorio. Evolucionó mal. Insuficiencia respiratoria. José entró en un estado de shock que llevó a Sistiaga a actuar a la desesperada.

- Le hice la respiración asistida... hasta que murió en mis brazos.

Momentos dramáticos, terribles, de auténtica pesadilla.

- La guerra para mí acabó en ese mismo instante y todo cambió, suele resumir Jon cuando recuerda aquellos trágicos instantes.

A partir de ese momento, toda su energía la puso al servicio de un único objetivo: sacar cuanto antes de Irak los restos mortales de su compañero y entregárselos a su familia. Cuando Sistiaga adoptó aquella determinación ya sabía que el ataque que había acabado con la vida de su amigo no había sido iraquí, sino que procedía de uno de los tanques de los Estados Unidos. Se lo había dicho el propio José Couso antes de morir.

Donde mayor impacto causó el obús disparado por el tanque estadounidense fue justo en la habitación de la agencia Reuters, piso quince del hotel Palestina, habitación 1503. Era el cuarto donde se encontraba instalado el enlace del que muchos reporteros de todo el mundo, como José y Jon, se servían para enviar las imágenes, locuciones, medianillas, salidillas o piezas editadas a sus respectivos canales de televisión. La habitación de Couso se encontraba justo debajo. En el momento del disparo el cámara gallego, desde su balcón, estaba grabando cómodamente, con trípode y todo, las que se convertirían en las últimas imágenes de su vida.

En la habitación de Reuters había cuatro periodistas en esos momentos. El ataque había abierto un agujero que permitía ver la estructura metálica de un pilar del balcón, mientras que las ventanas quedaron rotas por la deflagración. La editora jefa de la agencia en el Golfo Pérsico, Samia Najul, fue alcanzada en la cabeza y en la cara; el fotógrafo iraquí Saleh Jebar, también en la cabeza y el coordinador de antenas vía satélite Paul Pasquale, británico, fue trasladado al hospital con heridas en las piernas. Pero el cámara ucraniano Taras Protsyuk, de treinta y cinco años, perdió también la vida como su colega José Couso. Sufrió menos que él porque murió en el acto.

En la planta diecisiete, donde estaban los periodistas de la cadena Al Arabiya, la fachada también resultó afectada. En la dieciséis se encontraba Olga Rodríguez, enviada especial de la Cadena Ser. La llamada de su emisora para entrar en el boletín horario la había obligado a alejarse del balcón minutos antes de producirse el estallido. "Cuando José Couso murió, -escribió Rodríguez tiempo después- estuve llorando unos minutos encerrada en una habitación del hotel de Palestina de Bagdad, la misma que un par de horas antes había sido atacada -y su balcón destrozado- por las tropas

estadounidenses. Defender las causas justas implica a menudo estar del lado de los perdedores. Aturdida y medio sorda aún por el efecto y sonido del proyectil al estallar, escribí junto con el periodista y amigo Carlos Hernández un pequeño comunicado que luego suscribieron todos los periodistas españoles en Bagdad. En él se anunciaba que los testigos del ataque acudiríamos a la justicia en caso de que la familia Couso no lo hiciera. Por más que repasaba una y otra vez los acontecimientos de las últimas horas, no encontraba excusa alguna que pudiera justificar la acción del ejército estadounidense. Y sin embargo hallaba muchas razones para condenarla desde un punto de vista objetivo, basado en la ley, en la Convención de Ginebra, en la protección de la población civil y de los periodistas”.

El reportero José Couso

Cuando José Couso Permy murió, a causa de los disparos de un carro de combate estadounidense tenía treinta y siete años, estaba casado y era padre de dos hijos. Había nacido en El Ferrol el cinco de octubre de 1965 y en Madrid, en la Complutense, había cursado estudios universitarios de Ciencias de la Información y Ciencias de la Imagen. Antes de trabajar en Telecinco como reportero gráfico contratado por la agencia Atlas, pasó por otras empresas periodísticas como las agencias Efe y Europa Press o Canal Plus. Había estado en Kosovo en 1999; en Bagdad también una vez anterior, en 1998; en la Antártida haciendo reportajes en el buque oceanográfico “Hespérides” y había cubierto acontecimientos nacionales de relevancia como la crisis de la isla Perejil o el vertido del “Prestige” en la costa gallega. En Macedonia, ironías de la vida, le tocó contar el secuestro de Jon Sistiaga y Bernabé Domínguez, el equipo de Telecinco que las tropas serbias capturaron el dos de abril de 1999 cuando se encontraban filmando la llegada de un tren cargado de refugiados en la frontera procedentes de Kosovo. Una historia que afortunadamente tuvo un final feliz porque Sistiaga y Domínguez fueron puestos en libertad cinco días después.

Cuatro años después, aquel ocho de abril de 2003 en Bagdad, el equipo de Telecinco lo componían Sistiaga y él. Y allí estaba José Couso, en un balcón del piso catorce del hotel Palestina, a punto de convertirse en víctima de un disparo procedente de un carro de combate de la Tercera División de Infantería de los Estados Unidos de América. El Pentágono admitió y confirmó la autoría del ataque explicando que los disparos contra el hotel, realizados al mando del sargento Thomas Gibson, habían sido autorizados por el capitán Philip Wolford y el teniente coronel Philip de Camp “para responder a fuego enemigo”. Que el tanque lanzó una sola ráfaga y que lo hizo porque en el edificio –donde se alojaban más de doscientos informadores y se encontraba también el centro de Prensa, trasladado a ese hotel después de que el ministerio de

Información iraquí fue blanco de bombardeos- había un francotirador disparando y lanzando granadas.

- No es cierto, nadie atacó al tanque antes de que éste efectuara el disparo que impactó contra la fachada del hotel Palestina, declaró David Charter

Charter, reportero de la cadena televisiva *Sky News*, y alojado también en el hotel, aseguró haber visto todo lo que sucedió y negó que los tanques americanos estuvieran siendo atacados. Otro de los reporteros allí alojados, de AFP, aseguraba haber comprobado en una grabación hecha desde el hotel por una cadena de televisión francesa cómo la torreta del tanque se movía orientándose hacia el hotel, levantaba el cañón y esperaba al menos dos minutos antes de disparar.

- No hubo absolutamente ningún tiro previo, aseguró el periodista francés en su día. Vi la torreta girar hacia nosotros, luego el cañón levantarse. Estaba frente al objetivo. No fue un tiro reflejo.

Desde entonces los Estados Unidos han cambiado constantemente la explicación del ataque que acabó con la vida del ucraniano Taras Protsyuk y el gallego José Couso. Error o no, lo que parece no admitir discusión es que el tanque disparó sin que nadie lo hubiera atacado ni pudiera deducirse amenaza alguna proveniente del edificio de un hotel en el que se alojaban más de doscientos periodistas de todos los países del mundo. Así lo asegura Javier Couso, hermano de José y periodista también. Lo dice él y lo mantiene a su vez Enrique Santiago, el abogado de la familia Couso, la persona que lleva la acusación particular del caso y cuyo propósito es dar, tarde o temprano, con la verdad e intentar que se castigue a los culpables de aquella acción. Por mucho tiempo que pase.

¿Por qué dispararon?

¿Fue un error como alguna vez llegó a admitir Colin Powell, Secretario de Estado de la administración Bush? ¿Fue la contestación al ataque de un francotirador, como mantiene la versión oficial, o se trató de un plan premeditado para amedrentar a los periodistas que cubrían en Bagdad la guerra de Irak? Una vez más el testigo incómodo, una vez más matar al mensajero, una vez más el aviso a navegantes. Sin testigos no hay fechorías. Y las guerras están llenas de fechorías inconfesables. Qué casualidad que en un hotel con una fachada tan enorme, con tantas habitaciones, el proyectil de 120 milímetros fuese a impactar precisamente en la zona donde la agencia Reuters tenía instalado el material con el que una buena parte de las televisiones de todo el mundo conseguía enviar sus trabajos a sus respectivas redacciones centrales y desde donde la CNN, la Fox o Al Yazira retransmitían en directo unos acontecimientos que

eran seguidos hasta por los propios generales americanos que controlaban la operación desde Camp Doha (Qatar).

El cuerpo de Couso fue trasladado, desde el hospital donde murió, a una base aérea de Estados Unidos en Kuwait. Tras efectuar escala en El Cairo, el avión que lo transportaba, un Hércules del ejército español, llegó a la base aérea militar de Getafe sobre la una de la madrugada del trece de abril. Allí esperaban sus hermanos Javier, David, María Isabel y Bárbara con su viuda Dolores Jiménez, y muchos amigos y compañeros de Telecinco. Buena parte de ellos portaban pegatinas con la imagen del reportero fallecido en las que podía leerse *José Couso. Asesinado*. Otros llevaban camisetas con la imagen del cámara de Telecinco. La capilla ardiente se instaló en el tanatorio de la M-30 y de allí, horas más tarde, salió el cortejo encabezado por dos autocares con familiares y amigos y una furgoneta llena de coronas de flores, camino del cementerio de La Almudena, donde esperaban todavía más compañeros y ciudadanos para darle su último adiós a José Couso antes que sus restos mortales fueran incinerados.

Desde aquel mismo instante los familiares, amigos y allegados del reportero decidieron que aquello no iba a quedarse así e iniciaron una pesada y larga lucha. Comenzaron entonces las manifestaciones de repulsa ante las sedes diplomáticas de los Estados Unidos en España y diferentes acciones civiles y judiciales encaminadas a resolver la culpabilidad de los implicados.

Primera orden internacional de detención

La primera querrela contra los militares de Estados Unidos responsables del asesinato de Couso fue interpuesta por su familia en la Audiencia Nacional de España un mes después de cometido el crimen, por "delito contra personas internacionalmente protegidas" por las Convenciones de Ginebra de 1949 sobre Derecho Internacional Humanitario (DIH), reconocido por el Art. 611 del Código Penal español, como un delito de asesinato tipificado en el artículo 139 del mismo texto legal.

Tuvieron que luchar sin parar durante más de dos años para que, por fin, el diecinueve de octubre de 2005, la Audiencia Nacional abriera diligencias previas con una orden internacional de detención contra tres de los militares estadounidenses imputados. Cuatro meses más tarde, el diez de marzo de 2006, la Sala Segunda de lo Penal de la Audiencia Nacional archivaba las diligencias alegando que el suceso fue "un acto de guerra". Fue el primer contratiempo en esta lucha de David contra Goliat.

Los Couso recurrieron ante el Supremo. Nueve meses de espera, pero en este caso se les dio la razón: el cinco de diciembre de 2006, el Tribunal estimó por unanimidad el

recurso interpuesto por la familia, y eso permitió que un mes más tarde, ya en enero de 2007, el juez Santiago Pedraz pudiera reactivar la orden de detención internacional contra los tres militares estadounidenses imputados en la muerte de Couso.

Segundo intento: El juez Pedraz procesa a los responsables

Ni que decir tiene que esta iniciativa del juez Santiago Pedraz tampoco iba a permitir hacerse muchas ilusiones. Porque ahí estaba la Fiscalía de la Audiencia Nacional con sus correspondientes jarros de agua fría para poner a prueba la capacidad de resistencia de los familiares y amigos de Couso: el fiscal siguió manteniendo, como venía haciendo desde que comenzó el contencioso cuatro años atrás, que los tribunales españoles carecen de jurisdicción para casos como el de la muerte en Bagdad del reportero de Telecinco “por tratarse de una acción de guerra realizada en territorio iraquí”.

Aún así, Pedraz continuó adelante y tres meses más tarde, cuando ya habían pasado más de cuatro años desde la muerte del reportero, dictó el procesamiento del sargento Thomas Gibson, el capitán Philip Woldrford y el teniente coronel Philip de Camp por un delito de asesinato (de quince a veinte años de prisión) y otro contra la comunidad internacional (de diez a quince años).

Fue en vano. Otro intento fallido, porque la sala de lo Penal de la Audiencia revocó su decisión al año siguiente, con lo que ya se cumplían cinco mareando la perdiz. Estábamos en mayo de 2008 y la Fiscalía se salía una vez más con la suya: causa archivada por falta de jurisdicción, argumentando que “dadas las circunstancias en que se produjeron los hechos y los disparos sufridos por el carro de combate no existen datos para calificar el hecho como crimen de guerra, sino como una acción de guerra en el que los operadores del tanque respondían a un supuesto observador iraquí”.

Orden de busca y captura de los militares estadounidenses

Pero la familia y los amigos de Couso no se arredrarían. Recurrieron y Pedraz decidió estimar el recurso al entender que los hechos podrían ser constitutivos de crímenes de guerra. Así que en mayo de 2009 vuelve a procesar a los tres militares estadounidenses y en julio de 2010, cuando habían transcurrido más de siete años de los hechos, consigue que el Tribunal Supremo decida reabrir el caso.

Santiago Pedraz solo tarda unos días en dictar una orden de busca y captura internacional contra los procesados y solicita autorización al Consejo General del Poder Judicial para desplazarse a Irak entre octubre y noviembre y realizar un análisis ocular de la zona del asesinato.

Las evidencias de Wikileaks

Por si faltaba alguna guinda en este siniestro pastel, el *caso Couso* aparece también entre los papeles de Wikileaks, la página de internet en la que el australiano Julian Assange publicó infinidad de documentos diplomáticos de los Estados Unidos. El veintiocho de noviembre de 2010 aparecieron *cables* de la embajada estadounidense en nuestro país que desvelan las presiones del entonces titular, Eduardo Aguirre, a las autoridades españolas para intentar cortocircuitar todo lo relacionado con el asesinato del cámara gallego e impedir su judicialización.

Como ya hemos dicho, la Fiscalía de la Audiencia Nacional ha mantenido continuamente, desde la iniciación del caso en 2003, que los tribunales españoles carecen de jurisdicción para un asunto de esta naturaleza, ya que se trataba de una acción de guerra llevada a cabo además en territorio iraquí. Aún así, la Fiscalía General del Estado llegó a pedirle al embajador norteamericano que se diese respuesta a la comisión rogatoria remitida por el juez Pedraz.

La respuesta, como siempre, fue descorazonadora. Contestaba que la jurisdicción militar estadounidense había promovido una investigación interna. ¿El resultado? Que si bien se estaba en condiciones de confirmar que la muerte de José Couso se había producido como consecuencia del disparo realizado por un carro de combate norteamericano durante la toma de Bagdad, “no apreciaba responsabilidad penal en los operadores del carro por estimar que actuaron en respuesta a un posible ataque”. La acusación particular y el juez Pedraz se estrellaban de nuevo contra la pared, pero continuaron adelante con el caso porque la respuesta no les pareció ni suficiente ni satisfactoria. No estaban dispuestos a rendirse.

Así, el trece de diciembre de 2010 Javier Couso, hermano de José Couso, denunció ante la fiscalía de Madrid, en su nombre y en el de su familia, a los miembros del gobierno, la fiscalía y la judicatura que, en su opinión y a la vista de los documentos filtrados por Wikileaks, maniobraron y presionaron para que las demandas de investigación y las denuncias contra los militares americanos no prosperaran en la Audiencia Nacional. La denuncia se interpuso contra el gobierno de la nación, presidido entonces por José Luis Rodríguez Zapatero, y contra la fiscalía, argumentando que todo parecía indicar “la existencia de una conspiración o concierto delictivo entre funcionarios de la Administración y altos cargos españoles por una parte; y funcionarios de una potencia extranjera por otra”.

No sirvió de nada, salvo para que la familia Couso, sus abogados y el juez Pedraz recibieran otro varapalo: la denuncia, de nuevo, fue archivada “por carecer de fundamento al no apreciarse comportamiento delictivo alguno por parte de los denunciados”.

Pedraz en el lugar del crimen, ocho años más tarde

En medio de esta pesadísima e inacabable montaña rusa de procesamientos, archivos y revocaciones que aún no ha terminado, Pedraz fue autorizado a viajar a Bagdad para realizar el reconocimiento “in situ” que pedía. Lo hizo acompañado por algunos de los compañeros de Couso que vivieron junto a él aquellos terribles momentos y allí el juez español pudo comprobar que, desde el puente donde se realizó el disparo, el tanque estadounidense tenía buena visión de la habitación en la que se encontraba José Couso. El informe pericial que solicitó entonces Pedraz confirmaba también que el visor del Abrams M1 permitía a sus ocupantes divisar “con total claridad a las personas que estaban en el Hotel Palestina y los objetos que portaban”.

Los militares procesados por Pedraz siempre han negado, y continúan haciéndolo, que eso fuera así. Eso sí, lo niegan desde la impunidad que les proporciona residir en Estados Unidos. En ningún caso contempla ninguno de ellos contestar personalmente a las preguntas del juez. Su versión, repiten, es que el tanque disparó tras ver el reflejo de una luz amenazante que provenía de la zona en que se encontraba Couso. Una versión que respalda el Pentágono con el permanente argumento de que sus soldados no tuvieron culpa de la muerte del reportero gallego porque no cometieron ninguna negligencia y sólo respondieron a una amenaza.

Tampoco la Interpol parece estar por la labor de satisfacer la solicitud del juez Pedraz y detener a los militares procesados. Según ellos, no pueden porque el artículo tres de su Estatuto les prohíbe “toda actividad o intervención en cuestiones o asuntos de carácter político, militar, religioso o racial”.

Tercer auto de procesamiento

Hasta el cuatro de octubre de 2011 el juez Pedraz no termina de redactar lo que se convertiría en el tercer auto de procesamiento ya contra los militares que acabaron con la vida de Couso. Serán en este caso nueve contundentes folios en los que el magistrado sostiene que “existía un plan premeditado para amedrentar a los periodistas que cubrían en Bagdad la guerra de Irak y para que los medios no informaran de ese conflicto”.

Éste es el razonamiento jurídico textual, que aparece en la página siete del Auto de Procesamiento: “Se trataba de aterrorizar a los periodistas para que no fueran testigos (y, con ello, la comunidad internacional), de la forma en que se iba a realizar la toma de Bagdad. Se confirma indiciariamente, incluso por reducción al absurdo, que una de las misiones de la 3ª División era la de evitar que los medios de comunicación pudieran informar de lo que iba a acontecer en el conflicto. Al efecto, las sedes donde se pudieran encontrar los medios de comunicación eran exclusivamente el Hotel Palestina y los locales ocupados por Al Yazira y Abu Dhabi. Consta el bombardeo de las sedes de TV como los disparos del carro a las mismas, todo ello anteriormente al disparo al Hotel Palestina, y que además se confirmó por los testigos respectivos que trabajan en las mismas en su declaración prestada el pasado 13 de enero. Asimismo, tanto la localización de tales sedes como del hotel fue confirmada por este instructor en la diligencia practicada en Bagdad el día 28 de enero de 2011. De igual forma (documental y testifical) no consta acreditado fuego enemigo alguno desde dichas sedes TV y sí que las mismas estaban identificadas dadas las banderolas que colgaban de ellas con la palabra “TV”. A ello se añaden testimonios de otros periodistas que confirman que el ataque fue premeditado.

Primero se bombardean las sedes árabes (una de ellas –Al Yazira- justo en el momento en que dos personas trataban de recolocar las cámaras en la parte superior, produciendo la muerte de una de ellas), luego los carros se colocan en el puente que se encuentra entre el hotel y tales sedes, se les con gran precisión (se ametralla la cámara de una) con el carro de combate y a continuación se lanza un misil al hotel Palestina justo a la altura de las plantas donde se encontraban los dos periodistas que estaban filmando. Todo ello acontece prácticamente en unas tres horas. Y, efectivamente, se consiguió que no se informara: no consta que existan imágenes de Bagdad en las horas siguientes y es precisamente en esos momentos en los que las tropas norteamericanas entraron en Bagdad y, según las autoridades militares, tras ello la guerra se acabó. Nadie, por tanto, pudo reflejar la toma de la ciudad hasta el día siguiente ya que no hubo, ante el miedo provocado, una sola cámara dispuesta a asomarse a las ventanas de ese hotel. Son significativas, además, las declaraciones de la ex sargento del Ejército de los EE UU Adrienne Kinne, destinada en Inteligencia Militar, efectuadas el trece de mayo de 2008 en el programa de TV “Democracy Now”, en las que manifestaba que recibió un correo en el que se señalaba al Hotel Palestina como objetivo militar potencial por dicho Ejército, de lo que informó a su superior porque le extrañaba mucho teniendo en cuenta que allí se alojaba la prensa internacional. Se le respondió, según declaraciones de la propia ex sargento, que “alguien en un nivel superior de la cadena de mando sabía lo que estaban haciendo”.

Santiago Pedraz concluye, ya en la página ocho del Auto de Procesamiento y tras el producto de sus investigaciones que “se ignora qué autoridad superior norteamericana

(militar o política) planeó/ordenó la operación de evitar que los medios de comunicación informaran, y con ello los bombardeos y disparos a los medios de comunicación; si bien, dada la cadena de mando, obviamente en ella tuvieron que estar los superiores a los procesados. La orden tuvo que provenir, o al menos ser comunicada para su ejecución, al Jefe del Cuartel General y Comandante de dicha 3ª División Buford Blount, y sucesivamente al Jefe de la 2ª Brigada de dicha División, Coronel David Perkins, para éste transmitirla al Teniente Coronel Philip de Camp. Por ello, procede tener a éstos como imputados y no como procesados, dado que el argumento de la cadena de mando no puede constituirse por sí solo, a falta de otros datos, en indicio racional de criminalidad.

A tal efecto procede librar –continuaba el Auto- la oportuna comisión rogatoria, como se hiciera con los procesados, en aras al derecho de defensa, a fin de poner en conocimiento de los nuevos imputados los hechos y delitos que se les imputa, solicitando se les reciba declaración ya por las autoridades norteamericanas, ya por este Juzgado con o sin desplazamiento de los mismos o de la comisión judicial”

Como las madres de Plaza de Mayo

Los Estados Unidos no parecen tener interés en responder, y aún así la familia Couso ha decidido no desfallecer y continuar en el empeño. Nada de tirar la toalla. Desde su página web (josecouso.info) mantienen la lucha, a comienzos de 2014 presentaron en la Audiencia Nacional un recurso en el que reclaman al juez Pedraz que investigue por encubrimiento a tres altos funcionarios estadounidenses, entre los que destaca el oficial superior del Ejército al cargo del Mando Central, encargado de la zona de Oriente Medio y que dispuso el archivo de un expediente administrativo que se abrió tras la muerte de José. También pide la familia Couso que se investigue al funcionario responsable del Departamento de Justicia de Estados Unidos que, según este escrito, el veintiséis de abril de 2006 rechazó prestar asistencia judicial a Pedraz, encargado de la instrucción del caso abierto en España hace diez años.

El tercer empleado público al que se acusa de encubrimiento es un directivo de Interpol Washington, que no quiso registrar en la base de datos de esta institución las órdenes de detención cursadas por el juez español contra los tres militares que supuestamente ordenaron, autorizaron y efectuaron el disparo que acabó con la vida de Couso.

Se mantienen los Couso pues, inasequibles al desaliento y afirman que aguantarán todo el tiempo que haga falta hasta conseguir que Estados Unidos, que califican de “estado gamberro” no tenga más remedio que acceder a sus requerimientos en demanda de justicia.

- Seguiremos, prometen, como la gota malaya dentro de treinta años si hace falta y, como ha ocurrido con las Madres de Mayo, hasta ver a los militares que asesinaron a José Couso en un juicio sentados en el banquillo de los acusados”

<http://www.20minutos.es/noticia/943382/0/olga/rodriguez/couso/#xtor=AD-15&xts=467263>

<http://josecouso.info/>

<http://www.abc.es/espana/20130408/abci-aniversario-jose-couso-201304052009.html>

<http://www.elmundo.es/elmundo/2013/04/08/comunicacion/1365418460.html>

http://elpais.com/elpais/2011/01/29/actualidad/1296292630_850215.html

<http://www.primera plana.net/couso/hechos.htm>

http://es.wikipedia.org/wiki/Invasi%C3%B3n_de_Irak_de_2003

<http://www.abc.es/espana/20130408/abci-aniversario-jose-couso-201304052009.html>

[http://www.abc.es/gestordocumental/uploads/nacional/couso\(1\).pdf](http://www.abc.es/gestordocumental/uploads/nacional/couso(1).pdf)

RICARDO ORTEGA, De físico nuclear a reportero de conflictos

Asesinado en Puerto Príncipe (Haití) el 8 de marzo de 2004

La muerte

Marcos Delgado, fotógrafo de la Agencia Efe, se había acercado hasta el hospital Canapé Vert, en la capital de Haití, porque se enteró que un periodista español había sido ingresado allí tras un tiroteo. Sobre la mesa de operaciones se encontró a Ricardo Ortega, 37 años, herido de gravedad y desangrándose.

- Trabajo para Antena 3. No puedo respirar.

Fueron sus últimas palabras porque a Ricardo se le estaba yendo la vida por segundos. En efecto, no podía respirar y nadie pudo hacer nada por él. No tardó en entrar en estado de shock y a los pocos minutos murió.

Caos en Puerto Príncipe

Como siempre pasa en las guerras, todo resulta muy confuso, las versiones son contradictorias, varias personas en un mismo lugar proporcionan versiones muy distintas entre sí de lo que sucede. Y así fue también en el caso de la muerte de Ricardo Ortega. Aquel siete de marzo de 2004 había tenido lugar una manifestación en Puerto Príncipe en la que opositores al ex presidente Jean-Bertrand Aristide pedían el procesamiento de funcionarios del régimen.

Aristide, cura de la teología de la liberación que en 1991 llegó al poder dando por terminada así la dictadura de Duvalier y que desde entonces, víctima de complicados vaivenes políticos, había perdido y recuperado el poder dos veces, acababa de ser derrocado por tercera vez el veintinueve de febrero de 2004, justo al día siguiente de la llegada a Haití de Ricardo Ortega. En la trastienda del conflicto, estaba como siempre la larga mano de los Estados Unidos, que había propiciado un gobierno provisional encabezado por Boniface Alexandre, presidente del Tribunal Supremo. Éste solicitó a Naciones Unidas su intervención con el envío de una Fuerza Multinacional Provisional, en la que había soldados principalmente de Estados Unidos, Francia, Canadá y Chile.

La manifestación fue un verdadero caos y todo se agravó cuando comenzaron los tiroteos. Sobre lo que ocurrió en realidad existen tantas versiones que de hecho, en un

primer momento, la responsabilidad de la muerte se atribuyó a los partidarios de Aristide, una autoría que llegó a adjudicársele –de manera equivocada, como se demostraría posteriormente- en los cables de las agencias internacionales de noticias y en los informativos de muchos medios audiovisuales.

En aquella manifestación los *chiméres*, partidarios de Aristide, se enfrentaron a los manifestantes y los violentos disturbios ocasionaron la muerte de algunos haitianos. Tras la revuelta, Ricardo se refugió en otra zona de la ciudad junto con varios reporteros y fotógrafos extranjeros y algunos haitianos. Allí se encontraba un colega norteamericano al que pretendían ayudar. Tras pedir ayuda a la embajada estadounidense, esperaron en un patio de vecinos de la Rue Lamare hasta que el sonido de helicópteros militares hizo a Ricardo salir a buscar la ayuda esperada. Cámara al hombro, Ortega filmó el disparo que le atravesó el pecho, que provenía de la calle principal.

Según el relato del periodista del diario *Miami Herald* Peter Andrew a la agencia AFP, "fue al intentar salir de una casa en la que el grupo de periodistas había entrado para proporcionar los primeros auxilios a un compañero herido, cuando Ortega recibió un balazo". El periodista español intentaba con un segundo colega, que también fue herido, hacer una llamada a los cuerpos de socorro, según esta versión. Pero el fotógrafo alemán Marcel Mettelsiefen, que acompañaba a Ricardo, explicó en cambio que el tiroteo se produjo dentro del patio de la casa donde estaban refugiados los periodistas. Según parece, Mettelsiefen creyó entonces que un grupo de marines se dirigía al lugar donde se encontraban para rescatarlos tras ser alertados por un fotógrafo estadounidense en la zona. Creyó mal o le mintieron directamente. El número de disparos fue tal que llegó a contabilizarse un mínimo de veintiséis personas heridas. Cinco de ellas acabarían muriendo, entre ellas Ricardo Ortega.

Enrique Ibáñez, corresponsal de la agencia Efe, contó entonces cómo Ortega quedó tendido en el suelo varios minutos tras ser alcanzado en el pecho sin que nadie pudiera hacer nada por socorrerlo porque los agresores continuaban disparando contra el gentío.

Cuando el fuego cesó, varios reporteros pudieron por fin ayudar a Ricardo, que se encontraba herido de gravedad pero aún con vida, y lo trasladaron al hospital Canapé Vert. Justo antes de ser intervenido, el enviado de Antena 3 entró en estado de shock y falleció.

Para Rafael Poch, que había compartido viajes y coberturas con Ricardo en muchas ocasiones, lo que ocurrió fue mala suerte: "Viajar con Ricardo hacia la aventura - escribió Poch-, era una cierta garantía de seguridad. Era un tipo que inspiraba confianza. Lo que le ha ocurrido en Puerto Príncipe ha sido mala suerte. Sin haber estado allá, se cómo fue su muerte. Conociéndole no tengo ninguna duda acerca de

sus últimos momentos antes de ser herido: midió la situación, tomó la mejor decisión posible en aquel instante y a continuación le alcanzaron las balas. Es como cuando un buen conductor tiene un accidente de tráfico. Mala suerte.

Primeros contactos con el mundo de la información

Ricardo Ortega, Fernández de segundo apellido, había nacido en Cuenca el uno de octubre de 1966. Tenía, por tanto, treinta y siete años el día en que lo mataron en Puerto Príncipe. Cuando apenas había cumplido siete, su familia emigró al levante peninsular y se instaló en Denia, Alicante. Allí creció Ricardo y allí estudió hasta que llegó el momento de marcharse a la universidad, a Valencia. Como tantos buenos periodistas, Ricardo no tuvo necesidad de estudiar Periodismo. En la universidad de Valencia cursó Ingeniería hasta que consiguió una beca para ampliar sus estudios de Ciencias Físicas en Moscú, donde terminaría trabajando como físico nuclear.

A pesar de su trabajo científico, a Ricardo le picaba el gusanillo de la información y como se manejaba en ruso con bastante soltura, pensó que podría ser útil en la delegación que la Agencia Efe tenía en Moscú, cuyo departamento de audiovisual se ocupaba de la cobertura técnica a Antena 3 Televisión. Ricardo se ofreció como traductor e intérprete a los responsables de Efe y así fue como entró en contacto con el mundo de la información. Le gustó y al poco tiempo estaba ya haciendo crónicas para Antena 3 de Radio.

Corresponsal en Moscú de Antena 3 Televisión

Si quería dedicarse a la información, estaba en el sitio adecuado y había llegado también en el momento adecuado: Lourdes García, corresponsal de Antena 3 Televisión en Moscú, se quedó embarazada, Ricardo andaba por allí y quién mejor que él para ofrecerle la sustitución. Así fue cómo un ingeniero conquense criado en Denia, que estaba trabajando en Rusia como físico nuclear, acabó convirtiéndose en corresponsal en Moscú de una cadena de televisión española. Rafael Poch, pareja de Lourdes y corresponsal por aquel entonces de *La Vanguardia* en la capital rusa, lo expresaba así años después: “Como periodista, Ricardo fue resultado de mi hija Elisa, una gloriosa carambola. La mejor consecuencia. Un lujo”.

Corría el año 1992 y el enclave no podía ser más jugoso desde el punto de vista informativo. A todo lo que estaba sucediendo tras el desmoronamiento de la Unión Soviética había que añadir el conflicto de los Balcanes. Así que Ortega, además de corresponsal, se convirtió en reportero de conflictos. Se curtió a conciencia en

numerosas tiendas donde los más destacables quizás fueran los de Sarajevo y Chechenia. En este país llegó a estar detenido en Grozni por el ejército ruso. De las muchas anécdotas que cuentan quienes le acompañaron en estas coberturas, destacaremos una que relata Poch: Estaba Ricardo “buscando un lugar para grabar una entrada en los alrededores de Grozni, con su cámara (Kique o Manolo). Deciden subirse a la terraza de una casa destruida, a unos cien metros del lugar en el que se encuentran. Comienzan a caminar, y, en ese momento, cae un proyectil de artillería que destruye lo que quedaba de la casa y su terraza. Cuestión de pocos minutos. Otra, en los alrededores de Argún, en compañía de guerrilleros en campo abierto. Son detectados por un helicóptero ruso que comienza a ametrallarles. El único accidente del terreno es un riachuelo. Ricardo se mete en él junto con su cámara. El agua helada les llega a la rodilla y están solos. No hay follaje, son un blanco claro y fácil. El helicóptero, que distingue perfectamente la cámara, maniobra para enfilar de frente la vaguada. Ahora ya no hay cobertura ni error posible. En el momento en que va a empezar a disparar, el helicóptero es derribado por un guerrillero... con un lanzagranadas. Una especie de milagro. “!Allah Akhbar!”.

Todos –admite Poch- vivíamos de él en Chechenia, de sus contactos y relaciones. Conocía a todos los comandantes. Era una persona que inspiraba confianza a aquellos fieros personajes, mitad héroes, mitad hidalgos, mitad bandidos. En Afganistán fue el primero en llegar a Talukán, cuando esa capital de provincia fue recuperada por el ejército del fallecido Masud, a quien él y yo habíamos entrevistado. Ricardo accedió a la ciudad atravesando campos de minas, muy a su pesar. “Cuando me di cuenta, era más peligroso retroceder que continuar”. Siempre me salía el mismo comentario: “pero, Ricardo, ¿tú crees que vale la pena tanto riesgo y sacrificio por una televisión tan mediocre?”. No era un “guerrillas”, ni un inconsciente ávido de gloria periodística. Era el oficio”.

Corresponsal en Nueva York. El atentado de las Torres Gemelas

Ocho años llevaba ya Ricardo como corresponsal en Moscú cuando Antena 3 le ofreció, en el 2000, la corresponsalía de la cadena en Nueva York. Una vez más en su vida, Ortega llegaba en el momento oportuno al sitio oportuno porque en Nueva York estaba él cuando se produjeron los atentados contra las Torres Gemelas. Él fue quien estuvo a pie de obra narrando para Antena 3 lo que ocurría allí mañana, tarde y noche durante todos aquellos trágicos e históricos días.

El once de septiembre de 2001, dos horas antes del atentado contra las Torres Gemelas, Ricardo, que para entonces ya trabajaba en Manhattan, telefoneó a su amigo

Poch a Moscú. “Dos días antes –relató en su día también Rafael- habían matado a Masud en un atentado suicida muy poco afgano y Ricardo estaba “mosca”, me dijo. Otra de sus grandes cualidades periodísticas era la intuición. “¿Se estará preparando algo en Afganistán?”, se preguntaba. La respuesta la obtuvo aquel mismo día en Nueva York, junto a su oficina. Ortega había buscado contactos con la red de Ben Laden en Florida antes del 11-S. En Nueva York hay bastantes taxistas afganos y todo había empezado con una carrera casual por Manhattan con uno de aquellos taxistas, con quien había entablado conversación en ruso sobre Afganistán. El taxista le dio alguna pista y le dejó su teléfono. Ricardo hizo varias llamadas a aquel teléfono antes del 11-S. Luego se enteró de que su nombre figuraba en las listas de sospechosos del FBI, que había indagado sobre su persona ante el CESID a causa de aquellas llamadas.

La guerra de Irak

El veinte de marzo de 2003, Estados Unidos comenzó la invasión de Irak. Antena 3, la cadena amiga de la Moncloa, la cadena privada al servicio del gobierno del PP cuyo presidente se había fotografiado en las Azores junto a Bush junior, Tony Blair y Durao Barroso bendiciendo la invasión, confió la información de lo que allí pasaba a uno de sus corresponsales más brillantes. Ricardo Ortega era brillante porque dominaba con competencia todas las etapas del proceso informativo en televisión (desde el manejo de la cámara y la edición, hasta la soltura para redactar o para ponerse delante de la cámara en directo). Pero también lo era porque entendía que el privilegio de ser testigo de las cosas que ocurren ha de servir para contarlas tal como las ves y las entiendes tú, que para eso estás sobre el terreno. Esto, que sobre el papel parece una evidencia, no sucede así en la mayoría de las ocasiones cuando eres corresponsal. Defenderlo suele suponer una batalla. Dura. Y se pierde muchas veces. La redacción central suele patrimonializar el criterio hasta tal extremo que las cosas, en muchos casos no son como tú las estás viendo sino como ellos piensan, quieren o han decidido que sean. Las televisiones, por lo general, quieren vender presencia de una persona enviada por ellos allá donde suceden las cosas. Estás allí, y con eso basta: una imagen de Bagdad en directo y tú delante, hablando desde el lugar donde están pasando las cosas suelen considerarlo más que suficiente. Luego ya lo que digas, eso ya es otra historia, importa menos o importa decirlo como ellos entienden que hay que hacerlo. Una de las mayores desazones de un corresponsal tiene lugar cuando llamas a la redacción, ofreces una historia de la que estás siendo testigo y que a tu juicio es importante y nadie te hace ni puñetero caso. Hasta ahí bien porque aún piensas que han podido tener en cuenta tu opinión, pero que por criterios de edición, de tiempo o de espacio no entra. Lo peor viene cuando, dos o tres horas después, te llaman para pedirte, más bien exigirte, con toda la prisa del mundo, que elabores aquella información que tú antes habías ofrecido y que no les había interesado en absoluto.

¿La explicación? Muy sencilla: la han leído en un teletipo de agencia o peor: la han visto en alguna cadena competidora.

En la información televisiva suele importar más la presencia que el criterio. Cuando se trata de una información insustancial eso puede dar igual, pero cuando tú estás en Nueva York y tienes que hablar sobre Estados Unidos y sus prisas por invadir Irak, las cosas cambian. Cambian entre otras cosas porque contar lo que está pasando tal cual, va en contra de quienes están buscando argumentos para justificar la invasión. En casos así la única opción profesional posible, para un corresponsal o un enviado especial honesto, reside en aplicar criterios periodísticos.

Despedido de Antena 3 por presiones de Aznar

Pues bien, por plantearse las cosas así Ricardo Ortega, después de doce años de oficio, empezó a tener problemas con la empresa para la que trabajaba. Ramón Lobo lo tiene escrito así en su blog: “Aún recuerdo su crónica en directo después de que Colin Powell presentara en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas unas supuestas pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva en Irak encerradas en un tubito. Todos los medios de comunicación, norteamericanos y europeos, creyeron la versión del secretario de Estado. Todos, menos Ricardo, que trabajaba para una cadena de televisión llamada Antena 3, devota del Gobierno conservador de José María Aznar.

Con esa rotundidad que le caracterizaba en las entradillas, dijo: “Para creer en lo que ha dicho hoy Colin Powell hay que partir de tres axiomas: la CIA nunca miente, nunca se equivoca y los inspectores de Naciones Unidas son unos incapaces”. En la redacción hubo aplausos y vítores; en los despachos de sus jefes, una llamada de La Moncloa. En un ejercicio de independencia informativa, y de empresa también -¿se dice así?-, Ricardo fue semidespedido. Algunos, y algunas, de los que firmaron esa sentencia aún se pavonean apropiándose de la libertad de expresión y de su memoria”.

Hacer las cosas bien a veces puede convertirse en la peor opción para tus intereses. Y en periodismo esta máxima se suele cumplir con implacable precisión. “Las crónicas de Ricardo durante la guerra de Irak no habían gustado, escribió en *La Vanguardia* Rafael Poch. Desentonaban con el infame alineamiento del gobierno del Partido Popular. Ya le habían llamado la atención en varias ocasiones”. Poch y Ortega intercambiaron correos por aquellos días que aclaran lo que sucedió: “En mensajes anteriores me adelantó que la cosa acabaría estallando. Pero con Ricardo no era fácil. Era listo, inteligente. Sabía cómo maniobrar, practicar el posibilismo, torear a los mediocres censores. Así, lograba seguir diciendo cosas, incluso en una cadena de televisión de la España actual.

Lo que siempre me temí, ya ha llegado, me anunciaba en octubre. No tenía vuelta atrás, porque el cese venía por una presión expresa de La Moncloa, decía. Pedía consejo. ¿Qué hacer? Con la alegría de quien no se está jugando su propio puesto de trabajo, le propuse el recetario de Don Quijote; poner en evidencia a los censores con escándalo. Lo más importante es no hacerles el juego, llamar a las cosas por su nombre. Llevar la honestidad hasta sus últimos extremos. Será un glorioso desastre para tu carrera, porque te sentirás orgulloso ante tu conciencia.

Pidió una excedencia, leo en las notas que se publican sobre su trayectoria. Aparentemente, todo muy limpio. No fue así. Ricardo calculó fríamente sus posibilidades. Le interesaba más no romper con Antena 3. Con algunos de sus jefes mantenía una excelente relación personal. Se trataba de intentar seguir vendiendo reportajes a esa y otras cadenas en calidad de autónomo. En nuestra correspondencia, Ricardo me pidió absoluta discreción. Ahora –escribía Poch tras su muerte- ya no hay secreto que valga. No habría citado todo esto, si no fuera por las inexactitudes que rodean su necrológica”.

¿Quién mató a Ricardo Ortega?

Las inexactitudes rodean siempre todo lo que tiene que ver con la guerra. Si las necrológicas se manipulan, imaginémoslo lo que puede llegar a suceder con lo que rodea a las circunstancias en que se produce una muerte. En el caso de Ricardo Ortega también fue así. Más de cuatro años después, todo cambió: el juez haitiano encargado de instruir el caso, Bernard Saint-Vil, redactó un auto en el que contradecía la primera versión sobre los autores de la muerte de Ricardo y concluía que el disparo que lo mató provenía –decía textualmente- de alguna de las tropas militares extranjeras destacadas en la zona. No habían sido, como se mantuvo durante tanto tiempo, los partidarios del derrocado presidente Jean Bertrand Aristide quienes asesinaron al periodista español. El juez establecía en su escrito que "a raíz de la declaración de los testigos y de la inspección ocular, fueron los militares extranjeros quienes dispararon a la altura del pecho y causaron la muerte del periodista español".

En la primavera de 2008 Miguel Ángel Moratinos, por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores español, realizó un viaje oficial por Latinoamérica cuya primera escala era Haití. Rosario Fernández y José Luis Ortega, los padres de Ricardo, lo acompañaron hasta allí y pudieron recoger el auto del juez Saint-Vil. Basándose en él, manifestaron entonces que su hijo podría haber sufrido el disparo de "militares extranjeros". Solicitaron ayuda del Gobierno español para terminar de conocer la verdad y consideraron que faltaban muchas pruebas y testigos para conseguir aclarar de una manera fehaciente quiénes realizaron los disparos que mataron a Ricardo.

Según el comunicado que emitió la familia, los testigos vieron en esa calle cómo desde un vehículo tipo Hummer disparaban sobre Ricardo y sobre varios ciudadanos haitianos. Su intérprete murió en el acto y Ricardo unas horas más tarde. La investigación que los compañeros de Antena 3 llevaron a cabo en Haití después del asesinato confirmaba la versión oficial del juez haitiano y agregaba las declaraciones de testigos que vieron pasar a las tropas y gritaban "han disparado los blancos".

La familia decía también en el comunicado que el juez de Puerto Príncipe, al hacerle entrega del auto, se refirió a los autores de los disparos como americanos. El informe del fiscal del caso, Mazar Fortil, señalaba que fueron tres vehículos de la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (Minushta), desde los que dispararon. También la investigación de Antena 3 apuntaba que los únicos soldados que salieron de sus bases el día del asesinato de Ortega fueron los estadounidenses porque los franceses estaban acuartelados y los canadienses no patrullaron ese día. Sin embargo, la versión oficial del juez de Haití en el auto es que las múltiples gestiones para identificar a estos soldados extranjeros resultaron infructuosas.

Renald Clérisme, ministro de Asuntos Exteriores de Haití, garantizó a su homólogo español que haría todo lo posible para llegar al fondo del asunto, aunque sus palabras sonaron a un intento de salir del paso ante la incómoda e imprevista visita de los padres del Ricardo al país donde perdió la vida su hijo. El propio Moratinos no quiso ahondar tampoco en el nuevo rumbo que tomaba la investigación cuando habían transcurrido ya cuatro años desde el asesinato del corresponsal de Antena 3. Se limitó a confirmar que se había descartado la hipótesis inicial de los *chimeres* (partidarios de Aristide) como autores de la muerte y dijo que se habían abierto "otras pistas para investigar". Delegó en la familia cualquier futura iniciativa de tipo judicial. En España, el juez de instrucción de la Audiencia Nacional Pablo Ruz reactivó entonces la investigación, que se encontraba paralizada desde que en 2004 Juan del Olmo incoase diligencias por la muerte violenta en el extranjero de Ricardo Ortega. Fue en vano.

Tres años después, en 2011, cuando ya un terrible terremoto había asolado Haití en enero de 2010 (trescientos mil muertos, trescientos cincuenta mil heridos y más de un millón y medio de personas sin hogar), el juez de la Audiencia Nacional Eloy Velasco archivaba la causa sobre el asesinato de Ricardo Ortega "al no poder determinar quién fue el autor del disparo".

En España el caso llegó a tener hasta cuatro diligencias abiertas. Se pidió a Estados Unidos que llamase a declarar a un testigo presencial, el periodista herido que estaba junto a Ricardo. La Guardia Civil buscó testigos en todo el mundo, periodistas que hubieran presenciado el tiroteo, se pidió a la justicia de Haití que permitiera a la española hacer una reconstrucción de los hechos en el lugar donde se produjeron, y el CNI llegó a desclasificar los documentos sobre esta acción. El gobierno español de

entonces, por medio de la vicepresidenta Fernández de la Vega, prometió que no se escatimarían esfuerzos para resolver el caso. Pero finalmente fue archivado.

Reconocimientos

Todos los años Antena 3 y la Asociación de Corresponsales de las Naciones Unidas entregan el “Premio Ricardo Ortega de Periodismo”, dotado con diez mil dólares, y cuyo objetivo es reconocer “la labor de periodistas de radio y televisión en la cobertura de noticias sobre las Naciones Unidas o de cualquiera de sus agencias, así como de cualquier misión aprobada por la ONU en los distintos lugares del mundo”. En el 2006, dos años después de su muerte, Denia, el pueblo que acogió a la familia Ortega en 1973 y vio crecer allí a Ricardo desde los siete hasta los dieciocho años, lo proclamó hijo adoptivo de la ciudad.

<http://www.escolar.net/MT/archives/000608.html>

<http://www.prnoticias.com/index.php/periodismo/559-periodismo/10064600-archivada-la-investigacion-sobre-la-muerte-de-ricardo-ortega>

<http://www.ramonlobo.com/2009/03/10/ricardo-ortega/>

http://elpais.com/diario/2004/03/08/internacional/1078700411_850215.html

<http://www.publico.es/actualidad/129011/se-reabre-el-caso-de-ricardo-ortega-periodista-tiroteado-en-haiti-en-2004>

<http://www.tiempodehoy.com/espana/la-muerte-de-ricardo-ortega-apunta-a-los-marines-de-ee-uu>

<http://www.elmundo.es/elmundo/2008/05/09/comunicacion/1210338930.html>

[http://www.heraldo.es/noticias/internacional/la familia del periodista ricardo ortega aclara que murio manos tropas extranjeras.html](http://www.heraldo.es/noticias/internacional/la_familia_del_periodista_ricardo_ortega_aclara_que_murio_manos_tropas_extranjeras.html)

[LA Vanguardia Digital. RAFAEL POCH - 08/03/2004 - 14.51 horas Pekín](#)

http://www.elperiodicodearagon.com/noticias/internacional/detienen-expolicia-por-la-muerte-ricardo-ortega_110549.html

